

FRANCISCO MARTORELL

*Participó en la investigación
Jorge Ramírez Gaste*

Impunidad diplomática

PLANETA

Nota del editor: El contenido de este libro es producto de una investigación periodística en la que el autor, basándose en fuentes que menciona y en otras cuya cita omite amparado en el secreto profesional, para preservar así el anonimato de sus informantes, expone conclusiones particulares y audaces. Confiar en esa metodología, así como compartir su tesis, deja de ser a partir de ahora patrimonio exclusivo del autor y se traslada en alguna medida al lector, quien elaborará su propio criterio. El interés público de la temática, la seriedad del análisis y el carácter destacado y reconocido del autor determinaron a Planeta a servir de nexo para esa transferencia.

Ricardo J. Sabanes
Editor responsable

"A todos aquellos que de una u otra
forma intentaron impedir que escribie-
ra sobre este tema."

EL NARRADOR

Diseño de cubierta: Marín Blanco
Diseño de interiores: Alejandro Ullón

© 1993, Francisco Mattorell

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo:

© 1993, Editorial Planeta Argentina SAIC
Independencia 1668, Buenos Aires
© 1993, Grupo Editorial Planeta

ISBN 950-742-327-3

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser
reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio,
ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin
permiso previo del editor.

UN PERITO ANÓNIMO de un organismo policial chileno, después de estudiar discursos, videos y la propia carta de extorsión que Oscar Spinosa Melo entregó a la empresaria argentina Vicki Gancia, determinó que el personaje central de este libro, el diplomático argentino, es "una persona inestable emocionalmente, que denota una desesperación por la situación de inestabilidad en sus funciones —lo que es de público conocimiento—, y que además ha producido un deterioro en su imagen tanto al interior de su profesión como hacia sus amistades".

Según el informe, Spinosa "busca por la vía de la extorsión —muy común entre los argentinos— su futuro económico, lo que le permitiría salir de la situación engorrosa".

Y agrega: "Es una persona que rehúye a su interlocutor por temor a que se descubra cuál es su real personalidad, y es posible que sea bisexual. Es un manipulador de personas mediante el manejo de información negativa. Aplica la máxima de que información es poder".

Sobre su peligrosidad se dice que "en el caso de que sus demandas no sean satisfechas, existe un no bajo grado

do de potencialidad que lo determina a actuar en perjuicio de terceras personas mediante acciones concretas. En caso de que el contenido de los párrafos selectos, mencionados en la carta de extorsión, traduzcan una verdad, el grado de peligro es mayor pues él sabe que tiene una herramienta verídica. En el caso contrario el peligro es menor, pero subsiste por las otras razones expuestas: inestabilidad, desesperación, deterioro de imagen pública y privada".

El perito señala que "se sabe fehacientemente que él es un consumidor habitual de cocaína y estima de vital importancia saber la verdad de esa carta transcrita por Oscar". Luego recomienda que la determinación que debe tomar la persona extorsionada, a la luz de estos nuevos antecedentes, es si va a permanecer en la inactividad o intentará un acercamiento con la Cancillería chilena para requerir protección policial.

El perito recomienda: "mi opinión es que debe optar por la segunda vía".

LA LLEGADA DE SPINOSA

Peinado hacia atrás, su pelo negro desentonaba con la tonalidad rojiza del salón. Un Pinochet de blanco impecable y un ministro de relaciones exteriores alto y delgado, con cara de pavo y de apellido Errázuriz, recibían gustosos las cartas del nuevo embajador, las cuales habían sido aprobadas con una rapidez jamás vista entre ambos países. A Spinosa se lo veía muy satisfecho.

13

bien que salía, se dispuso a leer la información. En ese momento, entró su mujer, Marilú Sword.

—Salís bárbaro —le dijo.

—Como siempre —señaló él sin apartar la vista del diario.

El encuentro entre Pinochet y el flamante embajador del presidente Carlos Menem se había producido veinticuatro horas antes. Spinosa iba confiado en que simpatizaría con el general chileno y antes de partir hacia Santiago había asegurado a sus amigos en Buenos Aires que andarían a caballo juntos y que serían amigos. A Pinochet solamente le impresionó el aflautado timbre de voz del diplomático, pues estaba acostumbrado a los vozarrones estentóreos de sus antecesores en Vicuña Mackenna 45, residencia del embajador argentino en Santiago.

El encuentro fue protocolar. Pinochet expresó que "la preocupación esencial de ambos países debe ser el mantenimiento y fortalecimiento de la paz, base de la amistad y cooperación mutuas", y Spinosa dijo que "la realidad que nos une nos obliga a redoblar nuestros mayores esfuerzos para lograr una verdadera integración en el Marco del Tratado de Paz y Amistad, dando así fiel cumplimiento a sus disposiciones que reconocen la sabiduría de Su Santidad el Papa Juan Pablo II".

Ambos personeros, sin embargo, pensaban en cosas distintas: Pinochet en que, después de 13 años, volvía a recibir a un embajador peronista en La Moneda y que, mientras en la Argentina se habían sucedido los gobiernos de Lastiri, Juan Domingo e Isabel Perón, Videla, Viola, Galtieri, Bignone, Alfonsín y Menem, él aún continuaba mandando en Chile. Spinosa, por su parte, en el orgullo de ser embajador y en la gratitud hacia Menem que lo había reciclado en la Cancillería tras un oscuro paso por Moscú entre 1970 y 1972.

La figura señera del militar chileno, además, lo transportó rápidamente al pasado y no pudo dejar de compararla con su padrino de bautismo, el general antiperonista Guillermo Osorio Arana. El hombre de armas, que se destacó en la asonada golpista contra Perón en 1955, fue elegido por su madre, Helena Haydée Melo, para velar por el futuro del niño si algo le ocurría a sus padres. No tuvo, sin embargo, muchas oportunidades de interceder en la educación del joven. Separada del padre de su primogénito, Oscar Spinosa Villegas, Helena se casó con el abogado Carlos Herrera y muy pronto se trasladaron a vivir a Suiza. Oscar dejó su colegio de Buenos Aires, el Champagnat, y siguió sus estudios secundarios en el College Le Rosey, en Rolle, una ciudad del cantón francés de Suiza. En ese país, Oscar se educó y aprendió a leer, escribir y pensar en inglés, francés e italiano. También se rodeó de buenos e influyentes amigos de todas las nacionalidades, incluido un príncipe de Arabia Saudita.

En Europa tuvo lo mejor, al igual que cuando regresó a la Argentina y su padrastro fue nombrado, por los militares que derrocaron a Perón, presidente de la Corte Suprema. Nadie que lo haya conocido en aquel tiempo podría haber apostado contra el brillante futuro que aguardaba al hijo de Helena, una hermosa mujer que trepó rápidamente en la escala social porteña. Ella convenció a su marido para que intercediera por su primogénito y le consiguiera un puesto en Tribunales. A regañadientes, lo hizo. No le gustaba la forma de ser del hijo de su esposa y odiaba el sentimiento peronista que había desarrollado en su adolescencia.

Fue así como en 1962 Oscar entró como oficial de sexta en la Corte Suprema de Justicia. Duró un año y posteriormente se ubicó en la subgerencia general del Banco

de la Nación Argentina. Antes de cumplir los veintiún años, Spinosa era el jefe de la secretaría privada de la entidad financiera. Ahora, con 47 años, estaba frente al general Pinochet, retratado por el diario *El Mercurio* y había llegado al cargo de embajador plenipotenciario.

Fuera del palacio presidencial el día lucía espléndido. Como todos los octubres de Santiago, esa mañana la temperatura era la ideal. Tal vez había un poco de smog en el aire, pero no lo suficiente como para preocuparse. Los días políticos, a mes y medio de las elecciones presidenciales, habían entrado en una etapa de distensión después del asesinato del joven dirigente del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), Jecar Neghme. El político había sido interceptado a la salida de una reunión partidaria, en pleno centro de Santiago, y abatido por varios disparos. La conmoción causada por el crimen y el amplio rechazo de todos los sectores, impidió que se entropizara en el país un clima de violencia que no habría permitido el cumplimiento del calendario electoral pactado entre el gobierno militar y la oposición política.

Spinosa había leído la prensa chilena, incluso antes de viajar desde Buenos Aires, y sabía lo que estaba ocurriendo en su nuevo destino. Por otra parte, no podía convencerse de lo bien que le estaban saliendo las cosas desde que Menem era presidente de su país.

La voz de su mujer, Maria Luisa Sword, interrumpió bruscamente la lectura del periódico.

—¿Vas a querer más café? —interrogó Marilú.

—Dale, servíme un cachito.

—¿Está bien ahí?

—Bárbaro. Dejáme leer.

Ambos se conocieron en Punta del Este, lugar al que

Spinosa suele concurrir en vacaciones. Marilú, divorciada, tenía 34 años y un hijo adolescente. Su físico no dejaba de impresionar en el balneario uruguayo: sobrepasa el metro setenta de estatura, y sus hermosos cabellos rubios y ojos claros que parecieran estar siempre sonriendo cautivaban a cuanto hombre la mirase. Impresionaba su andar elegante y las largas piernas que, desde los pies hasta el más recóndito lugar que escondía la falda, atraían las miradas de todos aquellos que buscaban aventuras en el verano de '89. Spinosa Melo era uno de ellos.

La que posteriormente sería su esposa había llegado al balneario uruguayo acompañada por otro hombre que, aburrido por su comportamiento, la abandonó. A Oscar se la presentó el abogado Marcelo Open. Estaban en la playa, simpatizaron rápidamente y él la invitó con un drink. Al segundo trago, ella le preguntó si se había dado cuenta de que estaba frente a la mujer de su vida. Oscar asintió y se fueron a su departamento.

Había arrendado un piso completo con vista al mar, y un hermoso ascensor abierto por tres de los cuatro costados hacía el recorrido entre la planta baja y el séptimo piso decenas de veces al día.

Mientras subían hasta el cuarto piso Oscar se acercó a ella y la besó. Marilú respondió con una fuerza y un deseo que impresionaron al diplomático. Su tosca mano se deslizó por debajo de la falda, comenzó a acariciar la larga pierna y se posó en el calzón blanco cuyo aroma competía con la fresca brisa marina que se levantaba desde la playa.

—¿A que no adivinas qué perfume uso? —le dijo ella excitándolo aún más.

Oscar se acercó hasta posar sus morros detrás de la oreja, que olfateó como un perro faldero. Luego le mordió

el lóbulo y siguió besando el cuello hasta finalizar con éxito su operación justo en medio de los senos. Estos no eran grandes, pero su consistencia estaba intacta.

—Paloma Picasso —le susurró Oscar con una seguridad a prueba de desmentido.

—Adivinaste, y éste es tu premio —dijo Marilú tomando la cara de Oscar con ambas manos y acercando su lengua hasta la boca abierta de su reciente conquista.

El elevador se detuvo en el cuarto piso, mientras ambas lenguas se entrelazaban y estrujaban con malicia. Antes que se abriera la puerta, las manos de Oscar ya acariciaban los senos de Marilú y ésta intentaba aferrarse con su sexo al hombre que la estaba enloqueciendo.

Al día siguiente de la aventura con Marilú, Oscar comenzó a contarle a sus amigos que se casaría con "una mina escultural". Decía, a todo el que quisiera escucharle, que ella era de una familia inglesa que poseía, junto a otros socios, veintidós mil hectáreas de tierra en la zona norte de la provincia de Entre Ríos y que sus futuros suegros eran ganaderos.

Marilú pertenecía a una tradicional familia anglo-argentina y había estado casada con uno de los dueños de la empresa fideera más grande de ese país: Matarazzo. En ese matrimonio tuvo a su primer y único hijo, que estaba en Buenos Aires, internado en un colegio privado.

Algunos íntimos intentaron hacerlo razonar. El argumento utilizado por sus compinches de fechorías era que le habían presentado una mujer fácil para que lo pasara bien y se divirtieran juntos, pero no para que se casara con ella.

—Es un "gato", viejo —sentenció un amigo.

—¿Qué querés decir? —preguntó Oscar.

—Son minas que te usan y que vos usás. Les gusta que las banquen, que las inviten a lugares caros y exclu-

sivos, que les compren ropas y perfumes. E incluso que les pongas un departamento. Son una fiera en la cama, pero finalmente putas caras. No jodás, Oscar, sacátela de la cabeza.

—Estás loco. Si tengo guita, superé el millón de dólares, me puedo dar estos gustos. Y esta mina es un sueño, el sueño del petiso.

—Pero, Oscar, ni siquiera conocés su pasado.

—¿Qué? —inquirió el diplomático intrigado.

—Mirá, de ella se dice que tiene un pasado tortuoso y que su padre, cuando era una adolescente, se acostaba con ella. Le gusta el trago y toma anfetaminas.

—Vos estás completamente orate —dijo Oscar dando por terminada la charla.

De regreso de Punta del Este y feliz por su nueva conquista, Oscar estrenó su nuevo departamento ubicado en Alvear. El piso, con hermosos balcones y varias habitaciones, se lo alquiló al embajador Eduardo Iglesias, miembro activo del servicio exterior argentino y, desde febrero de 1993, representante de su país en Santiago de Chile.

Un ex amigo, crítico del diplomático, estuvo presente en esa inauguración y no perdió detalle de lo que pasó en ese encuentro social, en los primeros días de marzo de 1989.

Así, por lo demás, fue narrado en el diario argentino *Ambito Financiero*. El coctel reunió, como era de esperar, a lo más chic del pensamiento nacional y social, que supo coexistir —Chandon y Black Label mediante—, con otros más independientes y algún perdido radical. Admirando la colección de telas persas y turcas del 1500 y el muestrario de platería criolla del anfitrión, se encontraba el experto militar con cara de baby, Rosendo Fraga quien

departía con Gustavo Caraballo, ex subsecretario técnico de la presidencia del último gobierno de Juan Domingo Perón y redactor de la plataforma de la unidad justicialista aprobada a libro cerrado en el congreso de Mar del Plata.

Casi tan asediado como Eduardo Menem, de melancólico aire oriental, acosado por un variopinto entorno de mayoría femenina, el novel vocero de Carlos Menem, Humberto Toledo —"Diógenes" para varios de sus amigos—, analizaba su próxima tarea en la campaña con algunos miembros de su *brain trust*, el abogado Rodolfo Iribarne y el sociólogo soltero Dante Loss. En un grupo vecino, el filósofo de los "acostados", Jorge Asís (siempre bajo la atenta mirada de su esposa), peroraba sobre el título de su próxima obra, mezcla de ficción y realidad, "Esperando a Spinosa".

Había más todavía, por ejemplo, Hugo Franco, el hombre de la Curia y calificado operador político de Isabel Perón, quien lamentaba la ausencia en el ágape de dos personas: Juan Pablo Lolhe y el "decano" de los voceros, el inefable y eficiente Carlitos Amar. Muy cerca el empresario Carlos Spadone —hombre de confianza del líder metalúrgico Lorenzo Miguel— dialogaba con Joaquín Alonso sobre sus pretensiones de ocupar la Secretaría de Comercio Exterior en el presunto gobierno de Menem, mientras lucía un look de inevitable reminiscencias del neorrealismo italiano.

"Faltó Malraux", dijo un habitué del café Florida Garden, refiriéndose según los entendidos a la estrella de la cultura menemista, el dirigente porteño Luis Santos Casale. Cual náufrago liberal en medio de una isla *and pop*, el diputado radical Enrique Vanoli recordaba al diario *Ambito Financiero* otros tiempos y otros hombres. Y dando el toque colorido los sabuesos del Florida Gar-

den, Miguel "Vito Nervio" Bressano y Guillermo "Dayan" Cherasny acudieron con sus rubias y personales medionaranjas, mientras los escuchaban —no sin preocupación— Sergio Renán y Alfredo Odorizio, aquel que impuso el champán con hielo en vaso de trago largo.

Ausentes con aviso y disculpas fueron varios: Italo Luder, Alberto Kohan (el que impuso el "poder de la humildad"), el nuevo experto en temas militares menemista Roberto Dromi (aunque sostiene que el único "Pelado" Carlos Cañón), José María "Tati" Vernet y Arnoldo "Pelado" Díaz. Los que estuvieron no se aburrieron, cordialmente atendidos por el dueño de casa y Marilú Sword, la escultural blonda entrerriana que supo borrar de un plumazo los resabios arábigos de Spinosa Melo.

Muchos de los nombres que estuvieron presentes en la inauguración del piso de Spinosa —a quien se lo conocía como devoto de Carlos Menem y, por ende, le asignaron el apodo de "el embajador menemista"— llegaron a importantes puestos después de que el 14 de mayo de ese año el ex gobernador de La Rioja derrotó en las urnas al radical Eduardo Angeloz.

Aunque los nombrados son muchos, los amigos de Spinosa, antes de partir a Santiago, eran el propio Presidente; el empresario Jorge Antonio, que con negociatruulentos se enriqueció durante las administraciones peronistas; el operador político de Menem Alberto Kohan; Enrique Petracchi, quien llegó a la Corte Suprema en la época de Raúl Alfonsín con el apoyo del líder metalúrgico Lorenzo Miguel; Miguel Ángel Vicco Ramón Hernández, secretarios privados del Presidente; Munir Menem, hermano de Carlos Saúl.

Pocos días antes de viajar a Chile, casi como una coincidencia gubernamental, Marilú y Oscar contrajeron matrimonio.

monio. Antes de la fecha nupcial Spínosa le presentó su futura esposa a su amigo Carlos Menem, y éste, después de conocerla, dijo "aquí el único vivo es el embajador". Por su parte la mujer del mandatario, Zulema Yoma, le señaló a la propia Marilú: "Cuidate de Oscar mirá que es discípulo de mi marido".

La ceremonia fue privada y el padrino del novio fue el presidente de la República, Carlos Menem. Para manifestar su lealtad al mandatario argentino, cuando el oficial del Registro Civil le preguntó a Spínosa si aceptaba a Marilú por esposa, éste se dio vuelta hacia el Presidente y le preguntó: "¿Puedo?". Sólo contestó luego que Menem, un tanto incómodo pero halagado por la situación, asintió con una sonrisa. Uno de los presentes, el secretario privado del Presidente, Alberto Kohan, expresó a viva voz, "obsecuente". Spínosa nuevamente se dio vuelta, esta vez para mirar a Kohan, que se encontraba tras su hombro izquierdo, y le dijo:

—Obsecuente no, consecuente con el Presidente de la República.

Aquel fue el punto de partida de su matrimonio con Marilú Sword. Lo que vendría después en Santiago y Buenos Aires, tal vez, la pareja no se lo imaginaba. Ninguno podía pensar en ese feliz día que todo terminaría en medio de un escándalo de chantajes, lesbianismo y coca-

DENUNCIA EN VENECIA

LA AMISTAD con Menem hizo posible que Spinoso Melo se encontrara leyendo el diario en su nuevo rol de embajador en Chile. El actual presidente argentino ya se había jugado, en tiempos de Alfonsín, para que Spinoso fuera reincorporado al Ministerio de Relaciones Exteriores, a pesar de las iras de Dante Caputo, canciller del mandatario radical. Dos cartas recibió éste de parte del entonces patilludo gobernador de la provincia de La Rioja para que le diera una oportunidad a Spinoso Melo. De esas misivas, Dante Caputo recuerda que Menem no escatimó elogios para referirse a Oscar como "un brillante funcionario de carrera".

Caputo no demoró mucho la solicitud de Carlos Menem. Eran los tiempos en que la Argentina, y especialmente el gobierno radical, preparaba un referéndum para someter al veredicto popular el fallo arbitral de Juan Pablo II, y Carlos Menem, desde el peronismo, fue el primero de su sector en jugarse por la posición que sustentaban Alfonsín y Caputo.

Así logró el gobernador riojano que el nombre de Spinoso fuera considerado para misiones en el extranjero.

enviado a Venecia y, posteriormente, designado jefe de la oficina del presidente Alfonsín durante su visita a Roma en octubre de 1984, a pesar de sus antecedentes.

Su carrera en el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina se había iniciado en 1967. Ingresó al Instituto del Servicio Exterior de la Nación y estuvo dos años preparándose para su nueva vida. Lo acompañaban los idiomas y la educación en Suiza. No así su personalidad y carácter. Ya había fracasado en la Universidad de Buenos Aires donde estudió abogacía y notariado. Sólo aprobó diez materias y dejó la carrera. Posteriormente, por su condición de joven peronista, su padrastro lo echó de la casa y debió ingenárselas para sobrevivir. Secretamente su madre lo ayudó para que pudiera continuar sus estudios.

En el instituto, sin embargo, le fue mejor: egresó en 1968, a los 26 años, con el rango de "agregado de embajada y vicecónsul". Durante los estudios tuvo su primer problema: acusó a un compañero del instituto por supuestas desviaciones izquierdistas, y éste fue expulsado del ministerio. Su nombre era Calcagno Quijano y quizá nunca se olvidará del hombre que impidió su ingreso al mundo diplomático.

Un año más tarde, en 1969, ya era jefe de la División Estados Unidos y en 1970 fue trasladado a la Unión Soviética y promovido al rango de tercer secretario de la representación en Moscú.

De la ex URSS salió por la puerta de atrás, declarado persona no grata por correr pistola en mano al embajador argentino en la propia Plaza Roja de Moscú, y la Cancillería lo trasladó a Dinamarca. En 1973 estaba nuevamente en Buenos Aires y un año más tarde, en pleno gobierno peronista de Isabel Perón, cesaron sus labores en la Cancillería.

Curiosamente para un justicialista, éstas se reanudaron en el apogeo de la dictadura del general Jorge Rafael Videla, en 1978. Fue reincorporado y formó parte del gabinete del subsecretario de Relaciones Exteriores y más tarde lo trasladaron, en lo que ha sido su trabajo más largo, a la embajada argentina en Irlanda. De su participación durante la dictadura argentina no se tienen antecedentes. Sin embargo, él se jacta de haber presenciado operativos donde se secuestraron personas que hoy están desaparecidas, de haber sido amigo del teniente Alfredo Astiz y del almirante Emilio Eduardo Massera. Ambos enfrentaron fuertes procesos por violaciones a los derechos humanos durante la gestión del presidente Raúl Alfonsín. Massera fue condenado en 1985 y Astiz fue acusado, entre otras cosas, del secuestro y asesinato de dos religiosas europeas.

Durante su gestión bajo el gobierno radical, Spinoso tuvo problemas en Europa y actualmente se le sustancia un proceso, denunciado por la italiana Lisselotte Hohns, en el que se lo acusa de hurto agravado de unos tapices por valor de 400 mil dólares, ocurrido entre 1986 y 1987.

Con Lisselotte, una mujer que bordea los 70 años, Spinoso tuvo un romance. Dentro de sus dotes artísticas, la italiana tenía el don de la pintura, y en ese arte, la presencia de Oscar en su vida no pasó inadvertida. Tampoco para los turistas que visitaban la bella ciudad acuática. Tan enamorada estaba la anciana que, cuando el servicio nacional de turismo le pidió que preparara el folleto de Venecia, Lisselotte pintó en las ventanas, las paredes, los maceteros y otros espacios, el perfil de Oscar y sus cuatro nombres en casi todos los lugares. En algunos decía "Oscar", en otros "Federico", en las ventanas se podía leer "Spinoso" y las góndolas se llamaban "Melo".

Era el amor de una anciana depositado en alguien que no le correspondía, pero fingía hacerlo.

Lisselotte era una mujer de mucho dinero. Un día debió viajar fuera de Italia y le pidió a su enamorado que le cuidara los animales que tenía en su casa de Venecia. Spinosa aceptó gustoso, pero antes que ésta volviera se tomó la libertad de comercializar algunos de sus tapices más valiosos, y otros simplemente pasaron a engrosar el inventario de la casa particular del diplomático. Unos pocos viajaron a Chile en la maleta de Oscar, quien los tenía enmarcados entre vidrios. Ya en la residencia de Vicuña Mackenna, los mostraba como su tesoro más valioso y preciado.

Cuando Lisselotte volvió de su viaje no sintió tanto la pérdida de sus tapices, como la desaparición de su joven amante. Para ella, madura y vitalmente apagándose, este diplomático de 45 años era una fantasía que alegraba su existencia.

De la desaparición de 200 pedazos de telas, Lisselotte recuerda que no la detectó hasta un año después. Según la italiana, Spinosa se llevó sólo trozos y 17 grabados del famoso dibujante español Mariano Fortuny, que vendió a la casa Spinks, el grupo comerciante de telas antiguas más importante de Londres, en 20 mil dólares. Según Lisselotte, las piezas estaban tasadas en 400 mil. Otra parte de los tapices los vendió, por intermedio de la argentina Elisa Ruffato, al Palazzo Pitti en Florencia.

Despechada por el engaño, la veneciana lo siguió por todas partes y llevó su caso a la justicia italiana. Esta causa, a raíz de las gestiones en los tribunales italianos, quedó caratulada en el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina con el número 28.276 y se comenzó a sustanciar en 1987. Lisselotte acudió al Cuerpo de Policía Judicial de Venecia y estampó la denuncia ante el

mayor Luigi de Sanctis. De ahí pasó a la jueza Irene Casol, quien le solicitó al Consulado una serie de datos personales del diplomático argentino que fueron respondidos escuetamente por la Cancillería de su país.

Una mano negra comenzaba a ayudar en la carrera de Spinosa. De los datos solicitados, sólo fueron proporcionados, dos meses más tarde, el nombre completo y su fecha de nacimiento, el nombre de sus padres y su último domicilio en Buenos Aires, agregándose que Spinosa se encontraba destinado en la Embajada de la Argentina en Arabia Saudita. Esto motivó al mayor Sanctis a manifestar en el Consulado argentino de Venecia su "extrañeza" porque no se dieran a conocer antecedentes del funcionario que, según su entender, eran extremadamente simples y no comprometían a nadie.

Para muchos, lo que comenzó a operar para defender al funcionario cuestionado fue "La Banda Rosa", una suerte de agrupación gay que se enquistó en el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina y cuyo mandato protector cubre totalmente a aquellos funcionarios que forman parte de la organización.

Spinosa Melo, según algunas fuentes, sería un activo militante de la agrupación de homosexuales que, si fracasaban en sus cargos diplomáticos, eran reubicados en la planta administrativa del afamado Teatro Colón de Buenos Aires. El expediente de lo ocurrido en Italia fue ocultado y la Cancillería argentina, después de recibir el informe de la justicia del país europeo, no inició el sumario administrativo que la situación ameritaba. Simplemente lo archivó. Actualmente la causa fue reabierta en Italia y Spinosa Melo está citado a declarar. Además se inició un sumario en la Cancillería, tras una publicación en el diario *Clarín* del 22 de enero de 1992, sustanciado por el embajador Mario Avelino Quadri Castillo.

Spinosa salió de Italia y, nuevamente con la ayuda de Menem, la Cancillería argentina lo trasladó a la embajada ante el Reino de Arabia Saudita en 1986. Ese mismo año fue promovido de primer secretario a consejero.

De sus destinos en Europa y Asia, los anales de la Cancillería argentina no guardan mejores recuerdos. En Riad, Arabia Saudita, hizo fortuna traficando whisky en el mercado interno y alfombras en el externo. Fue en ese país, precisamente, donde el destino lo dejó muy bien ubicado frente al poder. Conoció al controvertido millonario Gaith Pharaon y fue el intermediario entre éste y Mario Caserta, encargado de las finanzas de la campaña presidencial de Carlos Menem, para la ayuda económica al peronismo.

Caserta, junto a la cuñada y secretaria de audiencias del presidente Menem, Amira Yoma, está procesado desde julio de 1992 por organizar una asociación ilícita dedicada al lavado de dinero proveniente del narcotráfico. Al ex funcionario que se desempeñó como director de Agua Potable, secretario de Recursos Hídricos y que fue vicepresidente del peronismo en Buenos Aires, se lo acusa de utilizar su cargo público para "mover influencias" y facilitar el accionar de una banda, dirigida por Mario Anello, que ingresaba ilegalmente dólares a la Argentina.

Mario Caserta tenía su domicilio en Lanús, el populoso barrio bonaerense. Su casa era imponente y el patio posterior, de gran magnitud, era una reproducción del que tenía el narcotraficante colombiano Pablo Escobar Gaviria. En él, según algunos testigos, destacan enormes estatuas y vastos prados.

A pesar de ser un hombre de suma importancia durante la campaña presidencial de Menem, Caserta no pidió ningún cargo significativo cuando éste salió electo.

Gracias a Spinosa, y a través de Caserta, Menem

habría recibido importantes cifras en dólares, provenientes del mercado de las armas y de las drogas, las cuales le permitieron enfrentar con éxito la campaña interna de su partido y luego las elecciones presidenciales que lo confrontaron en 1989 con el radical Eduardo Angeloz. Estos rumores han sido desmentidos por el gobierno argentino, que insiste en que Eduardo Bauzá, actual secretario general de la Presidencia; Eduardo Menem, presidente provisional del Senado, y Antonio Gostanián, eran las únicas personas autorizadas a manejar los recursos partidarios para los últimos comicios presidenciales.

Esos antecedentes, sin embargo, no pesaron tanto como Spinosa creía a la hora de decidir su futuro destino. En un encuentro con Menem, en junio del 89, le solicitó que lo enviara de embajador ante el Vaticano. Menem sonrió y le enrostró su condición de separado, cosa inaceptable para la Curia católica. Spinosa se acordó de su ex mujer, Teresa Reyes, y de sus dos hijos, Ignacio Pío y Nicolás Jacinto, que se habían quedado con ella. Era uno de los episodios tristes de su vida. Tras un largo matrimonio ella lo abandonó y aún no se recuperaba del golpe recibido.

A pesar de sus recuerdos, le insistió a Menem reiterándole que eran pocos los que habían caminado con él en los tiempos difíciles de su campaña y cuando la interna peronista le era desfavorable. Ese era un argumento que solía esgrimir frente al mandatario, y al que también le sacaban partido los otros amigos de Menem: Miguel Angel Vicco, Mario Hernández, José Santos Casale y Alberto Kohan. El presidente electo no cedió.

Menem le dijo que iría a Chile y que a partir de ese momento sería ministro plenipotenciario. Spinosa quedó satisfecho con el ofrecimiento, aunque sabía que Chile

era una embajada en la que realmente se trabajaba. Dentro de la estructura política del ministerio argentino, Santiago tiene una gran importancia, casi tanta, desde el punto de vista de la imagen, como ser canciller o subsecretario de Relaciones Exteriores.

Cuando se supo la nominación de Spinoso Melo como embajador en Santiago, en círculos de la Cancillería argentina se dijo de todo. Incluso que se romperían las relaciones con Chile. Una destacada periodista argentina, con conexiones en Chile, le avisó al dirigente DC Andrés Zaldívar para que, de alguna forma, evitara la designación de Spinoso Melo. El entonces dirigente opositor, hoy senador, nada pudo hacer.

Sin embargo, cuando el gobierno de Pinochet dio el beneplácito al nuevo embajador argentino los diarios porteños especularon por la forma en que la Cancillería difundió esta noticia. En primer lugar, el comunicado consignó que el flamante representante "goza desde hace mucho tiempo de la amistad del presidente Menem" y destacó que Spinoso Melo "colaboró estrechamente en las campañas electorales (interna y presidencial) que llevaron al doctor Carlos Salú Menem a la presidencia de la República". Por otra parte, resaltaba "la celeridad con que ha actuado el gobierno de Chile en la concesión de dicho placet, dentro del marco de cordialidad que caracteriza las relaciones diplomáticas con nuestro país".

Este comunicado, con "sabor a interna" como lo llamó el diario *Página 12*, fue calificado por un funcionario de carrera de la Cancillería argentina como "absolutamente inusual". El hombre, que pidió reserva de su identidad, señaló que "en primer lugar, es obvio que si fue designado embajador goza de la confianza del Presidente. Y en segundo lugar, aunque se trata de un menemista conocido, primero que nada es un diplomático de carrera, y por

lo tanto, no se entiende por qué debió incluirse su participación en las campañas electorales de Menem. Además, Chile actuó con celeridad pero no más que Italia, que ya concedió el placet a Carlos Ruckauf y, sin embargo, en ese momento no se hizo ningún comentario especial sobre la velocidad de los italianos".

La mención de la amistad con el presidente Menem fue interpretada como una manera de fortalecer a Spinoso Melo dentro del gobierno argentino. En cuanto al registro de la celeridad chilena, los diplomáticos argentinos decían que buscaban desalentar dos versiones muy fuertes que circulaban en Buenos Aires desde que el nombre de Oscar comenzó a sonar como representante en Chile. Una señalaba que Santiago había mostrado desagrado porque el diplomático no tenía, en la carrera profesional, el rango de embajador. Otra, que el disgustado habría sido el entonces candidato opositor, hoy Presidente de Chile, Patricio Aylwin Azócar. Al ahora mandatario le hubiera gustado que el nuevo embajador argentino hubiera presentado sus cartas al presidente democrático. Y para ello sólo había que esperar unos pocos meses.

Spinoso, aunque quería otro destino, estaba feliz por viajar a Chile. Treinta años antes su padrastro, Carlos Herrera, había sido embajador en Santiago; y él, que lo admiraba profundamente, tenía la íntima ambición de seguir sus pasos. Por otra parte, en esos años había hecho muy buenos amigos en ese país y pensaba que los buenos tiempos necesariamente se repetirían.

En Santiago, por lo demás, se vivía un tiempo político muy adecuado para "ubicarse". Después de 17 años la dictadura del general Pinochet había convocado a comicios para el 14 de diciembre y Oscar arribaría en período electoral. Estaba consciente de que si lograba abrir la embajada para darle espacio a la oposición democrática

sus favores serían recompensados en la instalación del nuevo régimen. Un buen trabajo, tocar las teclas adecuadas, y las nuevas autoridades serían sus amigos.

Chile estaba tremendamente dividido entre oficialistas pro dictadura y opositores pro democracia. Un año antes el general Pinochet había perdido en un plebiscito la posibilidad de proyectar constitucionalmente su régimen por otros ocho años. Al llegar Spínosa Melo a Chile la campaña electoral estaba en pleno desarrollo. Patricio Aylwin Azocar, ex senador y presidente de la Democracia Cristiana, representaba a los 17 partidos que daban cuerpo a la Concertación Democrática. El independiente Hernán Büchi Buc, ministro de Hacienda de Pinochet y gestor de la modernización económica de Chile era el símbolo del continuismo de la dictadura y postulaba por la alianza entre la Unión Demócrata Independiente y el Partido Renovación Nacional. Por su parte, el empresario Francisco Javier Errázuriz, una mezcla entre oficialista y opositor, se presentaba como la alternativa no política para conducir los destinos del país.

El 14 de diciembre de 1990 Patricio Aylwin ganó por mayoría absoluta y se reinstauró la democracia en Chile. Segundo quedó Büchi y tercero el empresario Francisco Javier Errázuriz con el cual, posteriormente, Spínosa Melo hizo muy buenas migas.

LOS AMIGOS DE MARILU

—OSCAR, te llaman de la embajada. Es la bruja de tu secretaria —ironizó su mujer interrumpiendo los pensamientos de su marido.

—Otra vez, ¡qué joda! —murmuró.

—Mmm, me parece que esa vieja calentona te quiere coger —le dijo ella jodiéndolo.

El teléfono nuevamente lo conectó con la realidad. Estaba en Santiago de Chile y los pensamientos lo habían transportado en los años. Se dio cuenta, con el auricular en la mano, que llevaba más de media hora mirando la foto en que aparecía con Pinochet.

Llamaban de Miraflores 245, sede de la Embajada argentina. La secretaria informó a Oscar Spinosa que Fernando Frazzoni había anunciado que llegaría el 2 de noviembre, dentro de 14 días. Spinosa se sintió reconfortado con la noticia. Frazzoni sería su mano derecha en Chile. De profesión periodista, lo había conocido en Buenos Aires frecuentando sitios en que el consumo de cocaína era una costumbre. Oscar había comenzado a probarla después de la separación de su mujer en 1987.

Fernando trabajaba en la sección cultural del matutino.

no *Página 12* y en poco tiempo, no tenía más de 30 años, se había caracterizado por una pluma envidiable. Posteriormente se supo que muchos de sus escritos eran tomados de otras publicaciones.

Decíase también de él que no podía prescindir del uso de la cocaína.

Spinosa necesitaba un encargado de prensa en Santiago y el periodista era la persona adecuada: inteligente, profesionalmente brillante, pero manejable por sus debilidades.

Tras el llamado, nuevamente Marilú se acercó para presentarle a una señora que, según lo que entendió el embajador, era especialista en arreglos florales. Su esposa se había empeñado en decorar el tercer piso de la residencia y, si bien la idea no le disgustaba, sí lo ponía nervioso la falta de presupuesto que existía en la embajada de Santiago para gastos extras.

Marilú trataba de ingeniárselas con lo poco que había y la señora de los arreglos le señaló que su hija, que decoraba interiores, podría ayudarla sin mayores costos.

A las pocas horas, Marilú se comunicó con Virginia Pies de Guerrero y estuvo dispuesta a colaborar con ella en la ornamentación. Previo a la llamada de la embajadora, la madre de Virginia le había dicho a su hija lo sola que se encontraba la argentina en la mansión de Vicuña Mackenna y que ambas congeniarían porque eran muy parecidas. Al igual que Marilú, la decoradora superaba el metro setenta de estatura, era rubia y muy hermosa.

Días después, ambas mujeres iniciarían una larga amistad. Aficionadas al golf y a las labores sociales, con maridos muy ocupados, comenzaron conjuntamente un curso de política internacional. Marilú encontró en la elegante casa de Virginia un refugio para sus problemas.

De su relación con Marilú Sword, Virginia contó al

periodista que ella era una persona que necesitaba cariño y que nunca pudo conocer aspectos de su vida privada. Estuvo dispuesta a hablar sólo si ello contribuía a limpiar la imagen de su amiga. Los dos primeros contactos se hicieron telefónicamente.

La primera vez Virginia se negó rotundamente a dialogar sobre el tema, arguyó tener una semana muy ocupada. El periodista insistió diez días después, en agosto de 1992.

—Aló, buenos días, ¿se encuentra Virginia?

—Voy a ver... no, ella no está.

—¿A qué hora la puedo ubicar?

—No sé, porque estoy sola.

—Ah, ya, gracias.

En la tarde de ese mismo día, el periodista discó el número telefónico nuevamente. Contestó Virginia:

—Hola, Virginia, habla el periodista. Recuerdas que te hablé hace dos semanas para que conversáramos sobre Spinosa Melo.

—¿De qué se trata?

—Del libro que te comenté. Quedamos que te llamaría más adelante. Bueno, te estoy llamando.

—Bueno, si quieres vente a mi casa y conversamos un rato.

—¿Podría ser hoy mismo, tipo cuatro y media?

—Cuatro y media estoy ahí.

Camino al lugar, al borde del cerro Manquehue, el periodista no pudo dejar de pensar en un tema que lo apasionaba. Era la novela que narraba la vida de un político conservador que durante muchos años había sublimado sus inclinaciones homosexuales. En la madurez, sin embargo, se dejó tentar por un jovencito y, casi sin darse cuenta, se contagió el sida. Los síntomas de la

enfermedad todavía no aparecían y la publicidad de su situación podía poner en riesgo el proyecto político por el que tantos años había luchado. El hombre pensó quitarse la vida, pero su fuerte religiosidad se lo impidió las dos veces que estuvo a punto de hacerlo. Además creía que las investigaciones posteriores podían revelar su estado de salud. Esperar pacientemente su final era lo que más le atraía porque, de una u otra forma, era respetar la decisión de Dios. Optó continuar con vida y servir con su ejemplo para que la sociedad tomara conciencia sobre el sida. Sin embargo, los aparatos de inteligencia adictos a su proyecto político descubrieron que el hombre estaba enfermo y actuaron sobre él. No lo hicieron directamente, sino que indujeron a un grupo de izquierda infiltrado para que lo asesinara. Todo hubiera sido perfecto, y el hombre sería un mártir, si un enfermero del hospital donde fue realizada la autopsia, tras el atentado, no se hubiera guardado una muestra de sangre de la víctima.

La dirección acordada interrumpió abruptamente los pensamientos del periodista. Llegó puntualmente, pero Virginia no estaba en casa. La empleada lo hizo pasar al living y allí esperó pacientemente. Ella llegó 15 minutos antes que dieran las cinco de la tarde. Apenas saludó a su visitante, y subió al segundo piso a ver a sus hijos. Con uno de ellos discutió, como suelen hacerlo las madres con los hijos adolescentes. Cinco minutos después periodista y entrevistada estaban frente a frente, separados por una minúscula mesa de juegos.

—¿Tú la conocías desde antes que llegara a Chile?
—fue la pregunta que abrió una conversación que se extendió por más de dos horas.

—No, la conocí cuando llegó a la embajada en 1989.

Era una mujer encantadora y con ganas de hacer muchas cosas positivas por su país.

—¿Tenía más amigas en Santiago?

—Sí tenía. Creo que la Vicki Gancia en una época, no sé. Tampoco creas que nosotros nos veíamos todas las semanas ni mucho menos. Más bien yo estaba preocupada por si estaba bien o mal. Al tiempo empezó a estar muy triste, muy agobiada, celosa de las mujeres que entraban y salían de la embajada que, en el fondo, era su casa. No comprendía dónde terminaba la función de embajadora. Todo eso ocurría porque en el tercer piso de la residencia está el hogar del embajador y, en la parte de abajo, la administración. Eso era lo que a ella la agobiaba: tenía que relacionarse con todo el mundo, aceptar a todos en su hogar y permitir que lo frecuentaran toda clase de mujeres bonitas.

—¿Te comentó de quién estaba celosa?

—No, porque no eran celos a mujeres con nombres y apellidos. Ella vivía algo que no estaba de acuerdo con sus patrones de valores. Es como cuando empiezas a desencajar con algo que se está formando al lado tuyo.

—Dicen que ella tuvo un cambio de conducta en Santiago. Tú, Virginia, su mejor amiga, lo percibiste. Fue claro y notorio.

—No me cabe la menor duda. Ella llegó muy contenta con su nuevo matrimonio, enamorada y con muchas ganas de hacer bien las cosas y, de repente, en la mitad del camino empezó a ser una mujer tremendamente abrumada, infeliz y tuvo que recurrir, incluso, a un psiquiatra. Creo que dejó de ser persona, no sabía para dónde ir, buscaba tremendamente a Dios y la posibilidad de formar una familia. Creo que se desarmó, hasta que recobró el valor y pudo decir chau, me voy. /

—Tú viviste parte de la relación que ella mantuvo con el embajador. ¿Cómo era?

—Los veía poco, en las reuniones formales. El conmigo era muy amable. Pienso que estaba enfermo, que tiene dos caras y que puede ser simpático, pero esconde una tremenda ambición de poder. No entiendo a todo lo que llegó, lo encuentro horroroso. Chantajear gente, hablar tan mal de Marilú y decir que se escapó de la embajada porque era lesbiana. Nadie, mentalmente sano, es capaz de decir una cosa así.

—¿Tú crees que detrás de la extorsión está él?

—Yo creo que sí, lo que no me puedo convencer es que esté ella.

—¿No le has preguntado a Marilú sobre este tema?

—A ella no la vi más. Cuando se fue de la embajada lo hizo con lo puesto. Creo que vivió un proceso muy intenso en 1991. El psiquiatra la rearmó para darle valor y hacer lo que hizo. Llegó a esa etapa saturada, y partió a Buenos Aires con lo que tenía encima. Desde allá me llamó y me dijo: "Estoy súper bien, la verdad es que no aguanté más, estoy aquí con mi familia, con mi hijo, probablemente tenga el teléfono intervenido, estoy haciendo gestiones para separarme, va a ser súper difícil, pero quiero agradecerte tu amistad y decirte que en tu casa tuve un lugar para descansar".

—¿Cuándo te enteraste de que existía una carta de extorsión?

—A la semana, en una comida, pero no de la extorsión sino de las razones que Spinosa decía haber tenido para echarla. Le contaba a todo el mundo que la había encontrado con una mujer. Era el colmo de la degeneración, de la infamia, de todo.

—¿Pero tú viste la carta de extorsión?

—Nunca. Pero, además, ¿quién escribe un diario de

vida a máquina? Eso es lo más impersonal que he visto. Por otra parte, después de todas las conversaciones que tuve con Marilú me di cuenta de que era una persona cálida, amorosa. Fuimos juntas a clases de historia, hablamos de nuestros hijos, no sé. Nunca me contó que escribiera un diario íntimo. Yo siempre, como estoy en un taller literario, le leía lo que hacía. Nunca me dijo que ella lo hiciera. No, no creo nada del diario, para nada, y nadie lo escribiría a máquina.

—¿A Vicki Gancia la conociste?

—Sí, la conocí en la embajada, la conocía de antes también. Pero era una amistad social.

—¿Sabías que fue a ella a quien el embajador le entregó la carta?

—No tenía idea —dijo Virginia asombrada. Y luego consultó—. ¿Y que se suponía que ella tenía que hacer?

El periodista dudó un instante si continuaba entregando información o la guardaba para que la entrevista entrara en contradicciones. Los ruidos de los hijos en el segundo piso y un cierto aire de sinceridad que le brindaba Virginia, lo hicieron inclinarse por lo primero. "Ella tenía que recolectar el dinero y entregarlo el 30 de septiembre de 1991 a las 12 horas."

—¿Es cierto? Es que me muero, no quiero saber nada, lo encuentro realmente un libro de la mafia —dijo Virginia aún más sorprendida.

—Virginia, ¿tú no sabes que apareces mencionada en la carta de extorsión?

—¿Y de qué me están extorsionando a mí? ¿A mi marido?

El periodista sacó una fotocopia de la carta que Spinosa Melo le había entregado a Vicki y le leyó algunos párrafos selectos de la misma. Mientras lo hacía no dejó de mirar los enormes ojos de Virginia para ver la reac-

ción que ellos tenían frente a las duras palabras que emanaban de su boca. La esposa de Guerrero, en este punto, no se mostró muy sorprendida ni afectada. Sólo dijo: "Ah, yo soy la amiga lesbiana".

—Claro, ¿no lo sabías? —apuntó el periodista con naturalidad.

—No, pero no me cabe la menor duda, me pareció muy raro que no saliera algo. Te digo, es insólito, es un hombre realmente enfermo y hay que tener cuidado porque los enfermos son muy peligrosos. No entiendo la forma en que captó a la gente, creo que es parte del cuento de la maldad. Involucrar a personas, como es nuestro caso, que le teníamos mucho cariño a Marilú y que la recibíamos en nuestra casa. Ella venía para acá y nos decía que lo único que necesitaba era una cama para dormir y a las seis de la tarde se iba a la peluquería, por ejemplo, porque tenía un coctel. Conversábamos un rato, tomábamos un café y chau. Yo me iba a hacer mis cosas.

La primera vez que la esposa de Spinosa fue a visitar a su nueva amiga quedó encantada con la decoración de su casa. La propiedad se ubica en el barrio Santa María de Manquehue, uno de los más lujosos y exclusivos de Santiago. No es muy grande, pero sí acogedora. En el living destacan los sifones, libros y muebles antiguos. Un pequeño bar que tiene varios tipos de licores y una chimenea que ocupa una parte importante del salón. Sobre salen en los estantes fotos antiguas y un hermoso adorno egipcio. El living comunica con una salita de estar, en ella hay una fina mesa redonda para juegos, un par de sillones y una mesita de minipool que se encuentra junto a la ventana. Desde ella se puede apreciar el jardín y en él destaca una gran piscina. El pasto y las flores están

deliciosamente cuidados. Un antiguo juego de terraza le da el toque de romanticismo necesario a un jardín lleno de luces.

Se sentaron en la mesita redonda de la sala a conversar, mientras tomaban un café. A Marilú le costó quitarle la tapa al azucarero y optó por cuidar su línea. Sacó un sacarina de la cartera y la enterró en su caliente poción.

—A Oscar le fascinaría tu casa. Es bárbara.

—¿Te gusta?

—Sabés combinar lo nuevo y lo viejo. Lo clásico y lo moderno. Me gusta mucho.

—El sábado vienen algunos amigos a comer. Tú Oscar podrían venir también. Así conoce la casa y venís si los gustos de ambos coinciden.

—Sensacional. Vos sabés que no me siento muy bien en Chile y estoy muy sola.

Dos días después el auto oficial de la embajada argentina subía por la calle Carolina Rabat en Santa María de Manquehue, doblaba por Lloret y se detenía justo frente al 409. Spinosa estaba fascinado por la invitación porque sabía que Virginia Pies estaba casada con un influyente empresario local. Esa noche, pensaba el embajador, podía salir el contacto para algo grande. Sólo había que tirar los anzuelos adecuados. Ya en la casa, se encontraron con varias personalidades del régimen de Pinochet, entre ellos el entonces ministro de Relaciones Exteriores, Hernán Felipe Errázuriz.

En el auto Oscar había interrogado a Marilú sobre el esposo de su amiga.

—¿Tiene guita? —consultó Spinosa.

—No sé, viven bien y no les falta nada —respondió ella.

—¿A qué se dedica Guerrero?

—Es director de la Cámara Nacional de Comercio.

juega golf, es también consejero de la Confederación de la Producción y el Comercio. No sé. Está bien vinculado.

—¿Tienen pibes?

—Sí, tres. Dos varones y una nena.

El embajador, que no llevaba más de quince días en el país, desentonó fatalmente en su primer encuentro social. A Jorge Guerrero le dijo que él hacía negocios de medio millón de dólares para arriba y que en Chile lo haría en gran escala. Al ministro de Pinochet, en plena época de elecciones presidenciales, que el candidato del continuismo era un desastre y que la política de la dictadura militar había fracasado. Se peleó con todos y contradijo a todos. Impactó, además, con su cuento de Arabia Saudita.

—Cuando dejé Venecia, el canciller Caputo me envió a Arabia Saudita. Intentó exiliarme. Pero ignoraba que en Suiza mi compañero de pieza era un gordito que me tenía gran admiración porque yo jugaba bien al fútbol. Era el hijo del rey Fahd. Cuando llegué a Riad, el embajador argentino no lo podía creer. Me pusieron un Rolls Royce, una casa fabulosa, me convertí en huésped de la familia real y viajaba a París en el avión oficial. Era una vida fastuosa. Ustedes tendrían que aprender de mí: yo le saqué el jugo a la vida y ahora lo voy a sacar de esta misión.

La versión de ese encuentro, al que concurren Marilú y Oscar con otras parejas, la contó el anfitrión el 20 de agosto de 1992, casi tres años después. El periodista llegó hasta su oficina, previa cita telefónica, cerca del cerro Santa Lucía. Dos cafés amenizaron la conversación, interrumpida en varias ocasiones por diversas llamadas, algunas desde el extranjero. De la cena en su domicilio, Guerrero recuerda:

—Llegó este señor a la casa, al que yo no conocía, y resultó ser un energúmeno. Yo no entendía cómo podía ser diplomático una persona de esa naturaleza y mis amigos, entre los que estaban algunos ministros, no entendían nada. El hablaba contra todo el mundo y despotricaba contra Pinochet y sus colaboradores. Un tipo absolutamente loco, tanto es así que aseguré que no lo invitaría más a la casa. Pero él me convidó a mí a la residencia y en el almuerzo estaba el ingeniero Eduardo Arringada, el de la Comisión de Descontaminación. También se peleó con él ese día. Tenía una actitud agresiva contra todos y creo que quería romper esquemas. Los rompió todos: los diplomáticos, los políticos, los humanos y los morales.

—¿Habló de negocios esa noche en su casa?

—El día que llegó a mi casa, él habló de unos negocios que había hecho en un país de Oriente. Dijo que en Chile también quería hacer algo, pero no por menos de medio millón de dólares. Nosotros no mirábamos y no entendíamos si era broma o verdad.

—¿Dijo qué tipo de negocios quería hacer?

—Cualquiera. El tipo me daba la impresión de que estaba tirando sus anzuelos por si alguno de nosotros era corrupto o inmoral. El se desubicó y no supo nunca con quién estaba.

—¿Le ofreció algún negocio concreto?

—El tipo era un bandido. Pero, además, desconfiaba de mí. Como él tiró muchos ganchos conmigo y yo no le acepté ninguno, creo que se cuidaba. Por eso pensé que era un bluff. Una vez en su casa me mostró unos trapos de género y me dijo que valían millones de dólares. Yo no le creía. Después pensé que quería venderle a alguien en Chile esos pedazos y posteriormente leí en alguna revista la historia de los tapices de Venecia...

La relación entre ambas parejas, sin embargo, no terminó tras esa primera aproximación. El embajador se percató de que no se había comportado bien en la casa de Virginia y le envió flores para disculparse. Posteriormente, los invitó a la residencia diplomática. A Jorge lo convidó a almorzar.

Según testigos de Vicuña Mackenna, Virginia era la confidente de Marilú. Apenas tenía un problema con el embajador partía hacia su casa de Santa María de Manquehue. En algunas oportunidades, ella y su marido visitaron la residencia y cenaron con otras personas. Pero la señora de Guerrero siempre tuvo un comportamiento serio dentro del recinto diplomático e incluso, ante ella, el embajador se contenía un poco.

Oscar solía ser "fresco" con las mujeres de confianza. Además de piroppearlas delante de su mujer, en muchas oportunidades las abrazaba, besaba o simplemente les tocaba el trasero. Lo hacía con Vicki Gancia y también con la modelo argentina y conductora de un programa de TV en Chile, Cristina Tocco. Con Virginia, sin embargo, era cauto y respetuoso.

El embajador Spinoso, como ninguno de sus antecesores, abrió la Embajada argentina al mundo de la farándula y las mujeres ligeras. Muchos podrán pensar que era atípico que dentro de la sociedad chilena su forma de comportamiento encontrara eco. Pero no. En Santiago prevalece un clima de doble moral pronunciado y el entorno que tuvo el representante de Menem era especial para desarrollar sus vivencias. Ese ambiente, por lo demás, fue entusiasmando al diplomático.

No era tan loco cuando llegó, sí lo era cuando abandonó apresuradamente el país.

EL ENTORNO SANTIAGUINO

RÁPIDAMENTE Spinosa recapturó sus contactos de la década del 50 e intentó nuscultar qué estaba ocurriendo con la sociedad chilena. Sabía, como toda persona de mundo, que en Santiago las costumbres públicas eran muy distintas de las privadas. Los diplomáticos que llegaban a Chile lo pasaban bien y él no quería ser la excepción.

Nada hacía presagiar en el mundo diplomático santiaguino, por otra parte, que algo nuevo comenzaba a ocurrir en Chile con la llegada del flamante representante argentino.

Todos los embajadores que llegan al país son rápidamente aceptados en la vida social de la capital. Esta no es muy abundante, y sus miembros, escasos. De ahí que los jefes de misiones extranjeras tienen un espacio asegurado no sólo en las recepciones y eventos que se realizan en la ciudad, sino también en las páginas sociales de diarios y revistas.

La capital de Chile les fascina a casi todos. Santiago, por su clima y encantos, tiene lo necesario para disfrutar ampliamente y sin gastar demasiado dinero. Tal vez,

solamente escasea la vida nocturna, y a veces resulta difícil encontrar lugares para comer y divertirse después de la medianoche.

Al diplomático que le agrada el mar, lo encuentra a una hora de viaje. Hermosas playas en el litoral central, como Algarrobo, y otros elegantes balnearios cerca de Viña del Mar: Con Con y Reñaca. A las que prefieren el agua más cálida pueden hacer un recorrido un poco más largo y disfrutarla en Zapallar o Carahagua.

Para el esquiador, tanto Farellones como Portillo, están al alcance de la mano. El primero muy cerca de Santiago, y el segundo, camino hacia la Argentina, se lo ubica en menos de tres horas tras un serpenteante y hermoso viaje. Dos hipódromos, lindos cerros, un elegante Club de Golf, ni mucho frío ni mucho calor, mujeres relativamente hermosas. Mariscos, verduras, frutas, buen vino, buen pisco y servicios públicos que funcionan casi como en los países desarrollados.

En fin, un país hospitalario y en el cual el diplomático está bien conceptuado. Tiene las puertas abiertas.

Salvo escasas excepciones, los representantes de otras tierras que arriban a Chile lo hacen tras una larga trayectoria internacional. Un buen destino para terminar sus carreras. Para los que llegan de las grandes potencias, Chile es el lugar ideal previo a una jubilación cómoda. De los países de Oriente arriban hombres marcados por una clara experiencia técnica, habitualmente la economía. Su misión, más que agitar en las esferas políticas, es conquistar al empresario local. A las recepciones de estos países, a diferencia de otros, suelen asistir los hombres de negocios y los militares. Los políticos se quedan en sus oficinas.

Para el jet set criollo, nada mejor que tener un amigo embajador. Páginas sociales de los diarios, invitaciones a

comer y a disfrutar de la hospitalidad del país del representante. Como en ninguna nación, en Chile, tanto los políticos como los empresarios frecuentan las embajadas y se relacionan con el personal diplomático. Suele verse en las recepciones a personas que gustan de vincularse con el mundo diplomático. No lo hacen sólo por un afán de lucimiento, sino porque el eventual amigo embajador o consejero puede convertirse en un excelente cliente. Provisos de decenas de tarjetas de presentación en sus bolsillos, estos seres no dejan pasar la ocasión de ofrecer sus servicios.

"Querida, mi marido y yo sabemos lo terrible que es llegar a un país y no entender nada de sus costumbres. Cualquier cosa que necesites para el colegio de tus niños o si quieres conseguir empleada, no dudes en llamarme", es el típico final de la conversación entre la esposa de uno de estos solícitos profesionales y la mujer del embajador en un coctel.

De los funcionarios de Francia, Italia, España, Alemania, Estados Unidos, el Vaticano y la Argentina se espera mucho. Esos hombres deben manejarse cuidadosamente en el campo político, económico y social. Pero del resto, sólo que lo hagan bien y que se noten poco. En general, casi nadie los conoce y, por lo demás, no brillan por su inteligencia. En muchos casos no son refinados ni tienen sus trajes limpios, y a veces ni siquiera devuelven los llamados que les hacen a su despacho.

El primer remezón para la diplomacia extranjera en Santiago ocurrió cuando comenzó a esparcirse el rumor del alejamiento del embajador de Australia. En general, son los agregados militares los que suelen meterse en líos de faldas o de homosexuales. Los embajadores, de una forma u otra, logran sortear los escándalos.

El representante de Cambera en Santiago, sin embargo, sucumbió ante los encantos de un jovencito y éste, junto a otros, explotaron su debilidad. El pobre hombre se vio obligado, para pagar el silencio de sus extorsionadores, a juntar fondos a como diera lugar. Su debilidad fue descubierta cuando se comprobó que uno de sus autos, cuya venta estaba prohibida en un plazo establecido por ley, fue traspasado a nombre de uno de sus chantajistas. El embajador de Australia confesó lo que estaba ocurriendo y la Cancillería chilena solicitó su traslado.

La sórdida historia, como es común en la diplomacia, no llegó a oídos de la prensa chilena. Como tampoco se han sabido los grandes esfuerzos que hacen las distintas casas de prostitutas por ganarse la clientela diplomática. Hasta ahora muchos representantes extranjeros figuran en las listas de clientes de la casa que regentea la afamada Carmen del Lunar, situada en el departamento 407 de la esquina de Merced y San Antonio; pero la Cochota, quien dirige un negocio en calle Agustinas, entre Mc Iver y Miraflores, ha jugado todas sus cartas para ganar adeptos entre los embajadores y agregados militares. Son estos últimos las presas más fáciles. Junto a los burdeles, los cabarés Maeva y Emanuelle, al que se suma La Cucaracha, tienen como clientela privilegiada a los embajadores. También el Fabiano Rossi.

La diplomacia tiene un código secreto que impide conocer en detalle lo que ocurre dentro de las embajadas o el ministerio. Nada queda oculto, sin embargo, entre los funcionarios. Cuando un embajador llega a un país ya sabe y conoce todas las características del entorno que encontrará en su nuevo destino. Alguien lo puso al tanto. Son muchos los dineros del erario nacional que se gastan los diplomáticos para esparcir las noticias por el mundo.

Hoy ocurre algo en la embajada chilena en Tokio y mañana, vía telefónica, lo saben todas las representaciones que Chile tiene diseminadas por el mundo. En la jerga diplomática esta forma de comunicación se denomina "el tam-tam".

Un alto embajador dijo que este método, imposible de cortar, permitió que trascendiera a todas las embajadas de Chile en el mundo la noticia de que el viejo edificio de la Cancillería en Santiago estaba repleto de ratones. Eran verdaderos ejércitos que, al oscurecer, terminaban con cuanto papel, archivo o documento reservado se les pusiera por delante.

Para eliminarlos, el ministerio compró un sofisticado equipo de ultrasonido. Los ratones, verdaderos devoradores del servicio exterior, hicieron caso omiso al ruido. En las altas esferas de 1986, año en que sucedió esta invasión, se especuló que los bichos podían ser sordos, producto de los ruidos a los que estaban sometidos en el centro de Santiago. Un director del servicio tomó cartas en la materia y consiguió una pareja de gatos de campo para que se hicieran cargo de sus enemigos naturales. Los felinos actuaron con rapidez y eliminaron la plaga, pero luego incomodaron a los funcionarios que abominan de la especie gatuna. Comenzaron a sucederse los memorándum internos hasta que se decretó la expulsión de los mismos. La historia corrió por el mundo y volvió a Chile. Lastimosamente, por la suerte corrida por los gatos, un diario tituló: "El pago de Chile".

El servicio diplomático chileno no es mejor ni peor que el que tienen los demás países. Tal vez sí, técnicamente, los diplomáticos chilenos estén mejor preparados que algunos latinoamericanos, pero en muchos aspectos tienen los mismos defectos y virtudes. Si bien para ingresar a la carrera diplomática los requisitos son

tener título universitario afin, la situación militar al día, una salud compatible con las normas del servicio, haber sido aprobado en una serie de exámenes y cumplir con lo establecido en el estatuto administrativo, habitualmente se le hace vista gorda a la primera solicitud. De esta forma, los funcionarios de la Cancillería chilena son reclutados tradicionalmente de los sectores acomodados de la burguesía criolla. Lo usual es que ingresen a la Academia Diplomática Andrés Bello los hijos rebeldes de "muy buenas familias", porque el puntaje obtenido en la prueba de aptitud no les permite hacerlo en la universidad. Aunque los estudios previos son un requisito, siempre se encuentra la forma para que, vía presidencia de la República, se elimine la obligación universitaria.

Son sujetos que gustan de la buena vida y disfrutan con el éxito social. El servicio exterior es visto como el paraíso dentro de la administración pública. En este verdadero edén estatal se conjugan perfectamente ambos aspectos. Quizá esta situación contribuya de alguna forma para que se estructure una mentalidad especial que caracteriza a los diplomáticos chilenos.

Así lo pensaba, por lo demás, Alfredo Argüello Planella, quien había ingresado al servicio exterior confiado en que desde ese lugar podría beneficiar al país con su alto grado de diplomacia e inteligencia. El se sentía como un extranjero en su propia tierra, o "ciudadano del mundo" como había calificado peyorativamente a los embajadores nativos un subsecretario militar en tiempos de Pinochet. (El diplomático conoció a Spínosa cuando se desempeñó en Buenos Aires y cultivaron cierta amistad. Argüello puso al tanto al embajador argentino de lo que ocurría dentro del Ministerio de Relaciones Exteriores chileno y,

como buen chantajista, Oscar no dejó de sacarle provecho a cada una de las infidencias que Argüello le hacía sobre sus pares o jefes.)

El diplomático chileno había ingresado a la Academia lleno de ilusiones. Sin embargo, producto de su permanente ir y venir, tenía un marcado sentimiento de desarraigo. Sus lazos familiares se vieron frecuentemente debilitados por una vida nómada. Había perdido los viejos amigos, y dos de sus hijos se casaron y se quedaron en el extranjero.

Sus ilusiones se fueron tronchando en el camino. Lo primero que notó fue que pertenecería a una institución fuertemente jerarquizada, donde existen estratos rígidamente delimitados y un marcado autoritarismo. Esta situación llegó a un punto extremo durante los duros años de la dictadura militar.

En esos tiempos, según el libro *La verdad sobre el Ministerio de Relaciones Exteriores durante el gobierno militar*, escrito entre otros por los actuales jefes de gabinete del ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Enrique Silva Cimma, y del subsecretario Edmundo Vargas, a la Cancillería chilena "le correspondió una activa e inocultable colaboración en las violaciones a los derechos humanos que vivió nuestro país, y en la persecución de cientos de miles de compatriotas disidentes que por razones políticas se vieron obligados a salir del país". Por esos años en el ministerio se cometieron muchas arbitrariedades e irregularidades, que dieron por tierra con la carrera funcionaria y el profesionalismo.

Desde el momento mismo que ingresó como "meritante" a la oficina de partes de la Cancillería chilena, Argüello comenzó a sufrir una lenta pero efectiva deformación profesional. Allí, al igual que numerosos embajadores de carrera y otros altos funcionarios del servicio exterior,

inició su aprendizaje, desarrollando labores administrativas menores que, hoy en día, son desempeñadas por empleados de los grados más bajos de las plantas administrativas del Ministerio de Relaciones Exteriores. Comenzó a sufrir con las arbitrariedades de los embajadores y superiores.

La carrera diplomática, al igual que la militar, la judicial o la eclesiástica, responde a una estructura jerarquizada en diferentes categorías o grados, a la que el funcionario que ingresa va ascendiendo por mérito o antigüedad. El flamante funcionario, tras pasar por la Academia, sale con el grado de tercer secretario de segunda clase, después puede ascender a tercer secretario, segundo, primero, consejero, ministro consejero y embajador.

Argüello no había ingresado por la ventana y tampoco era niño rebelde en su familia. Le gustaba la diplomacia y quería servir a su país en el servicio exterior. Sabía que para lograr mantenerse dentro del esquema debía esforzarse. Lo primero era salir de la academia y dejar de ser aprendiz. Lo logró con cierta facilidad.

Posteriormente, y por sus méritos, comenzó a desempeñar labores administrativas de mayor jerarquía, siempre bajo la tutela de hombres de amplia trayectoria, a los cuales sirvió como secretario. Le chocó, incluso, que siendo tercer secretario de una embajada, el jefe de la misión, porque así se lo antojaba, lo obligara a cumplir tareas de chofer o empleado. Era común, por lo demás, que se lo pidieran. Eso ocurría en las embajadas de la Argentina, Perú, Bolivia o de cualquier país del mundo. Es la realidad que los novatos deben transitar para ascender.

Los diplomáticos jóvenes son utilizados por los emba-

jadores para que les sirvan la mesa cuando tienen invitados importantes. Un amigo suyo le confió que cuando era secretario en una embajada latinoamericana, el jefe de misión, casado con una argentina, le ordenaba pasear los finos perros de su esposa.

Alfredo Argüello tenía muy buenos amigos que se habían rebelado frente a estas injusticias. Pero no les había ido bien. Su reclamo, posteriormente, se traduciría en un regreso anticipado a Chile.

Un día, enojado porque su jefe de misión le había pedido que le cuidara su casa el fin de semana, el joven diplomático quiso negarse.

—Si un diplomático, viejo, quiere hacer carrera, tendrá que guardarse su amor propio y aceptar hasta las más degradantes tareas. En un país europeo, un segundo secretario de la embajada chilena, gustoso y voluntariamente, tendía las camas del embajador y su señora. Su esposa, hija de un distinguido diplomático centroamericano, lavaba la loza. Aún más humillante fue la situación que vivió un joven tercer secretario, hoy ya jubilado como embajador, quien oficiaba de cocinero y mozo en las comidas de su embajador. Algunos, por cierto, se adaptan mejor que otros, pero si quieres quedarte en la diplomacia, acepta todo —fue el consejo que un viejo embajador, ya retirado, le dio a Alfredo.

—¿Todo?

Alfredo se tragó su orgullo de hijo único de una familia adinerada, con fundo y empresas, y entró en la rutina de toda embajada. Cumplió con las más diversas labores. Desde la elaboración de informes, análisis de la realidad política y económica del país, hasta las relaciones culturales y laborales. Pasó también por la atención de los asuntos comerciales y consulares, el despacho de la valija diplomática, envío y recepción de télex, la tediosa labor

social y la sagrada obligación de recibir en el aeropuerto local a cuanta persona se le ocurriera pasar por el país donde él se encontraba.

En su primera destinación, el joven Argüello se dio cuenta de que en la vida diplomática no todo eran recepciones y agasajos. Y que los cocteles o los importantes análisis políticos, serían reemplazados por la urgente necesidad de actualizar los inventarios de la embajada. Tarea que nadie realizaba, por ejemplo, desde una decena de años.

—Comprendí con los años que la mejor forma de sobrevivir en esta extraña fauna es no pensando, no teniendo iniciativa, evitando destacarse y, lo que es aún más terrible, escondiendo la eventual inteligencia que puedas tener. En el servicio exterior no debes cuestionar nada, tienes que evitar las críticas, guardarte tus opiniones y tratar de adivinar qué es lo que el embajador espera de ti. El finalmente es el dueño de tu destino y el de tu familia —*confió desilusionado.*

Cansado de esta situación y ayudado por su amigo embajador, Argüello decidió cambiar de vida. Se dedicó al comercio e inició contactos en Buenos Aires para exportar productos chilenos. Le comenzó a ir bien en ese rubro y su existencia parecía encontrar un rumbo económico adecuado. Sin embargo, no podía recuperar el sentido que tenía antes de ingresar a la Academia Diplomática. Producto de esta situación, su desapego familiar y su autoexilio, el ex diplomático comenzó a consumir cocaína y pronto pasó a la heroína. En un apart hotel de Buenos Aires una sobredosis terminó con sus días y, como estaba solo, nunca se supo si su muerte fue producto de un accidente o bien de una drástica decisión del mismo Argüello.

Pocos minutos antes de que su cuerpo sin vida fuera

encontrado en su habitación por un mozo del hotel, el ex diplomático había pedido al telefonista que lo comunicara con la embajada de la Argentina en Santiago.

UNA FABRICA DE
DIPLOMATICOS

HAY UN MOLDE que cumplir en la vida diplomática y el que osa traspasar sus márgenes es duramente castigado por sus superiores. Un funcionario, fuera del país de origen, obtiene suculentos sueldos y viáticos. Un agregado de prensa, por ejemplo, recibe 5 mil dólares mensuales y viáticos por 600. Un embajador supera los 7 u 8 mil. En la capital de origen, los sueldos de los diplomáticos decaen estrepitosamente y el regreso anticipado de un destino puede significar un deterioro importante en el presupuesto familiar. Los ejemplos de rebeldías a las autoridades en el exterior son muchos y los castigos a estas situaciones, ejemplificadores.

Un funcionario de la embajada chilena en París, hace algunos años, puso objeciones para mandar por valija diplomática unos pasadores y cuerdas de guitarra alemanas para el conjunto folclórico Los Huasos Colchagüinos, y cuatro pares de guantes de box de cuero de jabalí africano. Todo era un pedido de Rodrigo Serrano, jefe del gabinete del ministro de Relaciones Exteriores chileno de la época, Jaime del Valle Alliende. Por la objeción, el funcionario fue trasladado a Santa Cruz de la Sierra en Boli-

via. Su situación económica empeoró drásticamente e incluso su mujer lo abandonó y regresó a Chile con sus dos hijos.

Lo drástico de las decisiones quedó tremendamente marcado después del golpe militar. Más de 70 funcionarios de carrera, uno incluso con 40 años de servicios, fueron exonerados. Es decir, cerca del 30 por ciento de los diplomáticos que vivían la legalidad de la llamada carrera diplomática fue eliminado u obligado por las circunstancias a renunciar.

De esos años los testimonios de los funcionarios exonerados recuerdan que la inamovilidad del Servicio Exterior y la profesionalidad sucumbieron ante el peso de las armas. Con el almirante Ismael Huerta a la cabeza, y con la colaboración de elementos de la propia carrera, se tomaron las drásticas medidas, como lo aseguró el diario *El Mercurio*, "con decisión y sin temor a posibles errores o injusticias, ni siquiera los lazos de amistad o compañerismo, velando por el superior interés del país".

Y no se equivocó *El Mercurio* en su descripción. Un exonerado del 73 recuerda la falta de solidaridad que reinó entre los empleados del Ministerio de Relaciones Exteriores después del golpe militar. Cuando se reintegraron al trabajo, los funcionarios que se habían identificado con los partidos de la Unidad Popular fueron obligados a formar filas en el Patio de Los Naranjos del Palacio de La Moneda para que otros colegas con brazaletes identificatorios, iguales a los que por aquellos días usaban los miembros de las Fuerzas Armadas, revisaran sus objetos personales y trajinaran sus vestimentas. Además, les advirtieron que no podían salir del ministerio sin previo aviso y justificación adecuada y que, cuando se retiraran al término de la jornada de trabajo, deberían mostrar nuevamente todos sus objetos personales. En ese

grupo, según los exonerados, se destacaron por "su eficiencia, prepotencia y descriterio" los funcionarios de carrera Mario Barros van Buren, Adolfo Caraffi Melero, José Luis León Leiva, Pedro Uriarte Peña y Pedro Zuckel Aguayo. Coordinaba el sucio trabajo Eduardo Jara Roncatti y lo dirigían Enrique Carvallo Díaz y Carlos Besa Lyon.

Si bien el gobierno militar terminó con la carrera funcionaria y realizó la famosa razzia del 73, no pudo evitar el oportunismo en las decisiones y éste tiñó las razones políticas que tenía para exonerar a muchos diplomáticos. Con el mezquino afán de ascender rápidamente, algunos "con regla de cálculo" en mano buscaron la forma de limpiarse el camino de competidores para beneficiarse con nuevos destino en el extranjero.

Otra fórmula utilizada en los eventos sociales para hacer más expedito el ascenso son las mujeres "entrenadas", quienes juegan un rol fundamental cuando están en Chile. Reciben en sus casas a lo más granado del ministerio e incluso a embajadores extranjeros residentes en Santiago. La diplomacia, como ninguna otra actividad, se hace en pareja. Mientras el esposo departe con otros invitados, la mujer debe esmerarse en caer simpática a la esposa del ministro o del subsecretario. O al embajador, que eventualmente puede recomendar al subsecretario que sería bueno que a su país llegara como consejero el brillante anfitrión. Así, el marido de la mujer entrenada hará carrera vertiginosamente. Y con el nuevo destino se incrementarán los ahorros de la pareja.

En el exterior las esposas de los hombres del servicio también juegan un papel destacado. Aunque muchas tienen una vida muy sufrida, otras le hacen las carreras a sus maridos poniéndole caritas a cuanto viejo verde

importante pase por la embajada o soportando las interminables latas de la cónyuge del jefe de la misión. Muchos son los casos, que rara vez trascienden, de esposas de secretarios que son acosadas sexualmente por el excelentísimo señor embajador. El funcionario debe, sin embargo, hacer la vista gorda para no perder su trabajo e hipotecar su futuro. Según un viejo diplomático, también existen las mujeres que han sabido administrar sus encantos para encumbrar a sus maridos con admirables golpes de pelvis.

El ambiente diplomático, por otra parte, ejerce una fuerte atracción sobre el tercer sexo. Los homosexuales encuentran en ese pequeño mundillo internacional un campo propicio para una más libre expresión de sus aptitudes e inclinaciones. Estos abundan en la diplomacia y constituyen un rasgo común en los servicios exteriores de casi todo: los países del orbe.

En los últimos años, al menos siete funcionarios en Chile han muerto contagiados por el sida, y la cifra de portadores se empina sobre 20. La Cancillería tiene el récord de esta enfermedad entre las reparticiones públicas del Estado chileno. Otro tanto ocurre en la Cancillería argentina donde se dice que han muerto más de cinco funcionarios contagiados por el sida en los últimos 7 años.

En la Cancillería chilena, algunas autoridades —especialmente los uniformados en tiempos de la dictadura— intentaron detener la escalada homosexual que vivía la repartición pública. En una oportunidad, incluso, el general Humberto Julio, quien fuera uno de los últimos subsecretarios de Relaciones Exteriores del régimen militar, reunió en su oficina a todos los funcionarios de la Cancillería y les advirtió, enérgicamente, que no toleraría "mariconeos" entre ellos. Se trataba de los diplomáticos que regresaron a Chile en 1985 y estaban presentes

en la reunión con Julio, Juan Eduardo Mena, Pedro Uriarte, Pedro Oyarce, Manuel José Ureta, Antonio Garrido, Roberto Cordero, Arturo Urrejola, Marcelo Muñoz y Manuel Hinojosa, entre otros.

Pero no fue mucho lo que se avanzó en el tema. Las advertencias del subsecretario no fueron un obstáculo para que ocurrieran algunos hechos bochornosos, cuenta un embajador de la época.

Uno de los más sonados y trágicos fue el cuasi degollamiento de Pablo Arriagada, cuando se desempeñaba como jefe de gabinete del ministro de Relaciones Exteriores, Jaime Del Valle. El hecho ocurrió en San Francisco, California, durante una discusión pasional con un homosexual al cual Arriagada había conocido casualmente mientras esperaba la llegada del canciller chileno a la ciudad. Menos dramático, pero con lamentables consecuencias, fue el romance que sostuvo un secretario de la embajada de Chile en París con el embajador. Nunca hubiera pasado nada si el funcionario no se hubiera involucrado también con la hija del jefe de misión. Ella quedó embarazada de él. El alto diplomático fue trasladado a Ecuador y al funcionario lo eliminaron del servicio, pero volvió durante el mandato de Aylwin alegando ser un exonerado por el régimen militar. Más recientemente otro diplomático chileno, Juan Eduardo Vega, fue aparentemente víctima de un secuestro en Puerto Ordaz, Venezuela. Informes de la policía local, sin embargo, indicaron que se trató de un oscuro drama entre homosexuales. La presunta víctima fue trasladada a Chile y se encuentra sometida a sumario.

Aunque nadie admite estar contagiado de sida, por ser ésta una enfermedad que la sociedad castiga marginando a la víctima, son siete los chilenos muertos en el último tiempo por el síndrome.

"Nosotros vimos cómo se iban consumiendo y en ellos aparecían los síntomas del cruel mal. Todos, sin embargo, murieron de cáncer: el primero fue Víctor Hugo Olguín. Era consejero, su última misión fue en Amsterdam y murió en Chile hace 4 o 5 años. José María Gallardo, subdirector de Protocolo, murió en 1991 en Chile. Era consejero y estuvo en Génova y Santa Cruz de la Sierra. Héctor Trejo estuvo en Noruega, murió en 1992 y llegó hasta primer secretario. Pedro Uriarte también falleció en el 92 y su última misión la desempeñó en Nueva York. También Ronald Geyger, aunque éste no era homosexual sino sibarita: mujeriego y experto en casas de masajes orientales, fue ministro consejero y estuvo en Singapur, Roma, Ciudad de México", relató un diplomático que pidió reserva de su nombre.

Si bien este tipo de situaciones suelen ser drásticamente sancionadas cuando trascienden, no ocurre lo mismo dentro de la Cancillería chilena con otros escándalos que se relacionan con aspectos éticos o legales. Nada pasó, por ejemplo, con las denuncias que la prensa argentina hizo del comercio ilícito de franquicias aduaneras. En esas irregularidades, en las cuales se abrieron procesos judiciales, estaban comprometidos numerosos diplomáticos extranjeros, entre ellos varios chilenos. Nunca se conocieron acciones o sumarios contra Samuel Fernández, ministro consejero y profesor de la Academia Diplomática. Tampoco se tomaron contra Francisco Pérez Walker, el hermano del senador de Renovación Nacional Ignacio Pérez Walker, quien se desempeñaba en Venezuela. Actualmente, incluso, se asegura que Pérez Walker sería nombrado jefe de Protocolo de la cancillería en reemplazo de Carlos Klammer.

El propio subsecretario, Edmundo Vargas, fue men-

cionado en relación con una malversación de caudales públicos: dineros recuperados por concepto de devoluciones de las garantías de arriendos fueron desviados a su cuenta de gastos reservados.

También se hace vista gorda en la Cancillería chilena con los escándalos o delitos que envuelven a funcionarios de las representaciones en Santiago. Estos, habitualmente, se relacionan con la importación de automóviles de marcas caras.

Los embajadores tienen derecho a liberar dos autos cada 24 meses. La Cancillería está obligada a pedir el respeto a la legislación chilena, pero existe cierto temor a indisponerse con el cuerpo diplomático extranjero. Los embajadores, entonces, hacen lo que se les da la gana. El representante de Honduras llevó dos autos a Santiago y pidió internar un tercero, porque le habían aconsejado —equivocadamente— que era un buen negocio importar Toyotas. Se trajo pues un Toyota último modelo, pero se dio cuenta de que eran mejor negocio los Mercedes Benz; pidió autorización para traer otro auto. Le dijeron que no y que lo hiciera al cabo de dos años. El embajador, entonces, acreditó como ministro consejero de su embajada a su hijo y éste trajo el Mercedes que su papá quería internar. Algo parecido ocurrió con el embajador de Panamá en Santiago. Pidió autorización para internar un tercer auto y, a pesar de que le dijeron que no, igual lo trajo. Se creó un problema, la aduana tenía retenido el auto en el puerto, y finalmente logró internarlo con admisión temporal.

La Cancillería chilena, muy de vez en cuando, le hace ver a los embajadores que esto es un abuso y los diplomáticos amenazan con represalias al representante que Chile tiene en el país respectivo.

Al cabo de dos años, a veces antes, los autos son ven-

didos. Por su internación se pagan alrededor de 7 mil dólares en derechos y puede transferirse en más de cien mil. Hay embajadores que encargan un Mercedes Benz y dicen que lo tienen dos años, pero lo venden antes de que llegue a Chile, obteniendo una ganancia cercana a los 15 mil dólares. El nuevo propietario anda circulando, incluso, con la patente del cuerpo diplomático.

El comercio es tan importante que existen grandes nexos entre el cuerpo diplomático acreditado en Santiago y los negocios que venden autos marca Mercedes y BMW. Jaime Camy, dueño de Camere Autos, era el intermediario entre los embajadores y la familia Ciulla, unos mafiosos italianos que se vinieron a Chile.

El mercado chileno de Mercedes Benz y BMW se nutre en un cien por ciento de los autos que traen los diplomáticos. Por esta razón es que existen serias dificultades para el ingreso de otras marcas, como los Nissan, Jaguar y los autos de lujo americanos no entran al mercado chileno porque los precios de los Mercedes y los BMW, vía diplomáticos, son tan bajos que ellos no pueden competir.

Un Mercedes Benz, por ejemplo, cuesta en Chile, alrededor de 50 mil dólares. Si se pagara el derecho correspondiente, el impuesto al lujo sobre la cilindrada, aumentaría más de un ciento por ciento su valor y costaría al comprador unos 130 mil dólares.

El mercado chileno de los Mercedes lo maneja casi íntegramente la empresa Kauffman, a través de Manuel Francisco Urzúa, y Frederic hace lo propio con los BMW. Otra parte, más pequeña, la lleva Jaime Camy y Chacner de MPS.

Un embajador puede traer dos autos y el ministro consejero uno. También los funcionarios chilenos que regresan de destinaciones en el exterior y los agregados

militares pueden hacerlo. Pero están bastante constreñidos por la cuota, que es de 20 mil dólares. A lo sumo puede traer un auto modelo E, porque los otros superan el límite establecido, que es de 20 mil dólares aumentado en un 20 por ciento. Pero en ella también entran sus muebles y enseres.

Otro negocio que hacen los diplomáticos, especialmente los centroamericanos, es el contrabando legal de licores y otras especies importadas. Ellos son muy proclives a importar grandes partidas de whisky y después las comercian en su destino. También traen cigarrillos importados.

En una época, además, comercializaban material pornográfico. Hubo un escándalo famoso, en 1985, en que se descubrió que desde la embajada suiza en Santiago unos funcionarios proveían al mercado chileno de películas pornográficas.

No en todas partes los diplomáticos pueden hacer negocios. En Italia, Francia, Alemania, por ejemplo, es muy difícil concretarlos. Por eso es que a los africanos, los centroamericanos y los asiáticos pobres no les gustan los destinos en los países desarrollados porque no tienen posibilidades de complementar su renta con estos negociados. Los europeos son muy severos en este sentido y no permiten este tipo de abusos. Chile debe ser uno de los pocos casos donde hay tanta vista gorda.

Los que tendrían que velar para que esta situación no se produjera son los miembros del departamento de Liberaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores. Pero se trata de funcionarios subordinados al poder político, de bajo rango en el ministerio, y que no tienen autoridad para impedir estos delitos. Si lo tratan de hacer no va a faltar el hombre de Protocolo que los aplaste. O el jefe de gabinete. O el subsecretario.

El propio canciller actual, Enrique Silva Cimma, argumentando que se podía tomar represalias contra los embajadores chilenos en el exterior, dio orden de no dar publicidad al tema de los autos. Un manto de silencio cubrió rápidamente el ilícito negocio que enriquece a los hombres acreditados en Santiago.

El comercio de los autos es grande. Uno y medio entra por día a Chile. Es decir, a un promedio de 50 mil dólares cada uno, este mercado mueve al año más de 25 millones de la divisa norteamericana.

En la Argentina el ingreso ilegal de autos no sólo se hace vía diplomáticos de otras naciones o los que regresan a Buenos Aires luego de haber cumplido funciones en alguna embajada argentina en el exterior. Aún está fresco el negocio de los autos "truchos", en el que distintas personalidades, entre ellas Susana Giménez, el actor Ricardo Darín y el dueño de la editorial Atlántida, Constancio Vigil, compraban autos Mercedes Benz que habían sido ingresados a nombre de personas discapacitadas.

SPINOSA Y LA MEDIACION PAPAL

—¿OSCAR SPINOSA MELO liberó muchos autos en sus dos años de permanencia?

—Tuvo tres autos, un Mercedes Benz, que vendió Marcelo Faurie después que éste fue trasladado; un jeep, que no sé si se lo llevó a la Argentina o lo vendió en Santiago; y por encargo de un empresario amigo, Guillermo Lukacik, liberó una Range Rover, de 60 mil dólares, que traspasó antes de irse. En todo caso, en menos de dos años el embajador argentino internó sólo los dos autos que le correspondían. Lo que sí hizo fue llenar completamente el cupo de 35 mil dólares que la ley establece como máximo de ingreso de objetos sin pagar franquicias.

Según la Convención de Viena de 1961, que regula los derechos y deberes de los diplomáticos, éstos podrán ingresar al Estado receptor, una vez que se encuentren en él, objetos personales y para la misión diplomática sin que éstos sean gravados con impuestos. Lo propio pueden hacer los familiares del embajador. Sin embargo, y quedó claro en Viena ese 18 de abril de hace 31 años, todas las personas que gozan de la inmunidad diplomática deberán respetar las leyes del Estado receptor, así como no inmis-

cuirse en las políticas locales y guardar en un discreto secreto sus opiniones sobre la conjuntura local. Es raro en todo caso que algún diplomático ose romper esta norma.

Suele ser tradicional que los representantes de los Estados Unidos influyan fuertemente en las decisiones nacionales, pero difícilmente emitirán opiniones públicas en períodos tranquilos. Spinosa Melo, sin embargo, fue un fiel propagandista de la candidatura presidencial del empresario Francisco Javier Errázuriz, de quien se decía ser "su mejor amigo".

De todas formas es muy raro que se hable de política entre embajadores y menos en sus tradicionales cenas. La frivolidad es consustancial con la vida diplomática. Sus charlas son superficiales y difícilmente se producen polémicas interesantes en alguna cena en la residencia de un embajador. Prevalen los consensos y los símbolos. Son muchos los diplomáticos que aprenden a jugar golf porque es el deporte preferido por los extranjeros.

Hasta hace unos años El Club de Golf Los Leones, ubicado en la elegante comuna de Las Condes de la capital chilena, admitía entre sus socios a los jefes de misiones extranjeras en Santiago. Habitualmente, en el césped de juego, los diplomáticos y los empresarios locales comenzaban estrechas amistades. Sin embargo, con el correr de los años las costumbres de algunos embajadores fueron molestando a las tradicionales familias santiaguinas que gustaban del golf y eran socias, por largos años, del legendario club.

—Todo terminó por culpa de los embajadores de Haití y República Dominicana. Ambos, a los cuales se les sumaban el de Venezuela y el argentino, hicieron escándalos de proporciones en el Club en el año 1991. En ocasiones llegaban con prostitutas, de fachas muy ordina-

rias, y se paseaban entre los socios. Gritaban y se reían fuerte. La gota colmó el vaso cuando una de las ocasionales acompañantes del embajador de República Dominicana le cortó a éste las uñas de los pies al borde la piscina —narró un embajador centroamericano.

Así, el cuerpo diplomático de Santiago perdió sus derechos para asociarse al Club, y los más molestos fueron aquellos embajadores que, por años, habían jugado y ocupado sus instalaciones sin provocar ni siquiera un desmán. Era el caso del representante de la Soberana Orden Militar de Malta, quien desde 1972 desempeñaba ese cargo y cuyo hándicap, en golf, era de 15.

Pero no es este deporte, precisamente, lo que une a los diplomáticos en sus misiones. A los latinos, por ejemplo, los agrupan sus ansias locas de pasarlo bien y disfrutar con las chilenas. Apenas llegan al país son informados acerca de los lugares en los que se pueden encontrar diversión. Tarde o temprano, tal vez en una noche de soledad, el diplomático partirá hacia alguno de los puntos que le recomendaron sus amigos: los ya mencionados cabarés Maeva, Emanuelle, en La Portada de Vitacura, o La Cucaracha, en el barrio Bellavista, entre los cerros y el Río Mapocho.

Los europeos rara vez ingresan al mundo de la farra. Se mantienen alejados y se dejan ver menos en aprietos. Los latinos, sean solteros o casados, buscan la diversión a cualquier precio.

Otra cosa que apelece a los diplomáticos es confirmar, in situ, los rumores que escuchan de algo sucedido a miles de kilómetros. Habitualmente se van topando en distintos destinos con amigos de otros países. Mientras están alejados saben de ellos por otros viajeros o por los chismosos. Se cuentan historias de todo lo que ocurre en diversas latitudes y nada pasa inadvertido. Es como una

gran empresa multinacional donde abundan empleados de todas las nacionalidades, con diferentes objetivos, pero con las mismas funciones. Humberto Julio, subsecretario de Relaciones Exteriores durante el gobierno militar, señaló en una oportunidad que en los pocos años que llevaba dentro de la Cancillería había observado que "quienes son del sistema tienen muchos compromisos. Es humano. Y si lo exagero, diré más: están llenos de compromisos, con personas, con amistades, que los limitan incluso en la toma de decisiones, no digo ya de política exterior, sino en el manejo mismo de un ministerio".

Todos saben o averiguan las debilidades de los otros. Al igual que los servicios de inteligencia, que siguen durante los primeros meses al flamante representante extranjero para conocer sus intenciones o flaquezas, los embajadores intentan manipular los puntos débiles de sus colegas. A la hora de iniciar cualquier negociación bilateral, un conocimiento acabado del contendor puede significar una ventaja inigualable en el campo de las relaciones internacionales.

Cuando Oscar Spinosa Melo estuvo en Venecia, por ejemplo, se enteró de lo que había ocurrido en Roma entre los hombres de las cancillerías de Chile y Argentina que negociaban el conflicto limítrofe austral. Escuchaba hablar de fiestas y orgías, de mujeres hermosas y de mucho dinero. Eso lo atraía y, por lo demás, le llamaba la atención que fueran los chilenos y no sus compatriotas los más fiesteros. Hasta la bella ciudad italiana llegan las noticias de la capital, y éstas, más que dar cuenta de los avances en las negociaciones, narraban lo bien que lo pasaban en Roma las oficinas mediadoras de ambas naciones. A Spinosa, sin embargo, no lo abandonaba la duda: no sabía si lo que le informaron era verdad o alguien lo había sacado de un cuento de *Las mil y una noches*.

Ya en Santiago, en junio del 90, invitó a un diplomático chileno que, por los años de la mediación, estaba visitando Roma. Quería confirmar lo que le habían contado para usarlo en su trabajo político local.

—Spinosa Melo me recibió en su escritorio. La ventana de su despacho daba hacia los jardines de Vicuña Mackenna. Estaba muy relajado y se veía como un hombre de mundo. Se manejaba muy bien. Esto fue un día domingo y había un ambiente muy distendido en la residencia. Después de un rato de conversación apareció su mujer. Ella entró, muy dueña de la situación, vestía pantalones, y él la saludó muy familiarmente, nada protocolar. Creo que no la presentó. Me saludó con un beso y desapareció tan rápido como entró. Después pasamos a almorzar en una mesa enorme, donde nadábamos.

Antes de interrogar a su huésped sobre lo que había ocurrido en la mediación, Spinosa contó que se había educado en un colegio suizo y que había conocido a influyentes árabes. La comida, según recuerda el diplomático, no fue nada especial y posteriormente pasaron a otro salón.

Los gustos del embajador argentino eran repetitivos. Tomaba champán (Dom Perignon o Chandon), comía langosta u ostras y le gustaban las mousses y los soufflés para el postre. Los domingos, sin embargo, se entregaba a las pastas con mucho tuco.

—Mientras conversábamos nos sirvieron café, y él comenzó a hablar de la platería que poseía. Estaba muy orgulloso de ella y de una colección de telas que tenía puestas en la muralla. Eran pedazos muy antiguos —dijo el diplomático al periodista antes de contarle el diálogo que sigue:

—¿Cómo fue eso de la mediación, amigo mío? Mire que por Venecia se decía que se la pasaban en fiestas,

que todos eran muy pícaros —le preguntó Spinosa al diplomático chileno.

—Fueron años de cosecha para muchos. Así por lo demás lo decía el jefe de la mediación, Enrique Bernstein. El logró ahorrar una buena fortuna: tenía casa, auto, combustible y comida gratis. El no gastaba un peso en Roma. Su sueldo, ocho mil dólares, y la representación, otros 12 mil, le entraban libres al bolsillo. Esto durante seis años. Bernstein decía que por primera vez en su vida estaba ganando plata. Pero era un hombre muy recatado en los gastos. No así Ernesto Videla Cifuentes, subsecretario de Relaciones Exteriores, que era un verdadero bandido. Era un gozador y vividor como él solo.

—Eso me gustó, ¿Un lindo tipo ese Videla, no?

—En el entorno de Videla destacaron varios funcionarios que lo acompañaron en sus farras. Este, además, era el equipo fuerte de la mediación en cuanto a las jodas. Después venía otro grupo, compuesto por Santiago Renadava, Julio Phillipi, Helmut Brunner. Eran los intelectuales.

—¿Pero hacían o no hacían fiestas? —insistió Spinosa.

—El primer grupo era famoso en Roma por las farras que se pegaban. Había en la oficina una promiscuidad manifiesta. Una de las secretarias, Ana María Moreno, era la amante de uno de los del entorno de Videla. Laura Tikanbara, hija de un ex embajador de Finlandia en Perú, fue la conviviente por dos años del embajador chileno en el Vaticano, Héctor Riesle.

—¿Riesle, el afeminado de la tele? ¡Mirá vos!

—El tenía dos debilidades, como Marco Antonio. Le gustaban las niñas y los niños como a los grandes personajes de la historia romana. La Tikanbara dejó a Riesle y se convirtió en la amante de Maximiliano Jarpa. Un

día, incluso, se colgó del cuarto piso del edificio donde vivía Jarpa, y los carabineros, que tenían la comisaría al frente, llamaron al cónsul general chileno en Roma para resolver el asunto diplomáticamente.

Ellos sostenían que la mediación debía durar indefinidamente, querían que fuera eterna. Como disponían de dos millones de dólares al año, esto les significaba farras todos los días en los mejores lugares de Roma. Sus preferidos eran la famosa Hostería del Orso y el comedor del Tullá, que tiene en el techo cuadros pornográficos. Todas estas farras terminaban con los cuatro amigos bailando borrachos y abrazados arriba de las mesas.

En 1980, cuando Chile ganó la mediación papal, viajó hasta Roma el ministro de Relaciones Exteriores de la época, René Rojas Galdamez, y organizó una comida en el restaurante de La Fornarina en el Trastévere. Lo hizo en los jardines de este lugar, considerado de medio pelo, para que no reconocieran en los lugares lujosos a los hombres de la farras. A esa comida asistieron, además de René Rojas, Mariano Fontecilla y señora, Sergio Moreno Catalán y señora, Carlos Negri, cónsul general en Milán, Horacio del Valle, Carlos Ferreira, cónsul general en Roma y su señora, Waldo Sáenz y todo el equipo de la mediación.

Aunque muchos pensaban que lo acordado en la mediación no sería aceptado por los argentinos, esa noche había una sensación de triunfo desmedida. El discurso del ministro apuntó en esa dirección, después lo hizo Bernstein, quien se adjudicó el éxito de la misión y le tiró algunas flores a Ernesto Videla. El uniformado acababa de ser ascendido a coronel y esa noche los chilenos en Roma le habían regalado una caja de plata. Posteriormente Carlos Negri tomó la palabra, había bebido

mucho, y dijo: "Yo no sé si aquí estaré meando fuera del tiesto". El inicio de ese discurso le costó tres años más para llegar a embajador. Criticó además el dispendioso gasto que esas islas habían significado para Chile. Esa cena, en círculos de la Cancillería, se llamó "la noche de las metidas de patas", porque luego Maximiliano Jarpa sostuvo en su discurso que "no sólo el oro, el oro es feble y no sirve, sólo brilla; lo que vale aquí es el bronce y el hierro. Somos nosotros los que hemos forjado el triunfo de la mediación". La alusión al oro, hecha por Jarpa, tenía relación con el discurso de Bernstein en el que señaló que el oro, gestor de la mediación, era el grupo que componían él, Benadava, Brunner y Phillipi.

Videla, tras escuchar las palabras de su amigo Jarpa, se paró y llorando se dirigió hasta donde estaba Maximiliano. Lo abrazó y lo besó efusivamente con lágrimas en los ojos.

—Esa fue una escena que nos dejó a todos muy golpeados. Ante un discurso insulso, casi atrevido y torpe, hay una reacción desmedida de parte de un hombre del intelecto y de la altura de Videla, que era subsecretario de Relaciones Exteriores —confió años más tarde uno de los presentes en la cena de La Fornarina.

—Che, y vos que viviste de cerca esa etapa, ¿es verdad que estuvimos tan cerca de la guerra o es un cuento de militares para justificar las compras de armas? —le consultó interesado Spinosa a su invitado—. Dale, hazme un resumen de lo sucedido porque los chilenos me preguntan y no entiendo un pito el problema que vivimos en 1978.

Con tono doctoral y sabiendo lo espinoso del tema, el diplomático chileno comenzó a darle una clase de historia al inexperto embajador argentino.

—La mediación papal se inició cuando las relaciones entre Chile y la Argentina, en 1978, llegaron a un punto de extrema tensión. El conflicto centenario entre ambos países logró distenderse en la época de la Unidad Popular en Chile y Agustín Lanusse en la Argentina. Ambos mandatarios acordaron someter el litigio al arbitraje de la Reina de Inglaterra. Chile argumentaba que la frontera corría por el lado norte del canal del Beagle y la Argentina alegaba que lo hacía por el sur. La corona británica determinó que era por el centro y le entregó la soberanía de las islas Picton, Nueva y Lennox a nuestro país.

Sin embargo, como el laudo sólo estableció el límite de la zona del canal y no delimitó las aguas, quedó abierta una hipótesis de conflicto.

El entonces consejero chileno, ahora embajador, Fernando Gamboa Serassi, dictó un decreto para delimitar aguas, que fijó la línea de base recta. Utilizando la fórmula que se aplica a las aguas interiores, Gamboa cortó todas las proyecciones argentinas a la Antártida y las rutas que se usan para acceder al continente blanco. Si bien el decreto del embajador era jurídicamente correcto, no le dejaba otra salida al país trasandino que declarar al laudo "insanablemente nulo".

Y así lo hizo la Argentina. De inmediato se produjo un deterioro en las relaciones entre ambos países e incluso se llegó al cierre de las fronteras comunes. Pero también se iniciaron las negociaciones para superar la *impasse*.

Los más interesados dentro de las Fuerzas Armadas de ambos países para impedir la guerra eran los aviadores. El brigadier argentino Basilio Lami Dozo realizó una visita a Chile para tratar el tema en 1977 con sus pares chilenos. Las armadas de ambos países eran las más reacias a los acuerdos. En los ejércitos, tanto Jorge Rafael

Videla como el general Augusto Pinochet, querían terminar con el conflicto. Sobre el entonces presidente chileno pesaba la influencia del coronel Manuel Contreras Sepúlveda. El jefe de la Dirección de Inteligencia Nacional, DINA, sostenía que de no arribar a una solución del problema limítrofe, Chile se exponía a quedar en situación H3: hipótesis de conflicto en tres frentes, con Perú, la Argentina y Bolivia. Esto se agravaba, según el militar, porque en ese problema tendría que armarse al pueblo y, al no tener controlada la situación interna, nuestro país podía quedar acotado a La Serena por el norte y a Puerto Montt en el sur.

En 1978 las gestiones se hicieron más intensas. Impulsado por el propio Contreras se realizó un secreto viaje de Pinochet a la ciudad de Mendoza. Lo acompañaron Manuel Contreras, el almirante Luis de los Ríos por la Armada, Fernando Matthei, en ese entonces ministro de Salud, Ernesto Videla Cifuentes, director de Planificación de la Cancillería, y los asesores Hernán Ríos y Helmut Brunner.

El viaje fue avisado la noche anterior y cada uno de los invitados recibió un sobre cerrado con instrucciones. Ellas decían que debían estar a la mañana siguiente, a primera hora, en el aeropuerto Pudahuel e ingresar al salón VIP. El vuelo fue en un avión Lan, especialmente acondicionado para la ocasión y dividido en dos clases. Adelante iban Pinochet y sus colaboradores más cercanos. En la parte de atrás, los asesores civiles y personal de rango inferior. El objetivo de la alta misión era parar la guerra entre ambos países, y la idea de Pinochet, incluso, era entregar las islas a la Argentina.

La primera preocupación que tuvo el general chileno al aterrizar en Mendoza fue quién se bajaba primero. Como en el avión no había nadie de la Cancillería ni de

Protocolo, el general-presidente fue el primero en descender de la máquina y en la losa del aeropuerto "El Plumerillo" lo aguardaba su colega argentino Jorge Rafael Videla.

Ninguno de los viajeros salió de la base aérea. Pinochet almorzó con Videla. Contreras lo hizo con los civiles, Ríos y Brunner, y les comentó la propuesta de ceder a la Argentina Picton, Nueva y Lennox. Ambos civiles se opusieron y Contreras insistió en el peligro del H3.

Curiosamente, el almirante De los Ríos no dio a conocer su opinión respecto a la posibilidad de entregar las islas. Ya en Santiago, José Toribio Merino se opuso tenazmente a las intenciones del Ejército. Todo lo conversado en Mendoza quedó en nada.

Lo propio ocurrió en un encuentro ese mismo año, a mediados de diciembre, entre los cancilleres Oscar Camilión y Hernán Cubillos. Ambos negociaron un acuerdo y recibieron el visto bueno de Videla y Pinochet. Sin embargo, cuando estaban por firmarlo, la Armada Argentina se opuso y el ministro chileno volvió a Santiago con las manos vacías y con el peligro de guerra inminente. A su regreso reunió a todos los directores del ministerio y les comunicó que los argentinos podían atacar en cualquier momento.

La guerra estaba por comenzar; sin embargo, los satélites norteamericanos habían detectado el movimiento de tropas en Chile y la Argentina y la Casa Blanca se movió para lograr que Juan Pablo II intercediera en el conflicto. El cardenal Samoré viajó a Sudamérica y se inició la mediación. La guerra fue detenida en el conteo final.

LA MANO DERECHA Y SOCIO

UNA SEMANA después del embajador, llegó a Chile Jorge Marcelo Faurie, solterón, procedente del Brasil. Spinosa pidió su traslado a Santiago, donde quedó como ministro consejero. Desde ese lugar, Faurie se encargó de la administración de la representación. El ministro consejero es una especie de gerente general y sobre sus espaldas queda siempre el trabajo más pesado.

Faurie había tenido hasta ese momento una carrera brillante y meteórica. No se descartaba que, a ese ritmo, llegara a embajador antes de 1995. Ahora sus ascensos dependen de lo ocurrido en Santiago y, para la Cancillería argentina, todo lo que rodeó a Spinosa en Chile quedó salpicado. Se caracteriza por su gran capacidad de trabajo y es la mano derecha ideal para un jefe que quiere esforzarse *pero* o nada.

El ministro consejero se ha comportado como un déspota en su relación con los funcionarios de la embajada e incluso les aplica su autoritarismo ignorando las leyes laborales del país. A casi todos los ha tratado mal, menos a su chofer, quien incluso se habría beneficiado económicamente con la llegada de Faurie.

En la embajada dicen que entre ambos existiría algo más que una relación laboral.

—¿O cómo cree usted que se compró un auto nuevo y tiene más plata que ningún empleado? A nosotros antes nos compraban tres trajes por año y ahora da vergüenza trabajar en la embajada argentina. ¡Cómo es posible que un país como Chile pueda permitir que vengan extranjeros y hagan lo que quieran con su gente! —se quejó un viejo funcionario de Miraflores 285.

La mano derecha de Spinoso dejó que éste hiciera y deshiciera a su voluntad con los fondos de la representación diplomática. Nunca controló sus gastos y permitió que el embajador retirara las sumas necesarias para sus distintos menesteres. Cada dos días el embajador solicitaba fondos a la embajada, y éstos no bajaban de los 300 o 400 dólares.

Recién después de la partida de Spinoso, Faurie comenzó a ocasionarle problemas a su ex jefe. Aunque se preocupó de tapar los hoyos financieros que dejó el embajador, y para hacerlo vendió su Mercedes a las pocas horas que Oscar fuera cesado en sus funciones en la capital chilena, Faurie cerró la tarjeta de crédito que el amigo de Menem tenía en su poder y cuya cuenta era cancelada por la embajada en Santiago.

Otra situación que complica a Spinoso y que tiene origen en acciones posteriores de Faurie es que el eficiente ministro consejero envió a la Cancillería argentina, a fines de 1991, una cuenta por 49 mil dólares por viajes Santiago-Buenos Aires-Santiago, adquiridos por Fernando Frazzoni en una agencia de turismo chilena. Los pasajes, en los momentos que Frazzoni gozaba de la total confianza del embajador, eran regalados a los funcionarios de la representación diplomática.

—¿A cambio de qué? —se preguntó un hombre de la Cancillería que tuvo en sus manos la cuenta.

Algunos no descartan que en esos viajes se produjera una especie de tráfico hormiga de cocaína. Cada funcionario que viajaba gratis lo hacía con pasaporte diplomático y por ende no se lo revisaba en los aeropuertos, así que resulta altamente sospechoso que un agregado de prensa, mano derecha del embajador, gastó 49 mil dólares en pasajes y, además, los regale a funcionarios.

La relación de Faurie con Oscar no terminó bien. Convencido de que su ministro consejero lo había traicionado, cuando el 8 de noviembre de 1991 Spinoso fue a buscar sus cosas y dejó definitivamente la embajada le pidió a su chofer que lo llevara al aeropuerto. Faurie lo acompañó hasta la terminal aérea y al despedirse de Oscar, éste le puso en la mano siete monedas.

Atrás habían quedado los tiempos en que Spinoso, junto a su ministro consejero, se reunía con el empresario chileno Francisco Javier Errázuriz para tratar en conjunto una importación que el ex candidato presidencial quería hacer desde la Argentina.

Eran los días, por lo demás, que Errázuriz soñaba con instalar su cadena de supermercados Unimarc en Buenos Aires.

También quedaban atrás los esfuerzos que debió realizar Faurie junto a Córdoba, el contador de la embajada argentina, para tapar los hoyos financieros que dejaba el embajador con sus interminables farras.

El último mes, septiembre del 91, se hicieron más agudas las contradicciones entre Faurie y Spinoso. De esa época se recuerda que tuvieron una fuerte discusión en la residencia de Vicuña Mackenna delante de muchos empleados.

El ministro consejero, a pesar de todo, fue leal con su

jefe e ignoró las denuncias en su contra. Hizo la vista gorda incluso cuando éste, en una reunión-desayuno en la propia residencia, llegó semidormido y en bata. Completamente despeinado, Oscar Spinosa arribó al comedor, en el que se encontraba presente entre otros el canciller Di Tella, y mientras se sentaba escuchó el siguiente comentario del secretario de Estado: "Esta es la cosa de embajador que tenemos en Santiago". Di Tella y Spinosa nunca se habían llevado bien. El embajador decía que el canciller era el amante de su mujer y que lo perseguía por eso. Los que conocen a Di Tella señalan que eso no es posible ni por la personalidad del canciller ni por la de la mujer de éste, terriblemente celosa.

Tras la llegada de Faurie a Santiago y mientras ordenaba administrativamente la embajada, Spinosa aguardaba impacientemente a Fernando Frazzoni, el ex periodista del matutino *Página 12*. Su llegada se materializó la primera quincena de noviembre de 1991 en un vuelo de Aerolíneas Argentinas. El profesional ocupó desde ese día la agregaduría de prensa de la representación diplomática. Frazzoni era de los argentinos a los que les gustaba venir a Viña del Mar en los veranos y tenía las características típicas del porteño de caricatura. La mejor definición de lo que es un argentino fuera de su patria, y que sirve de modelo para graficar a la generación joven de la embajada argentina en Chile, de la cual Fernando era un fiel representante, la da el escritor argentino Marcos Aguinis en su libro *Un país de novela*:

"¿Nos creemos tan valiosos como aparentamos?, ¿o es una mentira de circunstancias? Ni es tan mentira, ni sólo de circunstancias. El argentino engreído que hace notar su volumen y habilidad, especialmente en el extranjero,

no es una excepción. Corresponde al tipo porteño que los habitantes de las provincias no soportan. Suscitan envidia y rechazo. Dice que es mejor: él, su país, su ciudad, su barrio, su bife. Se lo han inculcado desde chico en los discursos y las lecciones. Inscribieron en su alma que Dios es argentino, somos el granero del mundo, tenemos un destino de grandeza.

"Simultáneamente padece el temor al ridículo. No acepta que lo critiquen y menos que le hagan una burla. Se desespera si un extraño le toca un mito, llámese Gardel o la versión congelada de los próceres. Para evitar estos malos ratos asume una postura solemne. Postura que sostiene con éxito mediante la risa estentórea, muecas laterales y gestos de desenfado. Así se desplaza por el mundo con autosuficiencia engañadora." Y así llegó Frazzoni a Chile. Con la confianza ganadora, por lo demás, que le daban sus anteriores incursiones veraniegas y a la cual se sumaba la presencia avasalladora de un pasaporte con inmunidad diplomática.

En la embajada habían hecho todos los trámites para que tras su llegada Frazzoni se trasladara de inmediato al departamento 103 de Luz 2960, en el elegante barrio de Vitacura. Al descender del auto de la representación diplomática que lo llevó hasta su nuevo domicilio, miró los edificios que rodeaban el lugar. Se percató rápidamente que el suyo tenía 13 pisos y que los timbres estaban graciosamente colocados sobre un pedestal de roca. Uno de los hombres que cuidaban el lugar corrió a abrirle la puerta y otro se apresuró en llamar el ascensor. En escasos segundos, estaba ingresando a su departamento. Tres dormitorios, precioso living comedor, y una hermosa vista a los cerros y al Río Mapocho.

Desde ahí también se divisa La Portada de Vitacura, aquella gigantesca construcción de hormigón armado que

alberga en su interior a los cabarés Mneba y el Emanuele.

A dos cuadras del ruido, el edificio de calle Luz era el lugar ideal para un joven soltero o separado. Los cabarés quedaban a cinco minutos de camino, a cuatro el bar Degree y a tres, llegando a la avenida El Bosque, se encuentran los restaurantes Margus, Puerto Marisko y Le Due Torri. Los dos primeros, especializados en productos del mar, y el último, en comida italiana. Le Due Torri, tanto en el centro como en Vitacura, pasó a ser uno de sus lugares preferidos.

Uno de los dormitorios, pensó Fernando, sería para su hijo cuando viniera de Buenos Aires. El muchachito, que para entonces no tenía más de tres años, era su devoción. A la noche había una recepción íntima en la residencia del embajador y Fernando estaba invitado. Sabía, como era lógico, que estarían Oscar y Marilú. A ellos los conocía y sería una buena ocasión de integrarse al resto de los amigos de la pareja.

Un auto de la embajada lo pasó a buscar por su departamento. El chofer tocó el portero eléctrico a las 20.30, justo a la hora que le habían indicado. En menos de 12 minutos estaba frente a la residencia de Vicuña Mackenna 45. Le pidió al hombre que lo transportó que lo dejara en la vereda y se quedó observando la impresionante mansión.

Estaba toda iluminada por dos focos escondidos entre las plantas. Contó las ventanas del frontis: eran treinta y tres, aunque sólo veintitrés tenían las persianas abiertas. Las tres del medio, en el segundo piso, daban a una pequeña terraza. Como buen periodista, se fijó hasta en los mínimos detalles. Anotó en su mente, dos palmeras, entrada de adoquines, sistema de riego automático y cuatro faroles con esfera redonda de cristal.

Ingresó al jardín y notó lo bien cuidados que se encontraban el pasto y las flores. También le llamaron la atención los enormes magnolios y el brillo de la escalera de mármol que conducía hasta la entrada principal.

Ya en el salón se percató de que no había más de 15 personas. Una de ellas, sin embargo, lo impresionó de inmediato: Luz Cassis, la agregada comercial, una mujer alta, delgada, cuerpo de modelo europea y con rasgos extremadamente finos. Nariz respingada, pelo claro, tal vez su único defecto —pensó Frazzoni— eran unas pequeñas marcas en el rostro, huellas de un acné juvenil mal cuidado. Era la única invitada, por lo demás, que se veía sin pareja, lo que agradó a Fernando. Otros connotados presentes eran la empresaria argentina Vicki Gancia, quien llevaba el pelo tomado y vestía un traje negro ajustado, sin escote por delante, pero pronunciado en la espalda.

La reciente amiga de Marilú, Virginia Pies, y su esposo, Jorge Guerrero, también estaban, así como Rick Segal, gerente general del Hotel Sheraton, algo más bajo que Oscar pero del mismo estilo, quien lucía un impecable traje oscuro.

Había otras personas en el salón, pero antes de que alcanzara a saludarlas, el embajador se abalanzó sobre él, lo estrechó en un apretado abrazo, y le dio un beso en cada mejilla.

Posteriormente lo llevó hasta donde estaba Marilú Sword. Ella se encontraba conversando con un político chileno y lucía maravillosa. Vestía un traje blanco con escote redondo, no muy audaz, y un cintillo al tono en el pelo.

Spinosa le dijo lo contento que estaba por su presencia en Santiago.

—Ahora comenzaré a aparecer en los diarios de acá —le expresó sonriente.

—Se hará lo que se pueda —contestó el flamante agregado de prensa.

Tuvieron, sin embargo, que pasar más de ocho meses para que el embajador argentino se convirtiera en noticia en Chile. Coincidió con el mundial de Italia y el papel que le cupo al seleccionado argentino en ese evento. Tras cada partido en el que ganaba la selección de Bilardo, la residencia de Vicuña Mackenna se llenaba de gente. Eso incomodaba a Marilú, que buscaba refugio en la casa de su amiga Virginia. Las fiestas en la embajada se prolongaban por varias horas y las modelos, del estilo cabareteras, se paseaban por los pasillos de la representación diplomática.

El 9 de junio apareció en el diario *Las Últimas Noticias* junto a su amigo Rick Segall. El embajador vestía un traje marrón a cuadros y parecía que no se había afeitado en todo el día.

Había presenciado, con otros miembros del cuerpo diplomático, la inauguración del mundial de fútbol de Italia en el Hotel Sheraton. Sin embargo, no decía palabra alguna, cosa curiosa en él. Sí lo hizo en el matutino *La Tercera* del 6 de julio de 1990:

—¿Qué piensa de la fama de mufa de Menem? —consultó el periodista.

—Eso obedece a una oscura maniobra política basada en el resentimiento de algunos. Llamarlo mufa es ignorar todo lo que ha hecho el presidente en su vida. ¿Sabe? A mí me gustaría tener la mufa de Menem.

—¿Imagino luego del debut que la Argentina llegaría a la final?

—Lo que pasa es que los argentinos somos al revés de los cristianos. No nos gustan las cosas fáciles. Claro, frente a los leoncitos de Camerún fuimos un desastre y quedé paralogizado.

—¿Repetirán el título logrado en México en 1986?

—Yo preferiría derribar a Inglaterra por todo lo que se dijo de la mano de Dios... Ahora todos hablan de que la Argentina ha tenido suerte. Esa suerte la hemos pagado con creces. Frente a Yugoslavia nos anularon un gol legítimo y con Italia nos hicieron el gol en posición adelantada. Los argentinos nos agrandamos en la adversidad.

Hasta ese día el comportamiento público del embajador trasandino fue normal. Nadie en su sano juicio podía imaginarse que en esa mente diplomática podía idearse un intento de extorsión contra personalidades políticas y empresariales de la sociedad chilena. Muchas de sus futuras víctimas le abrían las puertas de sus casas, aceptaban sus invitaciones y se jactaban de la amistad con el "simpático" embajador de la República Argentina.

Spinosa Melo acumulaba información a partir de cada detalle que veía o escuchaba. A Chile, como lo había dicho, venía a hacer negocios por un monto que superara, ojalá con creces, el medio millón de dólares.

EL TRIO VICIOSO,
LUDOVICA Y JULIO

EN LA PRIMERA recepción que dio el flamante diplomático argentino, Vicki Gancia se hizo amiga de Marilú, a quien conocía desde Punta del Este, pero con la que no había tenido mayor trato. En esa oportunidad la empresaria argentina radicada en Chile fue a la embajada acompañada por su amigo Julio Dittborn, en ese entonces presidente de la Unión Demócrata Independiente (UDI), el partido que más apoyó al régimen dictatorial y que se desarrolló bajo su alero. El político impresionó a la esposa de Spinoso. A Oscar, por su parte, le gustó mucho Vicki, y así se lo hizo saber a su mujer en la noche.

—Qué linda mina tu amiga, la tenías escondida.

—Te gustó —le dijo ella algo celosa pero con picardía—. Si querés la invito a la casa y te la cogés. No es una mina con muchos rollos. Tiene cada historia que ni vos, ni tus amigos, las han vivido.

—Dale, invitála, pero no te pongas celosa después si le hincó el diente.

—Pero Oscar, no jodás, no viste con el tipo que andaba, ese de la UDI. Si vos te desaparecés con Vicki, yo me pierdo con él. Después nos contamos todo y listo.

El verdadero nombre que los padres de Vicki eligieron para ella había sido Ludivoca Camila y, por herencia, se apellidó Vallarino Gancia. Ya mayor cursó estudios de "maestra jardinera", educadora de párvulos en Chile, y su figura se fue convirtiendo en la atracción de las miradas masculinas. Un periodista, incluso, llegó a escribir de ella que "casi no come, conversa con amigas, es morena y tiene el pelo atrapado como en moño. Ella no mira a nadie y ni falta que le hace conocer a gente de la especie. Vicki es deportista, juega golf, viste un traje de terciopelo negro y los dos aros negros, que son de fantasía, se le ven muy bien como todo lo que luce. La espalda de Vicki posee vida propia. Sus omóplatos, como los de Sigfrido, parece que hablaran. La especie humana tiene dos piernas y así se mueve, pero no hay dos piernas como las de esa mujer, la que levita, la de la espalda luminosa, la de medias y zapatos negros, la empresaria, la golfista".

Pero a la vez que crecía su figura, surgía una mujer que rápidamente se convirtió en la oveja negra de la tradicional familia Gancia. Y así fue como, de un mes para otro y después de haber pasado muchos veranos en Punta del Este, partió de Buenos Aires y se ancló en Santiago de Chile en 1985. Un día, en una conversación con una de sus íntimas amigas, Vicki dijo que vino a Chile a empezar su libro con las páginas en blanco. Sus padres se separaron y ella era la menor. Eso la marcó profundamente, mucho más que a sus hermanos mayores. Sobre todo, cuando su padre se volvió a casar y tuvo más hijos.

Rápidamente dejó de ser la regalona y su personalidad se vio marcada por la autoexigencia. La misma que utiliza para jugar al golf, aunque reconoce que su fanatismo se muestra más en la cantidad de juegos que en la calidad. Lo practica todos los fines de semana en el ele-

gante club de golf. El mismo que reúne a otros empresarios, a Gonzalo Menéndez y esposa, Jorge Guerrero y Virginia Pies y que entusiasmó a la esposa de Spinoso Melo. En Chile se relacionó rápidamente, pero no tuvo contacto con la embajada de su país hasta que Spinoso Melo logró desbancar al embajador de Alfonsín y ubicarse en la casona de Vicuña Mackenna.

Vicki Gancia, por su parte, se había ganado además un espacio dentro de la sociedad chilena y tenía amigos muy importantes. Uno de ellos era el director de Protocolo de la Cancillería chilena, Carlos Klammer. A través de él pudo conocer a los generales Ernesto Videla (R) y Jorge Ballerino, y al ex ministro de Relaciones Exteriores de Pinochet, Hernán Felipe Errázuriz. Todos ellos tenían en común su pasado militar. Videla era teniente, igual que Ballerino, cuando Errázuriz y Klammer fueron cadetes de la escuela castrense.

A otro personaje que conoció Spinoso esa noche fue al presidente de la UDI Julio Dittborn. Le desagradó profundamente porque notó que su esposa lo miraba demasiado, y él se definía como "un tipo eminentemente celoso". Quedó atragantado con el político, además, cuando su mujer le hizo aquel comentario algo pícaro sobre el acompañante de la Vicki.

Julio Dittborn es un espécimen raro dentro de la sociedad chilena. Tiene un gran amigo, Germán Guerrero, y en él descansa cuando está deprimido. Fue el primero que lo acogió al separarse de su esposa y alejarse de sus dos hijos.

Estuvieron juntos en la Argentina cuando el gobierno militar los destinó a Buenos Aires en plena década de los 80. Su amistad se fue estrechando cada vez más con el paso del tiempo y muchos comenzaron a ver en ella algo

más que una relación duradera entre dos hombres que congeniaban. Ambos tienen gustos similares: lo caro y lo fino los atrae. La misma música, los mismos zapatos, los mismos lugares, las mismas cosas.

Germán, educado en una disciplina militar impuesta por el padre uniformado, aún no se casa, y Julio Cristóbal Dittborn Cordua quedó solo tras la separación de su mujer. Germán es cuidadoso en su forma de hablar y de vestir, sus manos denotan la preocupación, y las cejas, por la forma y rectitud, parecen obra de la depilación. Dittborn es un hombre sensible en aromas, melodías y gustos. Pero, sin duda, su pasión son las mujeres. A diferencia de Germán, cuyos compañeros de la Cancillería, en un anónimo que circuló en 1991, lo bautizaron como el "trollo" Guerrero, Julio es reconocido en diversos círculos por su afición a las fiestas, al buen trago y a las mujeres bonitas y feas. A Germán difícilmente se le encuentre una fémina con la que haya tenido una relación estable. Intentó salir con Luz Cassis, de la embajada argentina, pero sólo lo logró una vez y ella nunca más aceptó otra invitación del diplomático chileno. En otra oportunidad, Dittborn pasó por su departamento con dos amigas, Amparo y Nancy, pero Germán se sentía mal y no quiso salir con ellas y con su amigo.

El político llegó a ser presidente de la UDI y, a pesar de definirse como "un liberal entero", sus compañeros de partido, bastante más timoratos en temas morales, respetaron siempre sus posiciones aperturistas. A los 40 años, cuando conoció a la familia diplomática argentina compuesta por Marilú y Oscar, su carrera estaba en ascenso e incluso preparaba su candidatura al Senado para 1993.

Dittborn se educó en el colegio alemán —por ambos apellidos es de ese origen— y luego estudió Ingeniería

Comercial. Su madre es asistente social y su padre psiquiatra, al que siempre describe como "impredecible, caótico; si uno quiere almorzar con él, como no está seguro de lo que querrá hacer a esa hora, dice: llámame a la una y media". Su madre es la antítesis: "metódica y predecible".

Quiso seguir los pasos de papá y estudiar medicina, pero éste le dijo que no siguiera "leseras" y se matriculó en Economía. Allí conoció a Miguel Kast, su profesor, y fue seducido por él, continuando sus estudios, terminados en la Universidad Católica, en la de Chicago. De vuelta de los Estados Unidos, su carrera fue en rápido ascenso: fue subdirector de Odeplán en 1970, cuando Kast era director, y luego titular del Instituto de Promoción de Exportaciones, Pro Chile.

En 1988 entró al partido de Jaime Guzmán, líder del gremialismo y soltero de 45 años que vivía con un par de señoras que lo cuidaron hasta el día en que fue asesinado, el 1º de abril de 1991, a la salida del Campus Oriente de la Universidad Católica de Chile.

Todo le salía bien en la vida, menos en el aspecto afectivo. Más de una vez confesó a algunos amigos que "vivir dando y recibiendo el amor de sus amigos, sus padres, su hermana, sus hijos" le parecía "hermoso, pero insuficiente". A fines de la década del 90 se separó de su esposa, María Soledad, con la que llevaba más de siete años casado, pero con la cual la relación se había vuelto insostenible.

A pesar de ello, tal vez motivado por el silencio de su departamento de solterón, muchas veces dice: "Si volviera con ella, porque yo siempre... cada cierto tiempo, quiero volver con ella". Pero no lo ha hecho y se lanza con todo, especialmente los fines de semana, a un recorrido infernal de fiestas y trasnochadas. Las discotecas Alive y

Las Brujas eran sus preferidas. En la primera, se lo vio una vez, completamente borracho, invitar a gritos a una mujer a su departamento.

—Ya, pus, negra, vamos a culiar —le dijo entrecortadamente por los efectos de una lengua saturada de alcohol.

—Llárame mañana cuando estés bien y conversemos.

Al final de esas fiestas y parrandas, en las cuales era el centro de atracción, Dittborn siempre terminaba en malas condiciones y manejando su auto hacia la casa de su amigo Guerrero, quien lo recibía con los brazos abiertos y le preparaba un café para que comenzara a recomponerse de la borrachera.

En esa misma recepción Marilú Sword conoció a un destacado empresario nacional que quedó impactado por su belleza. De inmediato el hombre le pidió a una amiga argentina que ideara una forma espontánea para encontrarse privadamente con la mujer del embajador trasandino. La argentina invitó a Marilú a que se juntaran en su departamento, en la mañana siguiente, y que después almorzaran juntas en un restaurante de la avenida El Bosque. La esposa de Oscar la pasó a buscar, y como su amiga no estaba lista subió hasta el décimo piso. Allí se encontró sorpresivamente con el empresario que había conocido el día anterior. El le dijo que su amiga se estaba bañando, que la esperara un rato y que, mientras tanto, podía ofrecerle un trago. Ella pidió que le sirviera un poco de agua mineral.

Antes de que Marilú comenzara a beber, y mientras contemplaba uno de los cuadros que su amiga había pintado, la dueña de casa salió del baño envuelta en una toalla y se acercó a saludarla. Le dio un beso y le presentó a su amigo.

—Sí, ya nos presentamos ayer —dijo él coquetamente—. Tu amiga es aún más linda fuera del protocolo de la embajada.

—Tú no la mires mucho que está comprometida y el marido es muy celoso —dijo la dueña de casa acercándose al empresario provocativamente.

—Y a ti, ¿te puedo mirar o también estás comprometida?

—A mí me puedes mirar, tocar y besar si lo deseas —se explayó la dueña de casa rodeando el cuello del chileno con ambos brazos.

El hombre la apretó junto a su cuerpo y desesperadamente comenzó a besarla en los labios, el cuello, la nuca. Antes de que la toalla que rodeaba el bello cuerpo de la amiga de Marilú cayera al suelo, ambos estaban recostados sobre un sillón acariciándose brutalmente.

El empresario vestido, ella completamente desnuda y Marilú atónita. La escena la había desconcertado y no sabía qué hacer. La calentura de la pareja, los gemidos de su amiga, su olor y el miembro erecto del hombre le inyectaron un calor que hacía tiempo no sentía con su marido. Lentamente se acercó hasta el lugar en el que se encontraba la pareja. Posó sus dos manos en la espalda del empresario y comenzó un masaje que se extendió por todo el cuerpo. Le quitó la ropa y mientras él besaba a su amiga, ella pasaba su lengua por el sexo de su ocasional amante.

La argentina se dio cuenta de que Marilú había entrado al triángulo y se puso de pie. La besó y le acarició los senos. El empresario se alejó y tomó una posición expectante. Ambas mujeres comenzaron a hurguetearse y gemir como enloquecidas. El amigo de la argentina se sirvió un trago y pacientemente esperó que le correspondiera su turno.

La pareja de argentinas rápidamente se hizo conocida en los ambientes fiesteros de Santiago. Muchos comentaban que les había tocado ver a un par de mujeres espectaculares que se devoraban entre ellas. Y todos buscaban la oportunidad de presenciar el erótico espectáculo.

SE INICIAN LAS JODAS DE OSCAR

CONOCIDA la historia de "la negra" que le gustó a Dittborn, el periodista se puso a investigar quién podría ser. Llegó hasta la policía de investigaciones para averiguar si tenían antecedentes sobre Spinosa Melo, pero la respuesta fue negativa. Sin embargo, un detective recordó que, en ocasión de una importante investigación, una hermosa morena que oficiaba de prostituta cara le había comentado que entre sus amantes había figurado el ex embajador argentino en Chile, agregando textualmente, que "a ese huevón sí que le conozco el alma". El detective sólo recordaba el nombre y la dirección. Ella además habría contado entre sus relaciones a importantes personalidades de la oposición derechista, autoridades del régimen militar y figuras del empresariado chileno. Más de ochenta amantes importantes en una larga trayectoria de diez años la ubicaban como una de las mujeres mejor relacionadas de Chile.

Con esos dos datos el periodista ubicó a la afamada mujer pública y tomó contacto con ella en su propia casa en el bohemio barrio Bellavista de Santiago. Esa noche no quiso hablar, pero dijo que lo pensaría y le dio su número telefónico. Dos semanas después, un tiempo prudente para reflexionar, el periodista la llamó para que conversaran.

—Aló, buenos días. ¿Se encuentra Marlene?

—Sí, con ella.

—Marlene, tú hablas con el periodista que te habló el otro día. ¿Te acuerdas de mí?

—No.

—Pasé un día por tu casa y te conté que estaba escribiendo un libro. Quedamos en hablar. ¿Cuándo podríamos vernos?

—Es que no me voy a poder juntar contigo nunca.

—¿Por qué?

—Porque no. Porque tengo puros escándalos con mi novio. No puedo hacer nada y además qué voy a hacer yo si tú pones mi nombre en tu libro. ¡Me va a matar!

—No te preocupes, ya te dije que voy a reservarme tu identidad.

—Ah, pero ¿cómo voy a saber yo? No me puedo arriesgar.

—Soy un periodista colegiado, tengo que respetar un código de ética y, si te digo que guardo la fuente, puedes quedarte tranquila: la voy a guardar hasta la muerte. No tengas la menor duda sobre eso.

—Es que todo el mundo me ha cagado tanto que ya estoy hasta la coronilla, mujeres, hombres, todas las huevadas, y todo el mundo me hace cagadas. Y ahora, otro queso más por culpa del embajador. Además este huevón de mi novio me va a armar ¡el escándalo! Si me toco con alguien y me mira, casi me pega. ¡Imagínate una cuestión de este tipo! ¡Me mata!

—Esto no se va a saber. Va a quedar entre nosotros dos.

—Eso mismo me dijo un detective el día que le dije una cosa. Y yo le dije, mira esto no es importante por esto y por esto, dilo así no más. Me cagaron, cagaron a la persona y casi le cagan la vida a otra persona. ¡Por una huevada!

—Pero eso era con un detective, los periodistas somos distintos...

—Sí, pero ellos se supone que tienen más responsabilidades que un periodista.

—Lo que pasa es que ellos no tienen un colegio que los liquida si rompen los códigos éticos.

—No, no puedo estar haciendo siempre cuestiones por los demás y cagándome yo. Después que ese culiado del detective me traicionó, dije: Marlene, nunca más.

—Te vuelvo a hablar porque estoy en un teléfono público y se me acabaron las monedas de 50.

—Bueno.

Tres minutos más tarde el periodista ensayó una nueva batería de argumentos para tratar de quebrar la resistencia de la mujer.

—Te doy mi palabra y te rejure que en este caso no vas a tener problemas. Hagamos una cosa, sin compromiso, juntemonos a tomar un café.

—No. ¿Cómo voy a confiar en tu juramento? Cuando el daño esté hecho, ¿a quién le voy a reclamar?

—Estoy de acuerdo. Tú no me conoces a mí, pero soy una persona especial. Tomemos un café juntos.

—No.

—Ni siquiera para darme un perfil de este tipo, nada publicable.

—Pero, ¿y para qué te sirve todo eso?

—Para tener una imagen. Tú eres la única persona que puede dármele.

—¡Si todo lo que salió en la revista es verdad!

—Claro. Tú me puedes dar un perfil, me puedes explicar algunas cosas que no entiendo. ¡Hagamos una cosa! Piénsalo, te doy 24 horas para hacerlo, y te espero mañana a las once de la mañana en el Café Do Brasil que está en Huérfanos y Bandera.

—¡En ese café todavía!

—Sí a mí no me conoce nadie.

—No, pero ahí voy con mi novio.

—Entonces nos juntamos donde tú quieras.

—Mira, gallo, te juro que no te prometo nada. A mí esta cosa ya me está dando mucho susto.

—Pero dime un lugar, a tu gusto, y yo te espero ahí. Para que lo pienses sin presiones.

—En realidad, no creo que vaya.

—No importa, yo igual te espero ahí.

—Cómo ¿vas a ir por las puras pelotas?

—Así lo piensas en 24 horas. Yo, y te lo digo por última vez, soy una persona en la que se puede confiar.

—Sí, pero el detective me dijo la misma huevada.

—Pero un detective no es lo mismo. Tú sabes cómo son los detectives...

—Son unos rotos.

—Es que es distinto.

—Claro, ahí me lo confirmaron. El huevón me lo juró y rejuró arriba de la placa. Bueno, mira por si acaso, juntemonos en el Café Do Brasil, pero el que está en la calle Estado.

—¿A las 11 de la mañana?

—Como a las once y media mejor.

Marlene nunca llegó a ese encuentro y tampoco respondió nuevas llamadas del periodista. Tuvo que pasar más de un mes hasta que ella, necesitada de dinero, recurrió al profesional para venderle información. Esa vez sí que se juntaron a hablar y, sin mediar acuerdo económico, la morena mujer contó aspectos increíbles de su vida y de cientos de sus eventuales amantes. Todos ellos (políticos, uniformados, empresarios, diplomáticos y deportistas) escondían dentro de su personalidad un sinfín de características comunes. La primera, y tal vez la más común, solicitarle a una puta que le hiciera en la cama lo que nunca se atrevería a pedirle a su mujer legal. Contó también la curiosa necesidad de algunos prominentes hombres de la política y los negocios de acostarse con varias mujeres a la vez.

No pasó mucho tiempo hasta que Spinoso y Fernando Frazzoni congeniaron y comenzaron a parrandear juntos. A escasas cuadras de la embajada se encontraba una casa de prostitutas regenteada por una tal Gloria, alias la Cochota. El sueño dorado de esta mujer era superar en calidad y en clientes a la famosa y legendaria Carmen del Lunar, dueña de un prostíbulo en San Antonio y Merced, en el centro de Santiago. Oscar llegó hasta la casa de la Cochota, ubicada en Agustinas entre Mac Iver y Miraflores, invitado por un amigo chileno.

—Ahora vas a ver lo que es bueno —le dijo su gordo compinche sonriente mientras esperaban el ascensor.

—¿Tan bueno como los de Italia? —contraatacó Oscar conocedor de varios prostíbulos en la vieja Europa.

—Casi. Bueno, nunca tanto. Acá lo que tienen es la simpatía y el trato. Las minas son feitas la mayor de las veces, pero pucha que son encachadas las negras. Buenas para la talla y para el hueveo. Además, andá a pagar una puta en Italia con los precios europeos.

Spinoso se hizo habitué del lugar. Allí conoció a Sandra Palomo, quien le habría organizado la fiesta en la embajada cuando Menem visitó el país en 1990, y también a Patricia, quien posteriormente destronaría a Sandra Palomo en el corazón y el bolsillo del diplomático.

Rápidamente el embajador alcanzó fama entre las mujeres que laboraban en el prostíbulo. A su timidez, que reemplazaba con una agresividad verbal, sumaba una suerte de impotencia sexual que le impedía desenvolverse con seguridad en la cama. Sus ocasionales amantes comentaban entre ellas que era difícil jugar con el embajador por su excesivo abdomen e insignificante miembro. Argumentaban que era el efecto nocivo del alto consumo de cocaína que tenía Oscar. Por ello, el diplomático comenzó a acostarse con las más feas y hacía grandes esfuerzos por captar las simpatías del resto de las mujeres. Compraba alrededor de 30 gramos de cocaína a la semana a sus proveedores. Ellos estaban en el

restaurante el Choripán Charrúa de Vicuña Mackenna o se la llevaban hasta la residencia los supuestos señores Rosales y Perales. En ocasiones, también la conseguía en algún cabaré o con otro proveedor de la avenida Eliodoro Yáñez. Cuando tenía, casi siempre en cantidad, era muy generoso con ella y le convidaba a todos. Su tubito para jalar lo acompañaba a todas partes. Incluso en una oportunidad, dentro de la embajada, sacó su pañuelo de la chaqueta y se le cayó un paquetito con coca. El episodio no pasó inadvertido para sus secretarias.

Del cabaré Emanuele, donde también conseguía mujeres y las llevaba al departamento de Fernando Frazzoni en Luz 2906, pasaba a comer al Danubio Azul. También frecuentaba el Fabiano Rossi, una boîte de Providencia y después fue activo miembro de las fiestas que se realizaban en el quinto piso de Ismael Valdés Vergara 360, departamento cuyo propietario era el empresario Guillermo Luksic y que queda justo frente al Parque Forestal, en la ribera del Río Mapocho. En varias oportunidades hizo preparar al personal de la residencia diplomática enormes cajas con toda variedad de trages para las fiestas que se realizaban en el departamento del empresario.

Sin embargo, era la residencia de Vicuña Mackenna su lugar preferido. Cuando Marilú no estaba solía llevar mujeres y en varias ocasiones amaneció acostado con dos prostitutas. En algunas oportunidades, incluso, lo hacía con tres. A todas las vestía con la ropa de su esposa, lo que al parecer lo excitaba. Las mujeres le cobraban alrededor de 100 dólares por su trabajo, y Spinosa, por lo menos, las llevaba día por medio a la embajada. Destacaban entre sus preferidas Sandra Palomo, Nicole y Patricia.

Las "fiestitas" las hacía en el tercer piso de la residencia. A él se accede vía ascensor y es casi un pequeño hotel. Según la revista *Gente*, el tercer nivel de la representación consta de living, bar con barra, un escritorio

pequeño, comedor de diario para quince a 20 personas y no menos de 12 habitaciones, dos de ellas en suite. Una donde recalcan personalidades, como el canciller argentino o altos funcionarios gubernamentales, y la otra el hábitat del propio embajador.

Otro de los juegos de Oscar era fotografiar desnudas a sus acompañantes.

Todos estos gastos los costaba con su sueldo, que era de 7 mil dólares y los gastos de representación, que alcanzaban a los 8 mil.

Así y todo, en coca, putas y trago, fiestas, cabarés, restaurantes y farras, Spinosa Malo necesitaba mucho más dinero que el que legalmente recibía de la Cancillería. Se dice, aunque esto es imposible probarlo, que el embajador que comenzó a ser llamado "Spinosa Malo" en Chile cobraba el tres por ciento por cualquier negocio que involucrara a la representación diplomática.

También tuvo un furtivo romance con una conocida modelo argentina que trabaja en Chile, Cristina Tocco. Aprovechando las ausencias de Marilú, el embajador la invitaba a la embajada. Al menos en tres ocasiones estuvo en el tercer piso de la residencia jugueteando con el embajador. Según un testigo llegaba como a las 10 de la noche y se retiraba como a las tres de la madrugada. En una oportunidad, incluso, Spinosa se quedó dormido de borracho y la estupenda mujer estaba desesperada porque no tenía quién la llevara a su casa. Finalmente la Tocco consiguió que uno de los doce empleados que laboran en la mansión diplomática la trasladara hasta Pedro de Valdivia con Providencia.

LOS LUKSIC: "BUENOS
MUCHACHOS"

VARIAS SON las sociedades chilenas que han participado en el proceso de reforma del Estado argentino adjudicándose empresas del área estatal e invirtiendo en otras privadas. En el campo eléctrico, los chilenos se adjudicaron las centrales Costanera y Puerto y la distribución de la red sur de la energía eléctrica de Buenos Aires (Edesur), cuya inversión alcanza los 500 millones de dólares y se prevén futuras colocaciones por otros 250 millones.

El Metro de Chile, además, integró un consorcio que postuló en la licitación internacional para la operación de subterráneos de Buenos Aires y redes urbanas de ferrocarriles. La Empresa Nacional de Petróleos de Chile (ENAP), a través de Sipetrol, está participando en las licitaciones para la exploración, y eventualmente futura explotación, de diversas cuencas petroleras en la Argentina. La Compañía de Aceros del Pacífico (CAP), integra el consorcio que se adjudicó Somisa y la compañía de Gas de Santiago (Gasco) está participando en la distribución del gas en el noroeste de la Argentina.

Los capitales chilenos han incursionado en diversos rubros. Algunos han adquirido empresas ya instaladas y otros iniciado nuevos negocios. Se calcula que a diciembre de 1992 la inversión directa de chilenos en la Argen-

tiná superaba los 600 millones de dólares y que ésta iba desde la compra de una fábrica de pañales, manufacturas de cobre, madera, empresas alimenticias, cerveceras, de cerámicas, imprentas, hasta la instalación de supermercados, grandes tiendas, servicios financieros, de informática, seguros, representaciones bancarias, empresas editoriales como Lord Cochrane-Atlántida, actividades de la construcción y diversas otras.

A los integrantes del grupo económico Luksic, los hermanos Guillermo y Andrónico y su padre también llamado Andrónico, Spinosa Melo los conoció buscando amigos dentro del empresariado local.

El embajador además era un fuerte impulsor de la construcción de un oleoducto binacional y al grupo financiero, el segundo más importante del país, la idea lo llenó de entusiasmo. Se trata de una empresa de 424 kilómetros, que demandará una inversión de 200 millones de dólares, y que unirá la zona de Puerto Hernández-Filo Morado en la provincia argentina del Neuquén y la refinería que la empresa chilena de petróleo, Enap, posee en Talcahuano. A los Luksic, principales accionistas de varias empresas chilenas y extranjeras, la posibilidad de participar en la construcción de un oleoducto con una capacidad operativa inicial de 94 mil barriles de crudo por día, alrededor de 15 mil metros cúbicos, era algo que les quitaba el sueño. Sobre todo pensando que alguien se podía adelantar en las conversaciones con Spinosa Melo.

En noviembre de 1992, sin embargo, las empresas chilenas Sigdo Koppers y Besalco, y las argentinas Sade, de Pérez Companc, y Techint, de Rocca, se adjudicaron la construcción de la primera y más compleja etapa del oleoducto. El trabajo deberá estar terminado a fines de 1993 y alcanza un largo de 94 kilómetros. Según informó la prensa diaria, el petróleo transportado será utilizado principalmente por Chile, mientras que las empresas

argentinas involucradas en la propiedad del proyecto pretenden exportar cerca de un 25 por ciento a otros países a través del Océano Pacífico.

Por otra parte, el grupo Luksic, junto a Enersis de Chile, se asoció en 1990 con las empresas argentinas Astra, Bidas, Pluspetrol, San Jorge y Techint, la española Catalana de Gas y la estadounidense Transco Energy Co., para presentarse en la licitación del gasoducto que se construirá entre Chile y la Argentina. En un primer tiempo, el embajador Spinosa jugó un papel destacado en los movimientos licitatorios del gasoducto. Era un buen gestor de las decisiones que se tomaban en Buenos Aires.

El acuerdo de su realización se firmó entre Patricio Aylwin y Carlos Menem el 20 de julio de 1990 y en esa oportunidad se decidió que el tendido del nuevo ducto fuera desde los yacimientos gasíferos del Neuquén. El interés chileno por la obra es inocultable: la sustitución de petróleo por gas natural significa un ahorro anual de 830 millones de dólares.

A la primera licitación del gasoducto, que demanda una inversión superior a los 300 millones de dólares para su construcción, se presentaron además de los Luksic y sus socios, las empresas chilenas Copec, Gasco, Abastible y Enagas, asociadas con Shell, Esso y los productores argentinos Pérez Companc y Sociedad Comercial del Plata.

Una tercera oferta para construir el gasoducto la presentó el Ente Nazionale Idrocarburi de Italia conjuntamente con el grupo Macri de la Argentina.

Según el periodista Horacio Verbitsky, el gobierno chileno quería que la obra fuera adjudicada al consorcio Copec-Gasco y los argentinos al que conformaban Techint, Transco y Enersis. De acuerdo a esta fuente, la administración de Aylwin se opuso a que Enersis, empresa ligada a hombres del gobierno militar chileno, fuera beneficiada en la licitación. El secretario de Energía de

Chile, Sergio Lorenzini, según Verbitsky, se opuso tenazmente a Enersis y se jugó por Copec-Gasco.

En Chile, sin embargo, se asegura que esa opción tenía el único interés de beneficiar a quienes se dedican al transporte de Gas y que no existía ninguna razón de índole política.

Sin embargo, la primera licitación fue suspendida cuando funcionarios del Transco Energy Co. denunciaron que hombres de confianza del ex canciller argentino Domingo Cavallo habían pedido una coima para favorecer a ese consorcio. Según trasciende en el libro *Robo para la Corona* del citado periodista, Matías Ordóñez Jiménez Zapiola, en ese entonces jefe de gabinete del canciller Cavallo, había solicitado en forma directa ser contratado como asesor en la obra, por su porcentaje del dos por ciento sobre el presupuesto total, es decir unos 8 millones de dólares.

Según la revista chilena *Qué Pasa* había una fuerte pugna interna en el gobierno argentino entre el secretario de Energía y la Cancillería. De acuerdo al semanario, fuentes argentinas señalaron en su momento que mientras en la primera primaban los criterios técnicos, en la Cancillería lo hacían los políticos. De ahí que muchos pensaran que la denuncia de soborno se trataba de una farsa destinada a desprestigiar al entonces canciller Domingo Cavallo. Quienes sustentan esta tesis señalan que es ridículo intentar coimear a Emilio Cárdenas, representante de Transco, conocido en el ámbito empresarial por su rechazo a estas prácticas. Además se argumenta que el verdadero rechazo se habría producido porque ambos gobiernos tenían sus elegidos.

Al conocer estos antecedentes el ministro chileno Enrique Silva Cimma solicitó que se detuvieran las acciones iniciadas para licitar la obra y ambos países concordaron en buscar nuevas formas para adjudicar el gasoducto. La licitación se declaró desierta el 28 de enero

de 1991, a pesar de que Carlos Menem y Patricio Aylwin hablaron en cuatro oportunidades por teléfono para evitar el naufragio de la operación.

Según *Qué Pasa*, tras seis meses de contactos el argumento que se adujo para paralizar la licitación parece poco creíble. Las autoridades argentinas sacaron a relucir la necesidad de reformar una ley de hidrocarburos que impide al Estado vender gas natural mientras no haya certeza de pleno abastecimiento interno. De acuerdo al semanario derechista la justificación "sonó a una salida diplomática el apelar a última hora al desconocimiento de una traba tan importante".

Lo que está claro es que la gran obra que el presidente Aylwin esperaba inaugurar durante su período tendrá que esperar un tiempo más y no será este mandatario, sino posiblemente su sucesor, el que lo haga.

Por las inversiones que el grupo Luksic tiene en la Argentina, tradicionalmente sus miembros se hacen amigos de los embajadores de ese país. Y estos siempre los reciben con los brazos abiertos. No en vano el grupo económico que lideran es uno de los más importantes de toda América latina. Ellos fueron los primeros chilenos que invirtieron en la Argentina. En 1990 reactivaron su plan de expansión hacia América latina y la empresa Madeco, de su propiedad, adquirió en 5 millones y medio de dólares la Industria Eléctrica de Quilmes S.A. (Indelqui). La empresa de cables telefónicos y de energía pertenecía a la Ericsson de Suecia y mantenía una deuda con la banca argentina de otros 6 millones de dólares. En 1992 el grupo Luksic aseguró su presencia en Endesa con un poco más del 6 por ciento de las acciones y puestos en el directorio. Endesa es la empresa que participa en Segba de la Argentina.

Según la revista norteamericana *Forbes* la familia Luksic tuvo su origen chileno en Andrónico, hijo de un trabajador croata inmigrante que llegó a Chile en 1915 y

que comenzó a buscar cobre en el desierto de Atacama, en el norte de Chile.

Adquirió su primera mina en 1954 a los 26 años de edad.

Incapaz de desarrollarla solo, la ofreció a la venta a Nippon Steel. El precio que pedía eran 500 mil pesos chilenos, lo que entonces equivalía a unos 45 mil dólares. Los japoneses aceptaron, pero ellos pensaron que Luksic se refería a dólares, no a pesos. Así es que le llegó de Japón un cheque por u\$s 500.000. Y Andrónico Luksic inició su camino hacia la fortuna.

Ya sea que la historia sea cierta o sólo un cuento simpático, Andrónico Luksic ha emergido como uno de los hombres de negocios con mayor fortuna de América latina. Lo que sí consigna la historia nacional es que el primer Luksic que llegó a Chile unió su destino amoroso a una niña antofagastina que provenía de una familia de origen boliviano de gran tradición. El padre de ésta, de apellido Abaroa, convirtió un pedazo del desértico norte de Chile en un vergel. Y descendía además en línea directa del boliviano que defendió la ciudad de Antofagasta cuando fue invadida por tropas chilenas hace más de un siglo.

Abaroa, el héroe, tuvo dos hijos y les dejó en herencia a ellos la gran cantidad de tierras que poseía en el norte de Chile. Tal vez, y eso no se puede determinar, el croata recurrió a ello para amasar su gran fortuna. Lo que sí está claro es que, como suele suceder con todos los millonarios, es imposible detectar la forma en que Luksic obtuvo su primer millón de dólares. Primero en Calama y luego en Antofagasta, Andrónico Luksic Abaroa estudió leyes, pero se dedicó a los negocios.

Con base en Santiago, según *Forbes*, su grupo de compañías productivas (con ingresos anuales por mil millones de dólares) cubren todo Chile. En el norte, Luksic posee tres de las mayores minas de cobre privadas del país y es propietario de la empresa Antofagasta Railway,

tren que une Chile con Bolivia, y cuyas acciones se cotizan en la bolsa de valores de Londres. En el sur tiene intereses en la industria forestal y en la pesquera. En el centro, la industria alimentaria de Luksic, Lucchetti, que en 1991 arrojó utilidades que superaron el millón de dólares, tiene contratos para abastecer colegios estatales, hospitales y bases militares.

Sus bancos, el de Santiago y el Banco (Y) Higginson, son número dos y número siete entre las entidades financieras privadas del país. Con socios tales como Anglo-American de Sudáfrica, Lucky Goldstar de Corea del Sur y el gigante minero finlandés, Outokumpu, el grupo Luksic se ha constituido en la primera corporación chilena verdaderamente multinacional.

El grupo, la empresa holding, es controlada mayoritariamente por Andrónico Luksic (de 64 años) y sus tres hijos: Andrónico Jr. (38), Guillermo (36) y Jean Paul (28). Siendo un hombre que cuida celosamente su privacidad y rehúye la publicidad, el más viejo de los Luksic maneja las propiedades mineras del grupo desde Londres a través de su control accionario en Antofagasta Holdings Plc. Los muchachos manejan desde el cuartel general en Santiago las ramas financieras e industrial.

Parte del grupo está en manos de otros accionistas y sus acciones se transan en las bolsas de Chile y Londres dándole a las partes abiertas del grupo un valor de mercado conjunto de 1500 millones de dólares. Los activos de la familia están valuados en unos confortables mil millones. Su fortuna está por aumentar: el grupo venderá a inversionistas norteamericanos cerca del 10 por ciento de la Compañía Cervecerías Unidas, el monopolio cervecero que les pertenece en un 38 por ciento y que arrojó utilidades en 1991 por 30 millones de dólares. La emisión inicial de ADR por 80 millones de dólares será transada en el mercado electrónico. Con un precio 15 veces superior a las utilidades de la CCU el año 1990, los títulos no serán baratos. Pero tal es el apatito de Wall

Street por todo lo que es latinoamericano, que la emisión ya parecía estar sobresuscrita.

De acuerdo con Guillermo Luksic, su padre ha construido la fortuna siguiendo una simple máxima en los negocios: impone la filosofía de la hormiga. Traducción: enfócate a lograr pequeñas cosas y pronto moverás montañas.

Después de vender esa primera mina a los japoneses en 1954, Luksic colocó parte de su dinero en el sector pesquero, comprando la subsidiaria local de Star-Kist. Siguió con la prospección y expandió su negocio de venta de vehículos Ford en Antofagasta hasta convertirlo en una compañía de *leasing* de equipamiento, al servicio de las grandes compañías mineras de la región.

A comienzos de los sesenta había trasladado su residencia a Santiago y estaba comprando importantes participaciones en empresas mineras cuyas acciones eran públicamente transadas. A poco andar tenía el control de Carboníferas Lota Schwager y Madeco, e inversiones en un gran número de otras empresas.

Cuando Salvador Allende asumió en 1970 la Presidencia en Chile y las compañías carboníferas y del cobre de Luksic fueron expropiadas, junto con otras sociedades anónimas en las cuales el grupo había invertido, Luksic respondió a los socialistas enviando fuera del país a veinte de sus gerentes generales. Ellos fueron a administrar las haciendas y cervecerías de Luksic en la Argentina, a iniciar una industria enlatadora de alimentos en Colombia, a abrir una distribuidora de Ford en Brasil. Dice Guillermo Luksic: "Nos convertimos en una compañía internacional".

Irónicamente, cuando los militares asumieron el poder en 1973, los Luksic fueron catalogados como colaboradores de Allende. Sus crímenes: haber aceptado pago por las empresas que les fueron expropiadas, y haber arrendado equipamiento vía *leasing* a las minas nacionalizadas. Cuando el gobierno militar comenzó a rematar

las empresas nacionalizadas a inversionistas privados a mediados de los setenta, los Luksic fueron disuadidos de presentar ofertas. En retrospectiva, fue una suerte. Inhabilitados para ofertar, los Luksic no se endeudaron, a diferencia de muchos otros capitalistas, quienes pagarían un alto precio por ello cuando en 1982 la crisis de la deuda latinoamericana hiciera colapsar a un importante número de conglomerados chilenos.

Andrónico siguió apegado a la minería. Con la liquidez generada por sus activos fuera del país, había comprado la prácticamente quebrada Antofagasta Railways a sus dueños británicos en 1979, volcando positivamente sus resultados. En 1982 se recuperó de haber quedado fuera de las licitaciones de empresas públicas al adquirir empresas que presentaban situaciones de quiebre reciente —entre ellas también la ex perteneciente a Luksic, Madeco—, a precio de liquidación.

En 1985 Luksic se asoció con el multimillonario alemán Joseph Schörghuber para comprar la CCU, tercera empresa rentable del país. Los problemas económicos de Chile a principios de los ochenta ofrecieron las oportunidades. Para reducir su deuda externa, el Banco Central de Chile permitió la conversión de parte de ella a través de papeles que los tenedores podían utilizar para invertir en compañías chilenas. Luksic alentó a American Express a cambiar sus préstamos otorgados a Chile por acciones de Lucchetti. De ese modo, Luksic consiguió en American Express a un sólido, pero pasivo, socio para ayudar a expandir las operaciones de Lucchetti, asegura la revista *Forbes*.

Con sus negocios chilenos a todo vapor, los Luksic continuaron con sus inversiones fuera de Chile. Madeco, con ingresos anuales por 224 millones de dólares, adquirió en 1990 su rival argentina, Indelqui, en 5,5 millones. Esta operación colocó a Madeco en el recientemente privatizado y rápidamente creciente mercado telefónico argentino. El liderazgo de Indelqui en fibra óptica ofrece

a Madeco la oportunidad de explotar la modernización del sector telecomunicaciones en Chile. La otra empresa de Madeco en el extranjero está ubicada en Beijing y se dedica a la fabricación de tubos de cobre para la industria de la construcción en China.

En julio de 1992, los Luksic se asociaron con el mamut argentino Pérez Companc en un consorcio chileno-argentino para adquirir y administrar los recientemente privatizados servicios eléctricos de Buenos Aires. Esta empresa de 650 millones de dólares es la mayor realizada por Luksic fuera de Chile. También podrían invertir en la empobrecida Bolivia y, ahora que los líderes del movimiento terrorista Sendero Luminoso están tras las rejas, en Perú.

Guillermo Luksic resume la estrategia de inversiones de la familia de la siguiente manera: no existen malos países, sólo malos negocios.

LAS FIESTAS MULTIPLES

NO FUE por los negocios que cuenta la publicación de *Forbes* que las vidas de Spinoso Melo y los Luksic se hicieron paralelas, sino por personalidades parecidas que les permitieron congeniar rápidamente. A los pocos meses que Spinoso y su mujer llegaron a Santiago, la familia Luksic los invitó a pasar una semana a Hornitos, playa del norte de Chile donde los empresarios poseen una casa familiar. Por otra parte, el Banco O'Higgins, también propiedad del grupo económico, empezó a financiar todas las actividades culturales de la representación trasandina. La entidad financiera tuvo en 1990 utilidades por 10 millones de dólares y posee más de 1.300 empleados, 40 sucursales a lo largo del país y tres filiales. Dentro de su directorio, compuesto de 10 miembros, figuran, además de Andrónico Luksic Craig, Francisco Ibáñez Barceló, Edmundo Eluchans, Juan Andrés Fontaine Talavera, el ex ministro de Agricultura de Pinochet, Jorge Prado; el negociador de la deuda externa en la época de la dictadura militar chilena, Hernán Somerville; Manuel Vargas y Héctor Novoa Vázquez. Este último, hermano del presidente de la UDI, precandidato de ese partido a la primera magistratura, Jovino Novoa Vázquez, es el representante legal en Chile de las empre-

sas del colombiano Jesús Ochoa Galvis. Aunque Ochoa cuando llegó a Chile tenía sus antecedentes limpios, varios miembros de su familia están estrechamente ligados al narcotráfico. Según el periodista Rodrigo de Castro en un reportaje publicado por la revista *Análisis* de Chile, existirían fuertes vínculos entre la entidad financiera del grupo Luksic y Ochoa Galvis. Por ejemplo, el colombiano compró una empresa a la Inmobiliaria Santa Raquel, una sociedad fuertemente endeudada con el Banco O'Higgins. Por otra parte, el automóvil BMW que usa en Chile Ochoa Galvis aparece como propiedad de una sociedad ubicada en la calle Teatinos 248, en pleno centro de Santiago. En esa dirección se encuentran ubicadas las oficinas del abogado, y miembro del directorio del Banco O'Higgins, Edmundo Eluchans. El profesional, quien fue candidato a senador por la derecha en 1989, tiene en su estudio a Héctor Novoa Vázquez.

Según Rodrigo de Castro, la policía de Investigaciones de Chile sospechaba que Focus Chile Motores S.A. y una serie de otras empresas chilenas relacionadas a ésta servían al narcotráfico colombiano como destino final de sus narcodólares, y también para blanquear dinero aún sucio. Focus Chile, cuando se llamaba Chile Motores S.A., perteneció al amigo de Munzer Al Kassab, el chileno de origen sirio Edgardo Bathich. Ambos fueron detenidos en el aeropuerto de Barajas en 1992. Al Kassab es conocido internacionalmente por el tráfico de armas y de drogas e incluso pesa sobre él un pedido de extradición de la Justicia argentina.

Al árabe, además, se lo vincula al atentado a la embajada de Israel en Buenos Aires. Bathich, por otra parte, cuenta entre sus amistades a Mohamed Kasshagi, hijo mayor de Adnam Kasshagi, el mayor traficante de armas del planeta, y al magnate saudí Gaith Pharaon, propietario de la cadena hotelera Hyatt, actualmente prófugo internacional por su participación en la quiebra fraudulenta del Banco de Crédito Comercial Internacio-

nal (BCCI). Pharaon, de acuerdo al libro *Robo para la Corona* del periodista argentino Horacio Verbitsky, inició sus inversiones en hotelería y plantaciones en la Argentina durante la presidencia de Raúl Alfonsín. El asesor financiero de los proyectos del árabe fue Javier González Fraga, un experto en el régimen de capitalización de deuda externa a quien Menem designó como presidente del Banco Central. El propio Menem, según Verbitsky, declaró que tuvo que intervenir en persona para que la burocracia no trabara la inversión que Gaith Pharaon pensaba hacer en la Argentina y que por eso le concedió una audiencia privada al árabe que, por lo demás, había solicitado una carta de ciudadanía de ese país. Considerando que la Justicia argentina no concede la extradición a otros países, el árabe saudí quería tener la certeza de que si era juzgado por sus vinculaciones con el narcotráfico el trámite lo llevaran los tribunales de la Argentina.

Chile Motores S.A. fue traspasada posteriormente a dos sociedades anónimas panameñas: Focus Investment Corp y Elyesse Investment Corp. Ambas empresas ingresaron, a través del Banco O'Higgins, millones de dólares a Chile.

Actualmente el propio Bathich, Ochoa Galvis y otro socio de éste, Alex Jacob Nader, hijo de un ex general de la Fuerza Aérea chilena, se encuentran fuera del país. Sobre la empresa que los unía pesan denuncias por la ley de infracción de armas y destrucción de documentos tributarios, además de su relación con el narcotráfico.

En la cuenta a sus accionistas de 1992, junto con saludar los logros obtenidos, el presidente del Banco O'Higgins, Andrónico Luksic dijo que reitera "una vez más el compromiso de avanzar por la vía del desarrollo, y con tal objetivo no escatimaremos esfuerzo alguno, tanto dentro del país como en nuestra proyección hacia el exterior a fin de permitir la apertura de nuevos mercados

y negocios que contribuyan al crecimiento de nuestro

A cargo de la gerencia general de la entidad financiera estaba en esa época Gonzalo Menéndez Duarte. Junto a su hermosa mujer, Carmen Ibáñez, quien tiene el apodo de "La Regalona", también comenzó a frecuentar los círculos de la embajada argentina. Actualmente, Menéndez es director del Banco de Santiago, y su puesto en el Banco O'Higgins lo ocupa Fernando Cañas Bercowitz.

Sin poder determinarse "cómo", Spinosa Melo llegó a tener copia de una llave del departamento que Guillermo Luksic posee en la calle Ismael Valdés Vergara. Hasta ese domicilio Spinosa arribó una tarde con una de sus amigas de la casa de la Cochota. Era un piso completo, con una hermosa vista al cerro y con un decorado admirable. Tenía tapices persas y sillones estilo jacobino, todo alfombrado y con hermosos espejos envejecidos en todas las piezas. Las puertas de madera, desde arriba hasta abajo, no dejaban de impresionar a los visitantes del lugar. El piso, con una enorme terraza en el frontis, era el lugar ideal para los pasatiempos de su propietario y de sus amigos. El lugar fue un regalo de Andrónico Luksic a su hijo Guillermo, y éste lo utilizó cuando se separó de su primera mujer.

A pesar de no estar habitado, el quinto piso está siempre listo para cualquier visita. El aseo impecable y un bar al que no le falta nada para ofrecer. Ahora, aunque los administradores y los porteros lo niegan, se rumorea que Guillermo Luksic vendió la propiedad en 1991. La última vez que los empleados de la embajada prepararon cosas para enviar a ese departamento fue en julio de ese año y, según los cuidadores, en agosto de 1992 todavía su dueño era Guillermo Luksic.

Pero no sólo fueron los Luksic sus amigos dentro del empresariado local. Hubo otros, tal vez menos connota-

dos por los ruidos o por el olor que se podía sentir a gusto en sus pasatiempos sexuales. A uno de ellos lo conoció en una recepción en la embajada de Italia a fines de 1990. Después del tercer whisky, y por la confianza que el embajador argentino le entregaba, el empresario contó que, cansado de la rutina matrimonial, había buscado algo excitante y que quería que compartiera su experiencia.

—Me aburre hacerlo con una sola mujer. Necesito varias a la vez para excitarme.

—¿De verdad? A mí me pasa lo mismo.

—Mirá, yo tengo una mina, una puta muy rica, a la que le pago alrededor de 300 lucas para que venga a mi casa con otras dos amigas. Me encanta verlas cómo entran desnudas a mi habitación y se acuestan con mi mujer.

—¿Y vos qué hacés? —inquirió Spinosa sorprendido.

—Dirijo la escena. Pido que se pongan así o asá, que se besen o manoseen y que se chupen entre ellas. Tengo una cama grande y parece que se fuera a rebalsar por los cuatro costados por la calentura de estas locas.

—¿Y tu mujer?

—Al principio se la veía afligida, pero se ha ido soltando y cuando termina haciendo el amor conmigo es una fiera. Las otras minas, al vernos entusiasmados, tienen que marcharse y para evitar contratiempos se visten y desvisten fuera de mi habitación. ¿Te gustaría participar en una fiesta?

Puntualmente, Spinosa traspasó el umbral de la puerta de ingreso al departamento de su nuevo amigo. Antes de llegar hasta donde se encontraba el ascensor se encontró con la mirada inquisidora de la esposa del cuidador del edificio.

—Voy al quinto —dijo como si fuera un estudiante al cual lo han pillado en falta.

—¿Dónde don...? —preguntó la joven, algo baja y morena.

—Sí, a lo del empresario —interrumpió el diplomático.

El ascensor se detuvo en el quinto piso y el embajador tuvo que esperar algunos segundos hasta que alguien le abriera la puerta que se encontraba con llave. Era una mujer alta y morena con rasgos orientales. Llevaba puesto sólo un calzón y se cubría los pechos con ambos brazos. Apenas Oscar entró, la morena salió corriendo y saltando por encima de los sillones.

En el gran living, además de la mujer y el embajador, había por lo menos otras cuatro o cinco hembras y un par de hombres, todos desnudos. Algunos consumían coca o marihuana, indistintamente. Mientras, otros hacían el amor de a dos, de a tres o de a cuatro. Todos contra todos.

Spinosa se acercó al bar y se sirvió un whisky con algo de hielo. Esperando que la bebida se enfriara se sentó en un sillón personal a mirar una de las escenas más curiosas que haya visto en su vida. Al tipo lo había visto antes, y le parecía que era un ex ministro del régimen militar. Era relativamente joven, alto, delgado y con cara de pavo. Mantenía un estado físico impecable. Estaba recostado sobre la alfombra de uno de los salones y su sexo, absolutamente erecto, dibujaba una ligera curva en el espacio. Sobre él, tres de las mujeres presentes se montaban por intervalos de tres o cuatro minutos cada una. Así sucesivamente las mujeres se clavaban, literalmente, en el ex ministro y ya sobre él se movían como si quisieran domar su enorme sexo. Este, sin embargo, no se doblegaba ante los avatares expertos de las hembras y seguía erguido sin acabar jamás.

De pronto, todavía envidioso por lo que estaba viendo, la mirada de Spinosa fue interrumpida porque de la habitación principal salieron el empresario y su esposa. Ella llevaba puesta una bata blanca, semitransparente, pero su figura y cara no eran precisamente lo mejor de la fiesta. Se acercó hasta el embajador y comenzó a jugar con el cierre de su pantalón, mientras su marido le decía

lo contento que estaba porque hubiera aceptado la invitación. La mujer, arrodillada frente a Oscar, hurgueaba en el interior buscando algo duro y húmedo, hasta que encontró una punta de donde asirse y comenzó a tirar hacia afuera. Spinosa estaba nervioso e intentó tomar la iniciativa, pero antes que lo hiciera la mujer lanzó una risotada y salió corriendo hasta sentarse justo encima del ex ministro, cuyo lugar acababa de dejar vacío una pelirroja cuarentona.

Al poco rato Spinosa comenzó a sentirse parte del grupo y como tenía un don especial para caer simpático, logró trabar amistad con casi todos los presentes.

Posteriormente se hizo hábitué de este tipo de fiestas, y él, muy generoso, comenzó a aportar la cuota de cocaína necesaria para que nada faltara en las partusas.

Spinosa siguió concurriendo al quinto piso del empresario pero dejó de visitarlo cuando se enteró, así lo cuenta él por lo demás, que su mujer visitaba el lugar cuando su amigo se encontraba solo.

Sin embargo, trató de implementar en la embajada esa modalidad y tipo de fiestas. Pero no era su estilo. Optó por los encuentros privados con dos o tres mujeres.

Cuando Spinosa se enteró que Carlos Menem, su amigo, tenía previsto visitar Santiago por algunos días, se esmeró para que los encuentros fuera de protocolo agradaran al mandatario. Sabía de los gustos femeninos de Menem y en todos los encuentros previos a la llegada del mandatario decía que había que "buscarle una minita de piernas largas como lo gustan a papito". Así lo llamaba, por lo demás, desde que lo acompañó en la interna peronista.

La idea que barajaba Spinosa era brindarle una fiesta íntima con muchas mujeres, tragos y amigos. Mientras todos se ocupaban de los detalles oficiales, el embajador andaba tras los pasos de su amiga Sandra Palomo, una prostituta que había conocido en la casa del ramo que

regenteaba la afamada Cochota. Este era el seudónimo de Gloria Goeller, quien acogió a Spinosa en su negocio y el diplomático se había hecho uno de sus clientes favoritos.

Sin embargo, Sandra había comenzado a intimar con Oscar y trataba directamente con él. Así y todo, tuvo que iniciar un seguimiento para encontrar a la eficiente prostituta, que se había perdido por unos meses con un empresario.

—Llama a este número y pregunta por la señora Juani. Ella te puede dar los nuevos números de la Cochota —le dijo un amigo que conocía las intimidades de las prostitución santiaguina. Spinosa quiso hacer personalmente la gestión. Había escuchado que las rameras santiaguinas se cuidaban de los policías y que era muy difícil que una entregara un dato que sirviera para ubicar a otra. Sandra Palomo, en más de una oportunidad, le había contado la persecución hacia las casas de prostitución, sobre todo buscando menores.

—A algunos policías les pagan las dueñas para que no hueven, o nosotras debemos hacer el sacrificio y acostarnos con ellos sin recibir un sope para que dejen tranquilo el lugar —narró al periodista una prostituta retirada.

La señora Juani se confió por la voz de Spinosa y no le quedó duda de que quien buscaba el teléfono de Cochota era el embajador argentino. Cautelosa, sin embargo, le pidió que la volviera a llamar en 10 minutos. Así lo hizo y la informada mujer le dijo que la podría ubicar en otro número telefónico. Cuando llamó el diplomático, ella estaba al otro lado de la línea y le recriminó a Oscar que se hubiera borrado de su lista de clientes. Celosa de su profesión, y de lo que significa que una de sus chicas la traicione, la Cochota le dijo que hacía unos meses que no veía a Sandra Palomo, pero que la llamara en un par de días para ver si le podía dar mayores detalles.

Antes de 48 horas, y gracias a la Cochota, Spinosa

pudo ubicar a su amiga y encargarle un trabajo: prepararle la fiesta a Menem.

Todo quedó arreglado para el día en que se haría una gran recepción oficial en la embajada argentina. Después de esta reunión protocolar, quedaría el grupo más íntimo y harían su ingreso las amigas de Sandra Palomo. Sería el martes 28 de agosto de 1990.

—¿Te parece bien que lleve a la Paty? —lo interrogó la prostituta.

—Bárbaro. Y ¿qué otras chicas podés conseguirme?

—Podría ser la Nicole, aunque ahora que se las da de modelo de la tele, se le subieron los panqueques a la cabeza. Antes, a toda hora, se acostaba con huevones por diez lucas. Ahora parece que trabaja para la Carmen del Lunar y está cobrando como cincuenta mil por un polvo cualquier.

—No me digás, querida. Bueno, vos conseguís otras tres buenas minas, ojalá venga la Paty, y te comunicás con Raimondi para que ese día las traiga a las cuatro a la residencia. Estamos, flaca. No me fallés, mirá que la joda es con mi jefe, el presidente de la Argentina.

—Oscar, una pregunta. ¿A qué hora tenemos que estar allá?

—Pasadas las 11. A esa hora se habrán ido todos los plumazos y nos quedamos solos.

—¿Y tu mujer va a estar?

—Me extraña, amiga mía. La mando a dormir como hago siempre en estas selectas ocasiones.

Carlos Menem arribó al aeropuerto a las 10 horas y 33 minutos del 27 de agosto de 1990. Media hora antes que el avión Tango 01, que transportaba al mandatario argentino, tocara la losa de la terminal aérea hizo lo propio el avión Tango 02, el segundo Boeing presidencial, cargado de Granaderos de San Martín, obviamente sin sus cabalgaduras.

Al enfrentarse a la prensa Carlos Menem anticipó los

motivos de su viaje, una serie de acuerdos para la integración económica y la apertura de pasos fronterizos, y señaló que estaba "muy contento de estar aquí en mi tierra, porque Chile es mi tierra. Aquí me siento chileno, así como en Uruguay me siento uruguayo. Precisamente ése es el sentido que yo le doy a la integración de América latina".

Junto a Menem viajaban sus entonces ministros de Relaciones Exteriores, Domingo Cavallo; de Defensa, Humberto Romero; de Economía, Antonio Erman González; de Educación y Justicia, Antonio Salonia, y de Salud, Eduardo Bauzá. Lo acompañaban también el jefe del Estado Mayor de la Armada, almirante Jorge Ferrer, algunos secretarios (el equivalente argentino de los subsecretarios chilenos), y los gobernadores de las provincias limítrofes con Chile: Catamarca, Mendoza, San Juan, Neuquén, Santa Cruz y Tierra del Fuego. También el entonces gobernador de Buenos Aires, Antonio Cafiero, nueve diputados, dos senadores y secretarios de Protocolo. En otros dos aviones particulares viajaron los empresarios, entre ellos la adinerada Amalia Lacroza viuda de Fortabat, periodistas e inversionistas.

En la lsa de Pudahuel lo aguardaba impaciente el embajador Oscar Spinosa Melo.

Guillermo Daniel Raimondi había llegado a Chile el 28 de enero de 1988. Se desempeñaba como primer secretario de la embajada argentina en Santiago cuando Menem visitó Chile por segunda vez como mandatario. Esa noche de agosto de 1990 tuvo la delicada misión de transportar a cuatro jóvenes prostitutas por las calles de la capital e introducir las casi secretamente en la residencia de Vicuña Mackenna. La operación tenía que ser silenciosa porque a pesar de ser Menem un tipo separado, no era bueno que se viera al primer mandatario argentino "putarreando" en Chile.

La primera vez, en marzo de ese mismo año, la fiesta que Spinosa preparó a su amigo había salido muy bien, y Menem seguramente confiaba en que esta vez Oscar se jugaría por algo similar o mejor.

El arribo de Raimondi y las muchachas al tercer piso de la mansión fue alrededor de la 11.15 de la noche y en el lugar estaba Oscar Spinosa Melo y dos colaboradores cercanos de Menem. El Presidente, sin embargo, llegó algunos minutos después. Había tenido mucha actividad en esos días. El lunes 27 fue recibido por el presidente Aylwin en el aeropuerto Pudahuel y después de un almuerzo en La Moneda recibió el saludo de todo el cuerpo diplomático. En la tarde de su primer día en Santiago visitó la municipalidad y fue nombrado hijo ilustre de la capital chilena. Posteriormente se reunió con la Corte Suprema y por la noche fue homenajeado por su colega chileno en La Moneda. En esa recepción recibió de manos de Aylwin la Orden al Mérito.

El martes 28, día en que Spinosa tenía previsto agasajarlo privadamente, Menem fue al Congreso Nacional en Valparaíso y almorzó con los parlamentarios. Posteriormente se reunió con los opositores Sergio Onofre Jarpa y Andrés Allamand del Partido Renovación Nacional en la residencia de Spinosa Melo. En la noche, a las 21.30 recibió en la casa del embajador a Patricio Aylwin y en medio de una gran recepción le otorgó la Orden del Libertador General San Martín.

Las invitadas que arribaron con Raimondi eran Patricia y Sandra Palomo, a quienes el embajador reconoció de inmediato, y otras dos mujeres que fueron cortésmente presentadas por las mencionadas.

En la mesa del centro fueron acomodadas rápidamente dos botellas de champán Dom Perignon y una de whisky Johny Walker etiqueta negra.

—¿Cómo es su trabajo, Presidente? —le preguntó interesada una de las niñas al ex gobernador de La Rioja.

—Qué querés que te cuente. A los 8 de la mañana, casi todos los días, estoy en mi despacho en la Casa de Gobierno y me preocupo de los problemas de mi país.

—¿Y tiene muchos guardaespaldas? —consultó otra que le hacía ojitos a Spinosa Melo.

—Tengo muy pocos porque mi pueblo me quiere mucho y casi no recibo amenazas.

La conversación, frívola y sin mucho interés, entre Menem, sus colaboradores, el embajador y las niñas, no duró más de media hora.

—Es tarde y llegó la hora de irse a acostar —dijo Spinosa—. Señor Presidente, usted tiene la primera opción, elija la chica que más le gusta —gritó eufórico.

Carlos Menem echó un rápido vistazo a las cuatro mujeres presentes y detuvo su mirada en Patricia. La Paty, como la llamaban sus amigos, no tenía más de 25 años y resaltaba entre las demás por su muy bien cuidado físico. Morena, de ojos pardos y grandes, tenía un hermoso pelo ni muy corto ni muy largo. Era, por lo demás, la preferida de Spinosa Melo y esto molestaba un poco a Sandra.

—Si soy de su agrado, la invito —dijo Menem a la Paty, tomándola suavemente de la mano y ayudándola a pararse del mullido sillón en que estaba sentada.

—Encantada, señor Presidente.

Las mujeres que Raimondi había traído hasta Vicuña Mackenna estuvieron hasta las seis de la madrugada de la jornada siguiente y fueron llevadas a sus domicilios por el chofer del embajador. De la fiesta sólo quedaron algunos rastros: media botella de whisky, un poco de champán en uno de los envases, el otro vacío. Botellas de agua mineral y restos de cigarros. Nada más. Y los rumores santiaguinos...

De los preparativos de la visita de Menem, una conocida actriz chilena que pidió al periodista absoluta reserva de su identidad recuerda que ella estuvo presente en una comida con el embajador Spinosa.

—A mí me sorprendió mucho el embajador. Al principio parecía que era espectacular, un tipo tan informal... De hecho era informal porque pasaban cosas que no pasan nunca. Yo conversaba con un ministro argentino sobre el budismo, por ejemplo. Ha sido la única comida oficial donde toda la gente conversó relajada. Spinosa tenía el don de hacerte sentir en su casa. Si la gente le soltaba cosas de su intimidad o se le salían, no me extraña nada.

—¿Quiénes estaban en esa comida?

—Estaba Juan Hamilton, que es la única vez que lo he visto dicharachero, conversando y feliz. Pero lo más importante es que todo el mundo hablaba con todo el mundo. El le hacía chistes a su mujer y ella le contestaba con otros. El tenía una corbata roja horrenda que no tenía nada que ver, pero era divertido. Al final te relajabas y en una cosa súper oficial, con todo el gabinete de Menem, terminamos todos amigos.

—¿Y que hacía Spinosa?

—Tenía una cosa rara. Uno, a estas alturas, no sabe quién consume o no cocaína, pero él tenía una forma tan descarada que no te cabía ninguna duda. Ninguna. Hacía esas cosas que hacen los directores en las filmaciones y que nadie los puede retar. Este huevón lo hacía delante de las primeras figuras de su país y no le importaba nada. Yo me cagaba de risa del descaro. O sea, él era un cocainómano descarado.

—¿Lo viste conversar con Menem esa noche?

—No. Lo que sí me consta es que la gente de esa embajada, durante la administración del Spinosa Melo, gastaban harta plata en drogas y en ir a verse la suerte, el tarot y otras huevadas.

—¿Y cómo sabes eso?

—Porque fue lo único que conversé con Spinosa Melo. No me acuerdo a raíz de qué fue, pero él se quejaba de un dolor y yo le recomendé que llamara a una amiga que se dedica a sanar gente. El me lo agradeció, pero me dijo

que lo que le interesaba era alguien que le leyera las cartas, el tarot. Me dijo que iba a una tarotista pero que no lo copaba. Eso lo tenía obsesionado.

Toda la colectividad residente en Santiago va donde una tarotista chilena casada con un argentino. Se trata, aseguran, de la actriz chilena Mané Netz.

Antes de partir, el embajador le obsequió a su presidente un cuadro, de autor chileno, cuyo personaje central era el propio Menem. Sin embargo, al mandatario argentino no le gustó la forma en que lo había retratado y así se lo hizo ver al pintor. Este le dijo que Spinosa lo había pedido de esa forma, y Menem, ante la respuesta, se largó a reír sonoramente y señaló: "A Oscar no hay que hacerle mucho caso".

El miércoles 29 de agosto Carlos Menem abandonó Chile en su avión Tango 01 tras una permanencia de tres días, muy superior a las apenas 24 horas que estuvo en marzo de ese año para el cambio de mando presidencial. No volvió a Chile hasta agosto del 92 cuando también estuvo sólo 24 horas y Oscar Spinosa Melo ya no estaba en la embajada argentina de Santiago.

EL OCASO DEL EMBAJADOR

Si ALGO BUENO consiguió Fernando Frazzoni en su paso por Chile fue la relación que entabló con Luz Cassis, la viceconsejera económica de la representación diplomática.

Desde el primer momento que la vio, quedó prendido de su encanto y tras unos meses de entusiasmado noviazgo, decidieron vivir juntos. A fines de 1990 Fernando se trasladó al departamento que Luz ocupaba en calle Napoleón, en el mismo edificio que vive el dirigente de la UDI, Julio Dittborn.

En febrero del 91 ambos se quedaron en Santiago. Un día, que habían estado encerrados toda la jornada en el departamento, recibieron una inesperada visita. Justo cuando decidían bajar a tomar un café en el bar de enfrente del edificio sonó el portero eléctrico. Luz se apresuró en contestar. La voz, desde abajo, le señaló que era el chofer del embajador y que venía a buscarla para llevarla hasta la residencia de Vicuña Mackenna. Sorprendida, pensó que se trataba de un error y al que Spinosa quería ver era a su conviviente. Se lo hizo notar al enviado del embajador.

—¿No se tratará de un error y a usted le pidieron que llevara a Fernando?

—De ninguna manera, el señor embajador me dijo que la quería ver a usted y con urgencia.

—¿No le dijo para qué?

—Para nada. Sólo que la viniera a buscar y que lo hiciera rápido.

—¿Pero está seguro que es a mí? —reiteró Luz.

—Segurísimo —dijo el chofer.

Luz y Fernando no entendían qué estaba pasando. Ella trató de interrogarlo para ver si sospechaba algo, pero él se adelantó a sus intenciones y le aconsejó que fuera. Luz hacía tiempo que no frecuentaba la casa del embajador. Antes, cuando las relaciones entre las dos parejas estaban mejor, solía ir con Fernando a bañarse a la gran piscina de Vicuña Mackenna.

—Andá, debe ser para alguna boludez que se le ocurrió al vivo de Oscar y necesita tu asesoramiento. No te pongás nerviosa —dijo Fernando traspasando su tranquilidad a la novia.

En la puerta, del edificio estaba el auto Mercedes Benz 230, año 1990, del embajador argentino. Su puerta, abierta, esperando que la funcionaria Cassis lo abordara. No habló ni una sola palabra durante el trayecto y desvió la vista cada vez que el chofer la miraba por el espejo retrovisor.

En menos de quince minutos arribó a la embajada, se bajó del auto e ingresó a la residencia. El chofer la guió hasta la oficina en que supuestamente estaba el embajador. Este, sin embargo, no se encontraba solo. Lo acompañaba el ministro consejero Jorge Marcelo Faurie.

Luz no pudo dejar de pensar en los innumerables comentarios entre los empleados de la representación de que Faurie era homosexual. Incluso, algunos imitaban su ademanes y forma de hablar. Sin que él se enterara, claro.

—La estábamos esperando —dijo Spinosa amablemente.

—Me imagino, embajador, pero, ¿me puede decir para

qué me hizo venir a la embajada un día sábado? —inquirió Luz.

El embajador habitualmente se sentía molesto por el tono en que Luz solía dirigirse a él. Nunca le gustaron las mujeres que sobresalían profesionalmente y menos si éstas trabajaban bajo su mando. Luz era el prototipo de lo que el embajador repudiaba.

—¿Quiere un café? —preguntó Faurie.

En tono despectivo, casi sin mirarlo, Cassis le rechazó la oferta, y dijo:

—Por favor, vamos al grano, no tengo la intención de pasarme el fin de semana dentro de este mausoleo.

El embajador y el ministro consejero se miraron con complicidad, pero fue Spinosa quien habló.

—Mirá, Luz, tu noviecito Fernando es un boludo. Nos echó a perder el negocio y eso no se lo vamos a perdonar. Te hice venir acá para que le digás que si no se va de Santiago en veinticuatro horas, le mando a matar al pibe que tiene en Buenos Aires.

¿Está claro?

La consejera Cassis se apoyó en el piano que estaba detrás de ella y buscó la mirada de Faurie. Este le sonrió y bebió un poco de café. Un tanto pálida por lo que había escuchado, les dijo:

—Me están cargando. No puede ser en serio lo que me dice. Es una locura.

—Para nada, amiga mía —dijo el embajador. Si ese boludo no se va, doy orden que liquiden a su hijo. ¿Fácil, no?

—¿Qué negocio les echó a perder Fernando? —preguntó Luz.

—Vos no te metás y hacé lo que te digo —ordenó Spinosa.

—Si quiere, digásele usted, porque yo no seré portadora de una amenaza de muerte y menos a un pibe de tres años —dijo Cassis, y se fue.

Menos de doce horas después, en pleno febrero de

1991, partió un avión desde el aeropuerto de Santiago. En su interior viajaba el ahora ex encargado de prensa de la embajada Argentina en Chile.

Mientras tanto, en Santiago, a una Luz Cassis aún atónita por la experiencia vivida le daba vuelta una frase que Fernando le había dicho pocos días antes: "Oscar anda en un negocio de armas con los Luksic."

El embajador, por su parte, dio orden en Miraflores para que no dejaran entrar a Fernando Frazzoni y la explicación oficial que dio fue que había encontrado en su closet un paquete con un polvo blanco que parecía cocaína.

—Un día el embajador contó que Fernando se había querido pasar de listo y que le estaba cobrando una comisión por la cocaína que le traía. Por eso, dicen algunos, lo habría echado. A mí me parece que hay algo más pesado en esta historia —señaló al periodista alguien que vivió el conflicto por dentro.

La versión de Spinoso es otra y apareció publicada en la revista *Gente*.

—Pero usted mismo contó a sus amigos que tuvo que echar a otro empleado de la embajada... por consumo de cocaína —dijo el periodista argentino a Spinoso Melo.

—Mentira. Lo que pasa es que un día encontré en uno de sus placards una bolsita de polvo blanco.

—¿Usted acostumbraba a revolver los placards de sus empleados buscando cocaína?

—No, fue una casualidad y, además, no sé si lo que encontré fue cocaína.

—¿No se lo ocurrió mandar a analizar ese polvo blanco?

—Sí... Claro.

—¿Cuál fue el resultado?

—No pienso decírselo... Al empleado lo embarqué en el primer avión de vuelta a Buenos Aires, y el episodio terminó.

Sin embargo, existe otra versión sobre las causas del alejamiento de Frazzoni de la embajada en Santiago. Después de que Fernando dejó su departamento de Luz 2906 y se trasladó a vivir a la casa de su novia, la cuenta del alquiler debía cancelarla Spinoso Melo quien, entusiasmado por la experiencia vivida en la casa de un empresario chileno, había decidido tener un escenario privado para sus fiestas íntimas.

Un día, sin embargo, Fernando notó que a su sueldo le restaban las cuentas del departamento que usaba el embajador y se lo hizo saber. Discutieron.

Esa noche, como casi todos las semanas, Spinoso fue al cabaré Emanuelle en busca de aventuras. Lo hizo solo y, ya en el interior, bebió y jaló más de la cuenta y comenzó a sentirse mal. Mario Fonccino, el dueño del lugar, que extrañamente se encontraba presente, le recomendó que se fuera a su casa a dormir un poco. Antes que el diplomático alcanzara a recorrer el espacio que separaba el toldo rojo del lugar y su Mercedes Benz 230 E, patente DL 6765, fue interceptado por dos jóvenes que supuestamente le enseñaron algo parecido a unas placas de la policía civil. Uno de ellos se retiró y el otro se subió con el embajador en su lujoso automóvil azul metálico. Al rato, no más de media hora después, Oscar Spinoso volvió hasta el cabaré e ingresó nuevamente al lugar.

—Aló, prefecto. Mire, le habla Pérez del diario *La Tercera*. Sabe, me llegó un informe anónimo de que uno de sus hombres detuvo ayer al embajador argentino en Santiago a la salida de un cabaré, en la Portada de Vitacura, y que al parecer le pidió coima. Dicen que este gallo iba con coca y el policía se subió al auto con él y después lo dejó en libertad. Como a la media hora.

—¿Quién le dio la información?

—Es de confianza. No le puedo dar el nombre, pero vio toda la escena.

—¿Está seguro que era de Investigaciones?

—El que lo vio dice que sí, pero puede estar equivocado.

—Okey, voy a investigar y le cuento.

—Oiga... acuérdesse que la primicia es mía.

—No se preocupe. Muchas gracias por avisarme.

En Investigaciones, la Brigada de Narcóticos se puso a chequear la información y descartó que uno de sus hombres hubiera chantajeado al embajador. Se determinó que era efectivo que el diplomático consumiera cocaína y pudo identificar al hombre que se subió al auto con Spinosa.

—Aló, Pérez, habla Sanfuentes. Tenía usted razón. Este embajador anda en malos pasos y le hace a la coca, pero ninguno de mis hombres está vinculado con él.

—¿Y quién lo chantajeó?

—No lo publica y se lo digo.

—Mmmm.

—El hijo del general de la Fuerza Aérea, Ramón Vega. Siempre anda en el lugar y se hace pasar por policía. Parece que tiene una chapa parecida y coínea a sus víctimas.

—¿Van a investigarlo?

—¿Qué cree usted?

—¿Y lo del embajador?

—El director, después que le entregamos un informe, dijo que no nos metiéramos en líos con un embajador y menos de la Argentina. Y usted, ¿qué va a hacer?

—Lo mismo que ustedes, olvidarme del asunto.

Fue en ese marco de conflicto para el embajador que Fernando Frazzoni, enojado por lo del departamento, fue hasta el Emanuele y compró la cuota semanal de cocaína de Spinosa, 200 mil pesos, diciéndole a todos que era para el jefe de la delegación argentina. Un amigo de Oscar, al enterarse de esta situación, llamó a Spinosa y se lo hizo saber. Al día siguiente, a pesar de ser feriado, el diplomático mandó a buscar a Luz para que le dijera a su novio que se fuera. El negocio estaba en riesgo. Lo

hizo a pesar de saber que Fernando tenía cuentas por pagar por 49 mil dólares a una agencia de viajes.

El episodio, sin embargo, no terminó con las fechorías de Spinosa. Por el contrario, fue el comienzo de una serie de hechos que fueron destruyendo su débil personalidad y adentrándolo en un ambiente que difícilmente sería capaz de controlar. El embajador, por otra parte, recibía amenazas de muerte y estaba comprometido en una operación política que complicaba su relación con los uniformados chilenos.

LA VIOLACION

Los días ESTABAN calurosos en Santiago y Marilú y su esposo no hacían más que hablar de Punta del Este. La capital chilena los mataba en verano, no sólo por el clima, tal vez bastante mejor que el de Buenos Aires, sino por el aburrimiento. La escasez de teatros y lugares para divertirse, de actividad social y de amigos comenzaba a notarse entre enero y marzo.

Era una estampida vacacional y ellos debían quedarse al pie de la embajada. Guillermo Luksic los había invitado una vez más, a Hornos, la playa en el norte de Chile, pero habían tenido que correr el convite por los compromisos que Oscar tenía en Santiago. Además, por esas días de 1991 se preparaba en Buenos Aires la visita a Chile del jefe del Estado Mayor del Ejército, Martín Bonet. Era el 13 de febrero.

Esa misma mañana, desde la Argentina, le confirmaron a Hipólito que el jefe del Estado Mayor del Ejército de su país, Martín Bonet, había aceptado la invitación que le hacía el general Augusto Pinochet y que llegaría a mediados de marzo a Santiago por tres días. La misma información se manejaba en La Moneda y en la Comandancia en Jefe del Ejército chileno.

Cualquiera que leyera los diarios por esos días, aun siendo extranjero, sentía la tensión en el ambiente político. En abril del año anterior, Patricio Aylwin había creado la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación que presidió el ex senador radical Raúl Rettig. Tras un arduo trabajo, el grupo de notables le había entregado al presidente chileno el ansiado informe sobre las violaciones a los derechos humanos ocurridas en Chile entre septiembre de 1973 y marzo de 1990.

Aylwin llevó a sus vacaciones los pesados tomos que contenían la información de la violencia política y preparaba concienzudamente su discurso para dar a conocer al país los resultados de la investigación. El Ejército y las Fuerzas Armadas en su conjunto se sentían amenazados por lo que el Informe Rettig pudiera contener. Pinochet estaba realizando diversos contactos políticos, ante la eventualidad de un golpe contundente tras el informe.

La llegada de Bonet era considerada en el Palacio de Gobierno como un ardid político del general chileno para demostrar, frente a los estrategas civiles, un respaldo castrense internacional ante los ataques que podrían sobrevenir tras la divulgación de la verdad.

Un funcionario de gobierno, vinculado al ministro del Interior de Aylwin, le solicitó audiencia a Spínosa y le explicó el asunto.

—Embajador, el Presidente vería con muy buenos ojos que usted hiciera algo para evitar que Bonet esté en Chile pocos días después que la Comisión Rettig dé a conocer su informe. Usted sabe, la presencia del general argentino sería interpretada como un apoyo a Pinochet. Y nosotros queremos explotar las flaquezas de este caballero para debilitarlo políticamente.

—Me está pidiendo mucho y además me compromete. Usted sabe que tengo buenas relaciones con el Ejército chileno. Soy amigo del general Pinochet, de Garín y también de Salas Wenzel.

El embajador, por otra parte, no podía olvidar la dis-

cusión que había tenido con el ministro Silva Cimma cuando el colaborador de Patricio Aylwin quiso condecorar al ex presidente argentino Raúl Alfonsín. El ex mandatario de la Unión Cívica Radical había sido extremadamente solidario con la oposición política al gobierno militar, y la administración democrática quería rendirle un homenaje cuando estuviera en Chile. Spínosa, al enterarse por boca del propio canciller Silva Cimma, insultó al ministro y amenazó con romper relaciones. Le dijo, además, que un homenaje a Alfonsín era una ofensa a Carlos Menem y que él, siendo embajador, no toleraría una afrenta de ese tipo.

Spínosa, por lo demás, había combatido con todas sus armas a quien consideraba un gramsciano nefasto para su país: Raúl Alfonsín. En el café Florida Garden de Buenos Aires se juntó, durante gran parte de la administración de Alfonsín, con el periodista Guillermo Cherasny, Miguel Bressano, Luis Santos Casale, Juan Pablo Lolhe y un torturador de apellido Maco.

Todos ellos criticaban duramente al mandatario electo en 1983 y buscaban la forma de desestabilizar su administración. Los encuentros eran semanales en el café que se sitúa en la esquina de Paraguay y la concurrida peatonal Florida. El mismo tiene dos pisos, en el primero el café se sirve no sólo en las mesas sino también de pie, en el segundo hay mesas y los mozos se distinguen por la blancura de sus chaquetas. Otro aspecto que destaca es la gran cantidad de cobre que los decoradores utilizaron en el interior del local y el exquisito aroma a café express que emana de las máquinas de vapor.

Después de ese episodio de la condecoración, especialmente por la forma en que trató al veterano dirigente radical, las relaciones entre Spínosa y el gobierno chileno quedaron rotas. Ahora, con este pedido de que intercediera frente a Bonet para que no viniera en marzo, el embajador tenía a la administración chilena en el puño.

—Pero esto se lo pide el gobierno de Aylwin.

—Como Pinochet me pidió que intercediera ante Menem para que llegara antes de la transmisión del mando y lo saludara como presidente antes de abandonar el cargo.

—Y usted lo logró.

—Pero Menem es mi amigo, a Bonet casi no lo conozco y el Ejército argentino es difícil.

Spinosa se había anotado un punto importante un año antes de este episodio. Había invitado a Santiago a su amigo Rosendo Fraga, titular del Centro de Estudios para la Nueva Mayoría y experto en temas de Defensa. La oportunidad la aprovechó para reunir en la embajada argentina a civiles y militares. Eso ocurrió en noviembre de 1990 y era una época particularmente tensa en las relaciones entre el gobierno de Patricio Aylwin y las Fuerzas Armadas chilenas. Sin embargo, logró que fueran hasta su residencia funcionarios de la Cancillería, el ministro secretario general de la Presidencia Edgardo Böeninger, los cuatro subsecretarios de Defensa, Marcos Sánchez, Tomás Puig, Mario Fernández y Jorge Kinderman, los jefes del Estado Mayor del Ejército, la Fuerza Aérea y la Marina, parlamentarios de oposición y altos funcionarios de Carabineros. Este encuentro lo colocó como mediador entre civiles y militares, o al menos así lo creía, y muchas veces dijo que sólo él podía garantizar las buenas relaciones entre las Fuerzas Armadas de ambos países.

—Al menos lo intentará —insistió el funcionario del gobierno chileno.

—Usted sabe que para un peronista no hay nada mejor que otro peronista. Voy a llamar al ministro de Defensa, que es mi amigo, y veré qué se puede hacer. Pero de esto, mi querido amigo, nada. Si Pinochet se entera me mata.

—No se preocupe, por el mantenimiento de las buenas relaciones cívico militares, nosotros tampoco queremos que se sepa que tuvimos algo que ver, si es que se logra, en el aplazamiento de la visita de Bonet.

En menos de dos días, tanto en la casa de gobierno chilena como en la Comandancia en Jefe, se enteraron oficialmente que, por razones personales, Martín Bonet no podría venir a Chile en marzo. El ministro de Defensa argentino recomendó al jefe del Ejército, por insinuación de Spinosa, que no estuviera cerca de Pinochet para la revelación de la verdad porque eso, de una u otra manera, salpicaría a su institución. Bonet entendió que había razones de Estado que no podía obviar.

Spinosa, sin embargo, no se quedó tranquilo por la gestión que había hecho en favor del gobierno de Aylwin. Fue al Palacio de La Moneda y pidió protección policial. Adujo que notaba que lo seguían y que podían, incluso, atacar contra la embajada o contra su mujer.

Cuando abandonó La Moneda tras entrevistarse con el ministro del Interior Enrique Krauss, vigiló durante todo el camino por la ventana trasera de su Mercedes. Ese día comenzó su paranoia y contrató personal de seguridad para que acompañaran a Marilú a todas partes.

Esa noche no durmió bien. Estaba inquieto y despertó a su esposa. Eran cerca de la una de la madrugada y le pidió que se vistiera porque irían a tomarse un trago al Maeba, el cabaré de la Portada de Vitacura, cerca de donde había vivido Fernando Frazzonni. Solía hacer eso con Marilú y ella aceptaba a regañadientes. Sentía que era su deber de embajadora velar porque su marido, si volvía ebrio o drogado, al menos lo hiciera con ella de compañía y no con una mujerzuela cualquiera.

En el cabaré era el rey. Todos lo conocían y las mujeres se abalanzaban sobre él. Su bebida preferida era el champán, aunque a veces tomaba whisky con soda y hielo. Una vez dentro del lugar, olvidaba a Marilú, quien quedaba a expensas de cualquier hombre que se le acercara, mientras él se rodeaba de chicas que sabían lo gastador y simpático que era con ellas el atípico embajador argentino.

Esa noche estuvieron hasta las cuatro de la madrugada. Spinosa dijo que su abultada cuenta la mandaran a la embajada, y nadie protestó: se habían acostumbrado a que los cheques llegaran desde la misma representación diplomática.

No pudieron dormir mucho. Llevaban menos de dos horas acostados cuando un llamado de urgencia los despertó a ambos. Marilú escuchaba atónita y apenas entendía de qué se trataba. Intentó preguntar pero Spinosa ignoró su voz.

—¿Y cuándo fue eso? ¿Anoche? La puta madre que los parió

—¿Y quién va a ser, boludo? Los milicos no me perdonan que haya impedido la visita de Bonet. Es una advertencia, una amenaza, me quieren joder a mí estos hijos de puta. La cagué, no tendría que haberme metido en este lío. ¡Me van a fajar! Quién mierda me mandó a hacerle caso al boludo ese de Interior. ¡Soy un forro!

—Está bien. Andá a averiguar más detalles y me llámame de vuelta.

Pocas horas después el embajador se había hecho un cuadro de la situación. Un grupo de delincuentes había ingresado a la casa de un funcionario de la embajada argentina en Santiago con la clara intención de robar. Sin embargo, el encontrarse con gente dentro de la residencia los maniataron y redujeron en seguida. A la mujer del funcionario diplomático le amarraron las manos y le pusieron un pañuelo en la boca.

Mientras uno de los antisociales buscaba alcohol en el bar, otros dos procedieron a desvestir a la mujer ante la mirada desesperada de su esposo. En breves segundos, uno de los delincuentes pasaba un cuchillo por los pezones de la aterrada víctima e intentaba besarla, mientras el otro la sujetaba firme por la espalda. El diplomático intentó pararse, pero fue rápidamente detenido de un culatazo en la nuca que lo dejó semiinconsciente. Poste-

riormente, y mientras dos vigilaban a la familia y al personal de servicio, los otros delincuentes subieron a la esposa del funcionario a la mesa del comedor diario de la cocina y cerraron la puerta. Sólo se escucharon los gritos desesperados de la mujer y las groserías que los antisociales eructaban mientras abusaban de la indefensa señora.

Para Spinosa no cupo duda que se trataba de una advertencia de los aparatos de seguridad del Ejército chileno por su vinculación con la postergación del viaje de Bonet. Nuevamente fue a La Moneda, al Ministerio del Interior, a solicitar protección policial para todo el personal diplomático argentino en Chile. El ministro Enrique Krauss no lo recibió y debió esperar hasta que otro funcionario atendiera su pedido.

Mientras, se sentó a ordenar algunos papeles en uno de los trece bancos que se encuentran en el Patio de Los Cañones, uno de los dos que tiene la Casa de Gobierno chilena. En ese lugar se ubican las puertas de ingreso al Ministerio del Interior y a la Secretaría General de la Presidencia. En el patio están graciosamente distribuidas diez macetas grandes, cuatro con flores y seis con plantas y todo se ilumina con cuatro postes de luz, cada uno con su farol de vidrio.

El lugar debe su nombre a dos viejos cañones que apuntan hacia la puerta que da a la calle Moneda. El otro patio es el de "los naranjos" y se lo denomina así por una cincuentena de árboles que dan naranjas, y que se encuentran a los costados de una pequeña fuente de agua.

Mientras esperaba Spinosa se percató de que dos cámaras de televisión apuntaban sus movimientos y vigilaban el incesante paso de civiles y uniformados. Posó su vista en un enorme escudo chileno forjado en hierro que se encontraba en una gran puerta que separaba ambos patios.

Muchas veces el embajador había estado en La Moneda, primero con Pinochet y luego con Aylwin, y siempre se preguntaba si este Palacio guardaría alguna similitud con el que visitaba su padrastro en la década del 60.

Antes de que su reloj marcara diez minutos de tensa espera, se paró del lugar en que había sentado su impaciencia y caminó para inspeccionar unas mangueras contra incendio que salían de una de las paredes laterales del edificio. De pronto se le vinieron a la mente las imágenes que había visto de La Moneda incendiándose tras el golpe militar de Pinochet y no pudo dejar de pensar si aquellos hules para matar el fuego estarían disponibles el 11 de septiembre de 1973.

Al rato una de las secretarias le avisó que sería recibido por el jefe de Gabinete del ministro del Interior. El funcionario intentó convencerlo de que el asalto a la casa del diplomático argentino era un "hecho meramente delincencial, sin ninguna implicancia política".

Molesto por la indolencia con que actuaron los funcionarios chilenos, Spinosa volvió a su residencia. En ella, muy afligidos, estaban el funcionario y su esposa relatándole a Marilú lo ocurrido. Al embajador, con el correr de las horas, la historia ya no le pareció tan dramática y cuando se fueron sus compatriotas, sólo atinó a decir: "A esta mina no me la cogería aunque me pagaran".

El argentino cuya casa fue asaltada y su mujer ultrajada fue trasladado de Chile a Barcelona, por resolución 543, el 13 de mayo de 1991, apenas tres meses después de la dramática experiencia vivida en Santiago.

EL SUBSECRETARIO

TRAS LA VIOLACIÓN de la mujer argentina, las relaciones entre Spínosa y las autoridades chilenas no quedaron en un buen pie. El embajador percibía cierta delatitud del gobierno de Aylwin para enfrentar la situación y notaba que sus quejas no eran tomadas en serio. El grado de simplicidad que le daban a sus reclamos aumentaba su paranoia. Detrás de todo lo ocurrido, pensaba que había una campaña antiargentina. Intentó acercarse, en más de una ocasión, al subsecretario de Relaciones Exteriores, Edmundo Vargas Carreño. No lo consiguió, pero finalmente éste se comunicó con el diplomático argentino.

Edmundo Vargas Carreño no estaba pasando por momentos gratos en la Cancillería. A una carta de supuestos funcionarios de su ministerio, publicada en la revista *Análisis*, se sumaba un ofensivo anónimo que circulaba por las oficinas del servicio exterior.

Todo comenzó cuando dos sujetos desconocidos ingresaron silenciosamente en el viejo edificio que antiguamente cobijaba al Congreso Nacional, y dejaron en todas las oficinas una circular titulada "¡El circo, llegó el circo, el circo, ya viene el circo...!". Luego otros, que prontamente no participaron en su elaboración, pero al compor-

tían su contenido, los ubicaron en los escritorios de los funcionarios de más rango. El anónimo, en papel *couché* e impreso con tinta azul en la supuesta imprenta "Chamullito", hacía severas críticas al manejo administrativo del servicio exterior.

Pero Edmundo Vargas no estaba tan enojado por la forma en que los anónimos diplomáticos se referían al proceso interno de calificaciones de la Cancillería chilena, sino porque el ofensivo papel descubrió el sobrenombre que le habían puesto sus compañeros de Universidad: "el cara de poto".

Eran varios los funcionarios aludidos en el papel. Estaban Carlos Klammer, director de Protocolo, y Germán Guerrero. Uno de los casos más cómicos, sin embargo, narraba la obtención del premio porno 91. Este, de acuerdo al anónimo, había sido entregado "a José Luis Cicciolino Ilabaca Orphanoroulos por su destacado trabajo como director y actor en el perfumado film Coitos Especiales". Ilabaca, ahora con rango de cónsul, tuvo una destacada trayectoria en el servicio exterior chileno durante el régimen militar. Ingresó a la planta de la Cancillería directamente como primer secretario y por esto fue catalogado de "ventanero". Es decir, un diplomático que ingresa por la ventana y no hace la carrera normal.

La versión de los funcionarios de la Cancillería es que Ilabaca mandó en la valija diplomática un perfume para la que había sido su secretaria en Santiago. Sin embargo, el destino le jugó una mala pasada y el frasco se rompió, lo que obligó a los funcionarios a abrir el paquete. Al hacerlo se encontraron con un video que, de más está decirlo, debe ser visto antes de ser ingresado al país. En ese video, de acuerdo a los testimonios, aparecían bastante ligeros de ropa el diplomático y su secretaria. Circuló profusamente por la Cancillería y fueron muchos los que tuvieron la ocasión de ver actuar al cónsul Ilabaca.

Tras leer el anónimo Carlos Klammer respiró aliviado.

Se lo relacionaba con un negocio de muebles del hermano en el interior de la Cancillería chilena, pero se obviaban dos aspectos de su vida que solían intranquilizarlo. Ambos casos estaban radicados en la Justicia y cualquiera que quisiera hacerle daño podría haber tenido acceso a los procesos judiciales que se sustanciaron. Uno de ellos, que lo tuvo complicado por más de dos años, era un "cuasi delito de homicidio": Klammer atropelló a un hombre que cruzó la calzada descuidadamente en 1989. La versión de Carabineros, avalada por la justicia en primera instancia, señalaba que el diplomático se fugó tras embestir a la víctima. Por ello fue condenado en 1990. Posteriormente, a pesar del dictamen del fiscal, que recomendaba la confirmación plena de la condena, la Corte lo absolvió por los testimonios de dos amigos y funcionarios subalternos de él, que decían que Klammer se había quedado y socorrido a la víctima. Fue declarado inocente en 1991 cuando se desempeñaba como director de Protocolo de la Cancillería y su figura aparecía íntimamente ligada, especialmente en los viajes al extranjero, con la del primer mandatario. Sin embargo, nada de esto ni otros asuntos mencionaba la carta clandestina distribuida en el viejo recinto del Congreso Nacional.

Vargas Carreño es gordo y bajo, más bien insignificante y sin pinta de ser un hombre del mundo de la diplomacia. Sin embargo, se las ha ingeniado para mantenerse cerca de la vida de las relaciones exteriores y, poco a poco, se fue convirtiendo en un experto en el tema internacional. De filiación demócrata cristiana, nunca se alejó del ámbito de la cancillería y de la Armada, incluso durante el gobierno militar, y mantuvo su grado de influencia en todas las decisiones que durante los últimos veinte años se han tomado en el área internacional. Tras el incidente que involucró al cónsul y su esposa, el subsecretario se acercó a la embajada argentina y estrechó relaciones con Spinosa Melo.

En una visita le solicitó, atendiendo a las buenas relaciones que tenía el diplomático trasandino con el Ejército chileno, que le preparara un encuentro con el general Pinochet. El funcionario de la administración Aylwin no había tenido la oportunidad de conversar con el ex dictador y necesitaba de una ocasión especial para hacerlo. Spinosa aprovechó la visita del general Martín Bonet en abril de 1991 para convidar a Pinochet y a su esposa, Lucía Hiriart, a una recepción en su residencia. Luego de invitarlos, avisó al subsecretario que todo estaba arreglado y que tendría su gran oportunidad de dialogar con Pinochet. Lo que no supo Spinosa, aunque conjeturó mucho al respecto, es qué era lo que el internacionalista quería hablar con el comandante en jefe del Ejército.

Intrigado, y más por curiosidad que por un verdadero interés, solicitó a algunos de sus ayudantes que buscaran en el pasado del subsecretario los elementos que podían justificar un encuentro de esas características. Y sus hombres los encontraron.

El funcionario había estado desde su juventud estrechamente ligado a la Armada. En la década del 60 siguió el curso de oficial de justicia naval y se relacionó con su profesor guía, el comandante Sergio Rillón, uno de los asesores favoritos del general Pinochet. En octubre de 1973, después del golpe militar, fue contratado por la Cancillería como experto en materias limítrofes y comenzó a desempeñarse en la Dirección de Fronteras y Límites del Estado. Menos de seis meses después, y a pesar de ser un hombre de la DC, le fue encargada la delicada misión de presidir la comisión examinadora de los funcionarios que postulaban para ingresar al servicio exterior. En esos años, más de cincuenta diplomáticos fueron exonerados y luego reemplazados por gente de confianza del régimen entrante. Entre 1970 y 1974 fue asesor jurídico de la Armada y de la Junta Militar en asuntos internacionales junto a destacados militares ultraderechistas.

Entre 1974 y 1976 representó al gobierno militar en el Comité Jurídico Interamericano de la OEA con sede en Río de Janeiro, Brasil. Posteriormente, y con el apoyo de la Armada y del gobierno de los Estados Unidos, fue designado como secretario ejecutivo de la Comisión de Derechos Humanos de la misma organización, trasladándose a Norteamérica. En el país del Norte se relacionó con el general Sergio Covarrubias y con Lucía Avetikian, diplomática chilena del círculo íntimo de Lucía Hiriart, la esposa del general Augusto Pinochet. Las condenas al gobierno de Pinochet por violaciones a los derechos de las personas sintomáticamente perdieron relevancia y fueron muy escasas a partir de esos años.

—Y... ¿esto es todo? —inquirió el embajador a su informante.

—No, espere, escuche lo que sigue, que es lo más sabroso.

—Leé rápido, amigo.

—Este señor estuvo estrechamente vinculado a personas que se conectaban con la DINA, organismo represivo y de Inteligencia creado por Pinochet. El caso más relevante son sus nexos con Gerardo Roa Araneda, ex miembro de la aviación, que se desempeña actualmente en la Intendencia de Santiago. El subsecretario, además, frecuentaba asiduamente el departamento que Roa tenía en Río de Janeiro, ubicado en el octavo piso de Rua Figueiredo Magalhaes 820. Participó activamente en reuniones efectuadas en las oficinas de Lan Chile en la ciudad brasileña.

—¿Quién es Roa Aravena?

—Roa Araneda, ARA-NE-DA, tenía vínculos con Osvaldo Romo, un agente de la DINA y ha sido sindicado como uno de los responsables de la denominada Operación Colombo...

—¿Qué es eso? —interrumpió Spinosa.

—En la década del 70, presionado por los organismos internacionales que reclamaban por la situación de las

personas desaparecidas, el gobierno de Pinochet montó una operación de distracción. Se publicaron los nombres de 119 personas detenidas por la DINA y que habían desaparecido en Chile. De ellas se decía que habían muerto en enfrentamientos internos de las organizaciones revolucionarias. Roa y dos periodistas participaron del montaje en Brasil. Se dice que el cerebro de la operación fue el subsecretario.

—¿Quién lo dice?

—El propio Roa.

—¿Qué más tenés por ahí...

—Bueno, el subsecretario participaba en las reuniones privadas que Roa organizaba en Río. A ellas asistían, además de Roa y Vargas, el agente de Lan Chile en esa ciudad, Eugenio Ferrari, el general Julio Tapia Falk y los oficiales de Ejército Humberto Gordon, que posteriormente fue jefe de la Central Nacional de Informaciones (CNI), órgano que suplantó a la DINA, y Pedro Espinoza, el segundo de la DINA después de Manuel Contreras Sepúlveda.

También el hombre se reunía frecuentemente con el agregado naval chileno en Brasilia, de apellido Sabugo, y con el periodista Jaime Valdés.

—¿Qué hijo de puta, mirá cómo se acomodó en democracia con ese curriculum. Ahora tendrá miedo que Pinochet cuente algo o querrá negociar. Está bien, mi amigo, me ha hecho un gran servicio a mí y al presidente Menem. Buen trabajo. Pero, una última pregunta: ¿de dónde sacó tanta información?

—No me fue difícil porque hay gente en la DC que no quiere mucho a Vargas Carreño. No tengo todo confirmado, pero lo grueso de lo que le he dicho está escrito y firmado en una presentación hecha a la Comisión Chilena de Derechos Humanos. Puede que haya detalles que no estén correctos, pero las fechas y los lugares coinciden. Además, he conseguido los datos de nombramientos y otros antecedentes concretos que avalan la historia.

—Pero también puede ser una flor de huevada. Mirá vos, te tengo para investigar y agarrás un papelito, que puede ser o no verdad, y me lo traés como si hubieras estado siguiendo al tipo los últimos veinte años. Andá a cagar. Qué joda, el boludo de mi antecesor me dejó una manga de patanes hijos de puta.

Su intervención en asuntos internos y algunas investigaciones que encargaba, a veces con seguimientos, fueron incomodando al gobierno chileno. Cada mes que corría de 1991, Jorge Marcelo Faurie, su fiel colaborador, recibía muchas quejas por el comportamiento del embajador Spinosa y le solicitaban que intercediera ante su gobierno para que silenciosamente removieran al diplomático de sus funciones en Santiago. Estas quejas, por lo menos por boca de Faurie, no llegaban hasta los oídos de la Cancillería argentina.

AMENAZA Y CONFESION

UN HOMBRE MISTERIOSO, vaya a saberse con qué intención, se acercó nerviosamente hasta una de las nuevas casetas telefónicas de Santiago para hacer una llamada. Los llamantes aparatos habían sido instalados por la compañía chilena que, por esos meses, recibía una fuerte inyección económica de su par española. No sólo se podía repetir el llamado sino que, además, la caseta tenía su propio número y recibía las comunicaciones que venían desde otros teléfonos. Como hongos, los aparatos públicos comenzaron a diseminarse por Santiago.

Eran la novedad y, más de algún viejo luchador contra el régimen de Pinochet se quejó de que los mismos no hubieran sido instalados en la dictadura.

—Te imaginas. Podríamos haber hecho puntos, comunicado atentados o amenazado. Sin necesidad de correr riesgos. Sobre todo las comunicaciones entre nosotros. A tal hora en tal teléfono, sin problemas...

El hombre sacó una pequeña libretita negra y nerviosamente colocó una moneda de 50 pesos en la ranura correspondiente. Luego, discó el número de la embajada argentina en Santiago.

—A ver: 2226612. Me hubiera resultado más fácil aprendérmelo de memoria —pensó.

Luego de los sonidos característicos se produjo la comunicación.

—Embajada Argentina, buenas tardes.

—Tu embajador está muerto —dijo la voz con acento chileno al telefonista de la representación diplomática.

Antes que alcanzara a preguntar quién era o simplemente a qué se refería, la comunicación se interrumpió. Todo llegó a oídos de un guardia de seguridad de la embajada que inició la investigación correspondiente y alarmó, aún más de lo que estaba, al paranoico Oscar Spinosa Melo.

A las pocas horas, Spinosa denunció el hecho al gobierno chileno y se lo contó a todos los embajadores acreditados en Santiago. Estos últimos, por esos meses, no tomaban ya en serio a su colega argentino y se notaba el vacío que le hacían en las recepciones. Inició gestiones para entrevistarse con Pinochet y, para lograrlo, llamó al que había sido ministro de Relaciones Exteriores del general en la última etapa de su gobierno, Hernán Felipe Errázuriz.

El hombre, además, había sido uno de los tantos amigos que Oscar tuvo a fines del 50, cuando su padraastro fue nombrado embajador en Santiago. En esos años se contactó con Mario Salinas, apodado el "negro", y el actual subdirector de Protocolo de la Cancillería chilena, Patricio Balmaceda.

Con ambos cultivó una férrea amistad que se terminó con la partida de Oscar a Buenos Aires. El hándicap que entonces tenía el argentino con sus amigos era su bella e impresionante hermana. La niña, algunos años mayor que él, impresionaba a todo chileno que se acercara. Y, con el pensamiento de que por las ramas se llega al tronco, muchos interesados en la argentina se acercaban a Oscar y tenían que, finalmente, conformarse sólo con ser buenos amigos del hijo del embajador. Su hermana se convertía en un sueño.

A ese amigo de la adolescencia que después lo vería

en distintas partes y también en algunas casas no santas del Gran Santiago, Spinosa le pidió que le preguntara a Pinochet qué sabía de la campaña en su contra: primero el cónsul, luego la amenaza.

El general sólo aceptó reunirse con el embajador en su casa y aprovechó la recepción a Martín Bonet, en abril, para decirle que ni el Ejército ni nadie en Chile estaba interesado en causarle ningún daño.

Pero Spinosa Melo estaba convencido de que lo querían asesinar e violar a su mujer. Le puso un guardaespaldas a ella, de nombre Aníbal, que la acompañaba a todas partes. El se hizo cuidar por un colaborador del juez argentino y miembro de la Corte Suprema Enrique Petracchi. También se compró tres revólveres y siempre llevaba uno encima, con el seguro destrabado, listo para disparar si era atacado.

—¿Y si intentan liquidarte de otra forma? —le comentó una amiga aficionada a la magia negra.

—¿A qué te referís? Dale. ¡Hablá claro!

—No sé. Existen tantas formas de acabar con un hombre sin disparar un tiro. Te pueden envenenar lentamente o con algo de magia. Ay, Oscar, tú sabes.

La mención de la magia lo descolocó. Tenía guardaespaldas, pistolas, seguridad por todas partes, pero a nadie que lo protegiera de algo maligno. Convencido, y cada vez más paranoico, consiguió que una "bruja" se trasladara a vivir con él a la mansión de Vicuña Mackenna.

Esa noche, recién después de un mes, durmió tranquilo. Se sentía seguro pero todavía tenía la idea de que su mujer lo estaba engañando. Su matrimonio no funcionaba, y Oscar veía cómo Marilú inexorablemente se le alejaba. Empezó a sospechar de una relación amorosa entre su esposa y el empresario. A imaginarse que ella, al igual que la mujer del hombre que lo invitó a las fiestas del quinto piso, se prestaba para toda clase de juegos sexuales con su amigo chileno. Desbordado por la situación, le pidió a Arturo Aldunate, amigo de juergas, que lo acom-

pañara al doctor, en la calle Andrés de Fuenzalida, en Providencia, y que después charlaran tomándose un trago.

Arturo le dijo que no podría ir con él al médico, pero que se juntaran en el café Tavelli de Drugs Store, a la salida de la consulta.

A ese lugar el diplomático llegó media hora antes, pues su médico lo atendió anticipadamente. Arturo Aldunate, sin embargo, se demoró más de la cuenta. Spinosa pidió un café capuchino y se sentó en una mesa desde la que podía ver las dos puertas de ingreso. Se puso a escribir unas notas en la servilleta y a esperar pacientemente. En ese café, para ser menos de las doce del mediodía, había de todo. Parejas de homosexuales, ancianas, extranjeros, mujeres solas y otras muy mal acompañadas. La vista del embajador se posó sobre una hermosa mujer embarazada que leía una revista de modas mientras tomaba un jugo de naranjas. No pudo dejar de fantasear con ella. Todavía tenía marcados los pasajes del libro *Divorciados*, en que el protagonista narra sus íntimos deseos de hacer el amor con mujeres encintas, especialmente por la presión que el vientre hinchado hacía sobre su cuerpo. A él, además, le entusiasmaba la idea de cogerse a una mujer que esperaba un hijo de otro hombre. Era el sùmmum de la conquista, la posesión total, la impudicia.

Faltando un minuto para la hora acordada pensó que su amigo no acudiría. Miró su reloj, pero su atención se posó en un viejo que pasaba frente a su mesa empujando un coche de bebé. Luego se fijó en los mozos. Estos iban de izquierda a derecha y viceversa, cargando tostadas, jugos, pasteles, cafés, galletitas. Nuevamente miró a la embarazada, que sacó su agenda y apuntó algo. Ya había bebido la mitad de su jugo, tendría unos tres o cuatro meses de gestación y vestía una calza floreada con un polerón verde.

A las 11.33 Aldunate todavía no aparecía y Spinosa

miraba cómo un mozo llenaba una bandeja con ocho vasos de agua y ocho tñcitas de café. Dos minutos después la pareja de homosexuales que lo estaban poniendo nervioso se levantó y se fue, y la embarazada recomenzó su lectura. Casi no le quedaba jugo de naranja en el vaso. A las 11.47, cuando Spinosa se disponía a partir y la mujer encinta parecía terminar su jugo natural, Aldunate entró sonriente por la puerta que da a Andrés de Fuenzalida.

—Qué cara, compadre, qué le está pasando —le dijo el chileno estirándole los dos brazos para saludarlo.

—Estoy como el culo, no sabés. Otra vez la depre.

—Pero, que querís, huevón. Andai todo el día llevando encima ese tubito para jalar coca. No parai ni un minuto y te la pasai en casas de putas y cabarés. ¿Y ahora qué?

—Esto es más jodido. Marilú me engaña. No me da ni cinco de bola y cuando nos metemos los tres a la cama, con su amiga, goza más con ella que conmigo. Esto parece un complot lésbico en contra mía.

—Tú estai loco.

—Qué loco ni que loco. Las vieras a las dos cómo se portan en la cama. Además, Marilú pasa con su otra amiguita, esta cómo se llama, la mujer de Guerrero, Virginia. Además, una amiga me dijo que su hijo, el que tuvo Marilú con su primer marido, no es de él, sino de su mejor amigo. Qué podés esperar de una mina así. Pobre, dicen que el viejo la violó cuando chica y que después acostarse con ella se hizo su costumbre.

—¿Y qué piensas hacer?

—No sé, separarme, mandarla a la mierda. Buscar otra mina mejor e irme a Italia. Sabés que papito me prometió que en enero del 92 parto para Roma y dejo Chile. Ya notifiqué al gobierno de acá.

Efectivamente, Spinosa Melo dijo en Chile con mucha anticipación que se iría a Roma. La demora en su nombramiento lo fue poniendo nervioso y el episodio de la Recoleta, que habría de producirse en septiembre del 91,

terminó con sus aspiraciones de ser embajador en el país europeo. Al parecer, un año antes Menem le había prometido mandarlo a Italia.

Spinosa, preocupado por su integridad física y la de su esposa, no se dio cuenta de que ella preparaba secretamente su huida de Chile.

MARILU SE ESCAPA
(junio de 1991)

MARILÚ llevaba ya veinte meses en Chile y sus ilusiones de esposa de embajador se habían desvanecido. Su relación con Oscar empeoraba día a día y desde la publicitada pelea de Punta del Este, la noche del año nuevo de 1991, su marido se había puesto tremendamente agresivo con ella. Los insultos entre ambos no respetaban lugar ni protocolo. Delante de José Antonio Viera Gallo, titular de la Cámara de Diputados chilena, se trataron duramente. Oscar desconfiaba de ella y Marilú le temía. Un guardaespaldas pagado por su marido la acompañaba a todas partes. Aún estaba molesta, por lo demás, por la actitud que tuvo Oscar cuando la visitó su único hijo.

El embajador no permitió que se alojara en la residencia diplomática e intentó ubicarlo en el Hotel Carrera; como no había cupo, debió conseguirse el departamento de un amigo para que el hijo de su esposa tuviera donde dormir. Lo hizo en el departamento que Guillermo Luksic tiene frente al Parque Forestal.

Los buenos tiempos del matrimonio sólo fueron los dos primeros meses. Después Oscar comenzó a llegar muy tarde y a frecuentar casas de putas. A veces ni siquiera llegaba a dormir a la residencia. Al principio ella lo tomó como un niño que se portaba mal, pero que

con el tiempo mejoraría. No fue así y las peleas por las salidas, las fiestas y las llegadas tarde se fueron multiplicando.

En muchas oportunidades los empleados de la residencia escucharon los insultos que se prodigaban. Raramente se trataban con cariño; ella se molestaba por el comportamiento de su marido y él la celaba demasiado. En las dos oportunidades que Julio Dittborn visitó la embajada argentina, Marilú conversó largamente con él. A partir de ese momento, Spinosa sintió una gran animosidad hacia el ex presidente de la UDI, quien quedó incluido en la lista de futuras víctimas de su venganza.

A Marilú le gustaba esquiar en Farellones y jugar golf en un exclusivo club. Su acompañante impuesto la llevaba, se quedaba con ella y la traía de vuelta sana y salva hasta la residencia de Vicuña Mackenna.

En el mes de junio de 1991 la vida se le hizo intolerable. No tenía libertad, se sentía tremendamente acorralada y lo único que tenía en mente era escapar hacia Buenos Aires. Oscar sospechó de las intenciones de su esposa y dobló la vigilancia que pesaba sobre ella. Junto a esa medida le cortó los suministros de dinero y, mientras él retiraba un promedio diario de 150 mil pesos de las arcas de la embajada, su mujer apenas tenía para pagar un café.

Oscar casi no dormía. Se lo pasaba todo el día de parrandas, casi siempre borracho o consumiendo cocaína y acompañado por mujeres de baja reputación. Su chofer Alfonso Barría se turnaba con otro empleado para llevar y traer al diplomático de casas de putas, cabarés o citas con distintas amigas.

Lo que aceleró la huida de Marilú fue la final de la Copa América que se jugaba en Santiago. Todo indicaba, y así lo fue, que la Argentina saldría campeón del torneo y que en la sede diplomática el festejo sería apoteótico. La sola idea de ver su casa repleta de gente y de mujeres de toda clase atemorizó a Marilú. Pensando en esa fiesta,

fue a pedirle dinero a un amigo para volver a Buenos Aires. Este se lo concedió y luego ella le solicitó ayuda al embajador de Paraguay y a su esposa, quienes habían entablado amistad con ella. La pareja la acogió en su casa, con lo puesto, y después la escoltó hasta el aeropuerto para que no tuviera problemas.

Según el testimonio de una de sus mejores amigas "ella olió lo que se venía y se desmoronó. Debe haber vivido todas esas fiestas, yo no tengo idea, pero a contrapelo; es que hay personalidades y personalidades. Tú me ves a mí y yo soy la antítesis de todas esas cuestiones y, sin embargo, tuve una amistad que la voy a defender a brazo partido. Cuando ya estaba muy mal, porque el embajador tomaba mucho, o ella se enfermaba porque no llegaba a la casa, o lo hacía a las tres de la mañana, decidió irse".

—¿Tú no crees que ella haya participado de la extorsión que le hizo Spinosa a Jorge Guerrero, los Luksic, Dittborn y Vicki Gancia, entre otros? —preguntó el periodista.

—Si a ella le gustaba esta chuchoca y esta cuestión, ¿qué le importaba el resto? Y si le hubiera gustado todo este cuento, ¿para qué separarse e irse? Si así hubiera sido, mejor se habría quedado en Santiago. Para mí esto es de las historias más crueles que he escuchado de una persona que realmente lo pasó pésimo, demasiado mal.

—¿Te comentó alguna vez su relación con los Luksic?

—Sí, e incluso los convidaron a ella y a Oscar cuando recién llegaron a la casa que ellos tienen en Hornitos. Marilú estaba muy contenta porque había ido al Norte y lo pasaron muy bien. Además ella le tenía mucho cariño a Andrónico Luksic, el mayor, porque había tenido afinidad con su papá.

—¿Alguna vez te habló de que había interpuesto una denuncia por maltratos contra Oscar?

—No, no me lo contó. Por eso yo la quiero tanto, porque ella sabía que a la gente que involucraba le podía pasar algo. Una vez le dije que me contara qué le estaba

pasando y cómo la podía ayudar, y ella me señaló: "Sabés qué. No me preguntes nada, yo nunca quiero involucrarte en esto".

—¿Cómo definirías tu relación con Marilú?

—Había una amistad entre dos mujeres, ella y yo, amorosa. Yo la veía a ella muy mal y, después que la había conocido contenta y bien, no le podía cerrar las puertas y dejarla sola. Teníamos temas en común. Quizá para ella yo era como una isla, un rato de paz, y por eso nunca me quiso involucrar en sus problemas.

—¿Salieron, como parejas, en viajes fuera de Santiago?

—A Zapallar, después hicimos un viaje a Europa, a Buenos Aires...

—¿Te acuerdas qué otra mujer se relacionaba con ella?

—No, que yo supiera. En una época fue amiga de la Vicki Gancia, cuando ya estaba mal, hicieron un viaje juntas, las dos solas, no sé si a la Antártida o a los Lagos del Sur. Marilú estaba chocha porque iba a descansar.

—¿Y qué pasó con la relación de ella y la Vicki?

—No sé, nunca supe. Una vez la Marilú me dijo que se había armado un lío tan grande con la Vicki que no quería meterme a mí en nada para que la cosa no se repitiera. Marilú fue muy amiga de ella hasta que Oscar le prohibió que la viera. La verdad es que logro atar cosos a raíz de lo que pasó después. Después de todos los cuentos que he subido, no me cabe la menor duda que ha habido, no sé, partusas en la casa, droga, coca, no sé, no tengo idea, y ella metida en esa residencia gigante, sin apoyo, porque en el fondo estaban solos los dos. Y además, ¿qué hacías tú en esa embajada?, ¿gritabas, te escondías, qué hacías?

—Yo me hago la figura y lo encuentro terrorífico. ¿Cómo diablos tú maquinas esta cosa para escaparte de este asunto? En el fondo, si tú lo piensas, se demoró bien poco en salirse de ese drama.

—¿Y te avisó antes de irse a Buenos Aires?

—No, nunca me avisó. Luego me llamó por teléfono, claro, para que no me preocupara, porque yo la había visto la semana anterior y estaba muy bien, la vi con más decisión, no estaba agobiada.

El psiquiatra que logró rearmar a la desarticulada Marilú Sword fue el chileno Mario Seguel Lizama. La rubia anglo-argentina a menudo llegaba hasta su consultorio, en la tradicional comuna de Providencia. Ella, sin embargo, recién tomó la decisión de escapar tras una gran pelea con Oscar. El embajador, en un principio, no mostró una preocupación muy grande por la partida de su mujer. Por el contrario, cuando se enteró de que se había ido a Buenos Aires, apareció en la residencia de Vicuña Mackenna con una de sus putas favoritas: la Paty.

El día que tomó conciencia del abandono se fue, hecho un energúmeno, al consultorio del psiquiatra Seguel. A los gritos ingresó en su despacho y lo culpó de lo ocurrido. Lo tomó de las solapas de su delantal hasta que éstas se rompieron. Luego se calmó y se fue.

A partir de entonces, comenzó a hablar públicamente en contra de su ex mujer. Primero la metió en la extorsión, luego, al ser consultado por la prensa argentina dónde estaba su esposa, señaló:

—No sé dónde está Marilú. Se imagina que yo quedé muy golpeado... Además, aunque supiera dónde está, no se lo diría. Incluso, a veces pienso si no es parte de esta campaña... ¡Me enteré de cada cosa después de la separación!

—¿Por qué no me cuenta algo? Algo que se pueda publicar...

—Escucháme, pibe... ¿Por qué no le preguntás a Di Tella?

—¿Qué me quiere insinuar?

—Yo no insinúo nada. Yo sé...

—¿Me quiere decir que el canciller y su ex mujer armaron una campaña en su contra? ¿Por qué no habla claro?

—No voy a decirle nada. En un momento, Marilú cambió, no sé por qué. Y le insisto, el canciller sabe de Marilú. Pero no voy a decirle nada... Yo tengo que hablar con Di Tella y arreglar las cuentas. En un momento, todo se va a esclarecer y yo continuaré mi carrera diplomática.

De Marilú, la ex profesora de inglés e hija de agricultor, se dice mucho en Santiago. Alguno, incluso, que el embajador la mandaba a seducir a los hombres que él tenía interés en conocer para sus negocios y amarrarlos de alguna forma. La rubia anglo-argentina, sin duda, tenía entrada en todos los espacios masculinos. Nadie en Chile podía entender cómo una mujer de ese porte, con ese físico y belleza, podía estar casada con Spinosa Melo. La historia pasaba de Marilú, desconocida en Chile, entregaba la respuesta.

Ella tenía un papel destacado que cumplir, aunque físicamente no estuviera presente en Chile. Spinosa buscaba la forma de que su vida le sirviera para obtener divisas. De una u otra forma preparaba su obra y su principal actriz era la bella Marilú Sword.

La verdadera historia de la ex mujer de Spinosa, sin embargo, se encuentra en las fichas médicas que llevaba el psiquiatra Mario Seguel. Estas, curiosamente, desaparecieron de la consulta del facultativo tras un misterioso robo. De acuerdo a lo poco que ha trascendido, por el impenetrable secreto profesional de los psiquiatras, de las oficinas los ladrones se habrían llevado un talonario, quizá para recetar psicotrópicos, y la ficha de la bella Marilú Sword.

Los psiquiatras en Chile tienen diversas modalidades para anotar lo que sus pacientes les van contando. Cuando se trata de material que puede ser usado en docencia,

siempre con el consentimiento del paciente, la información se puede registrar en cintas de videos. Algunos casos de psicóticos, por la gran cantidad de ideas que surgen de sus cabezas, requieren la utilización de grabadores de audio. Este método de gran utilidad, sin embargo, es contraproducente en las personas normales, porque la presencia del aparato electrónico puede inhibir al paciente.

No cabe duda entonces de que sólo anotaciones aisladas de la ficha de Marilú son las que desaparecieron del consultorio de Seguel. Si ellas fueron utilizadas para cometer el delito de extorsión, el deber del facultativo es denunciar lo ocurrido a la Justicia.

LA EXTORSION

ESA MAÑANA, el 27 de septiembre de 1991, Vicki Gancia se levantó con un pequeño dolor de cabeza. Se disponía a discar el número de teléfono de su fábrica de zapatillas para avisar que no iría cuando sonó su propio aparato. Era Oscar Spinosa. Le dijo que quería verla con urgencia y que la visitaría en su departamento. Vicki trató de persuadirlo de que no lo hiciera, pero no pudo. Logró, eso sí, que postergara el encuentro para la tarde. Antes que dieran las ocho de la noche el ascensor se paró frente a su piso. Se abrieron las puertas y descendió el embajador argentino. Vestía sobriamente, aunque tenía los rastros de haber bebido la noche anterior. Pantalón y chaqueta gris, zapatos negros y terriblemente engominado, llevaba bajo el brazo un portafolio de color café, lleno de papeles y documentos. Lo acompañaba un guardaespaldas, cedido a préstamo por su amigo y miembro de la Corte Suprema argentina Enrique Petracchi.

Cariñosamente saludó a Vicki y le solicitó que fueran a la cocina. En ese lugar, y mientras Gancia le ofrecía algo para beber, Oscar le extendió un sobre y la intimó a seguir cada una de sus instrucciones. La argentina comenzó a leer la carta; sus ojos no podían dar crédito a lo que estaba viendo. Intentó razonar con Spinosa, pero

éste estaba enloquecido. Discutieron y el embajador se marchó tras dar un portazo y asegurar, a los gritos, que destruiría a la oligarquía chilena.

Recién después de fumar un cigarro y tomarse unas aspirinas, Vicki pudo leer con calma la carta que el diplomático le había dejado. Era una lista de siete nombres, entre los cuales estaba el de ella, que debían pagar una importante suma de dinero al diplomático argentino. Vicki estaba acompañada de una amiga argentina y casi comete el error de llamar a cada uno de los afectados para contarles lo ocurrido.

—No lo hagas —le dijo su amiga—. Te pueden acusar de complicidad con la extorsión.

Vicki dejó el teléfono y se quedó preocupada. Más tarde le avisó a Julio Dittborn, y éste le dijo que se tranquilizara, que no pasaría nada grave.

Tres días después, recibió otra carta de Spinosa Melo. La dejó en la portería de su edificio el chofer del diplomático. Como la anterior, la nueva carta tenía saltas de ortografía y fue escrita en una máquina mecánica. Dos de sus tres hojas eran una especie de collage. Bajo el título, "Párrafos selectos", aparecían los escritos de una mujer sobre fiestas y orgías. Apparently quien narraba los hechos era Marilú Sword, la esposa de Oscar.

Nuevamente Vicki se acordó del dolor de cabeza que tenía dos días antes. No quiso ingerir más aspirinas y se sirvió un café amargo.

Esta vez sí, desesperada, tomó el teléfono e intentó ubicar inmediatamente a Julio Dittborn en la UDI. La secretaria del partido le dijo que había ido a una reunión con los diputados y que iba camino a Valparaíso. Entonces, lo llamó a su celular. Sollozando, le dijo: "Julio, vino el chofer de Oscar y me trajo una cosa terrible. El tipo está loco. Te la leo".

Ante de que Dittborn alcanzara a responder, Vicki comenzó la lectura:

—"Como imagino que están tratando de ver si la ame-

naza es seria aquí le mando un breve resumen de lo que será remitido hoy a las 16 horas a los periodistas del Ministerio de Relaciones Exteriores. A las 17 horas hay un embajador que tiene una entrevista con Vargas, ¿adivinen quién es? Último plazo 15.30 horas en el lugar fijado y por la persona indicada. ¡Ah!, tonterías como denunciar pérdida, extravío, etc., y tomar numeración es inoperante. Recién al cabo de un año a partir del día de la fecha podrán estar más tranquilos".

Dittborn no estaba del todo sorprendido por lo que la empresaria argentina había leído. Esta era la segunda carta de extorsión que recibían del personaje y, hasta ahí, no tenía nada nuevo. La anterior la había enviado tres días antes y especificaba las cifras que cada una de las víctimas debía pagar. A Julio Dittborn le correspondía, del total de 1.650.000 dólares, sólo cancelar 200.000. Los hermanos Luksic, Andrónico y Guillermo, debían desembolsar 500.000 cada uno y Vicki Gancia 100.000. A ellos se les sumaban el gerente general del Banco O'Higgins, Gonzalo Menéndez, y el abogado Jorge Guerrero; el primero debía pagar 200.000 y el segundo 150.000.

Esa carta, relativamente corta, daba las instrucciones y aseguraba que había pruebas de orgías. Exigía el pago para el día lunes 30 de septiembre de 1991 a las doce del mediodía. Además, los fajos debían ser de a 10.000 dólares, en billetes de 100, precintados por banco, y señalaba, entre paréntesis, "es la ventaja de tener uno...". Se refería a los hermanos Luksic, cuyo grupo controla el Banco O'Higgins. Una vez reunida la suma, ésta debía ser entregada por la señorita Vallarino (sic) Gancia en la sede diplomática de Vicuña Mackenna.

Pero la segunda carta no eran sólo palabras. Además, traía una selección de citas, bajo el título de "Párrafos selectos", que fueron incomodando a Dittborn a medida que Vicki Gancia las fue leyendo:

"Mi contacto en Santiago para las fiestas fue mi vieja conocida Vicki Gancia. Curioso personaje en el cual de

auténtico ni siquiera tiene el nombre ya que el suyo verdadero es Ludovica Ballarino (sic). Yo la conocía desde Buenos Aires y Punta del Este donde habíamos participado en otras fiestas (orgías)."

"Yo soy lesbiana activa pero también puedo soportar a un hombre. Entre los del grupo elegí a Guillermo Luksic. Me pareció el más interesante, pero nada fuera de lo común. Como amante es mediocre y peor cuando toma cocaína. Con Vicki y él formamos un trío que funcionaba bastante bien. Con Guillermo no había sentimientos, sólo me interesaba su dinero y las drogas que obtenía a través de él."

"Con Vicki hacíamos el amor, pero había pica porque trataba de competir conmigo por Guillermo. Pero no tenía posibilidades."

"Las fiestas se hacían en casa de ella y en el departamento que los Luksic tienen enfrente al parque que está frente al Mapocho."

"Guillermo me quería para él solo y trataba que nadie me tocara."

"Mi amante favorita fue siempre Virginia Pies de Guerrero, a quien seduje mientras me ayudaba a decorar el tercer piso de la residencia. No era lesbiana pero no resistió mi conquista. También su marido es un ser desagradable. Borracho y cocainómano, me daba casi asco. Con Virginia a veces hacíamos el amor y nos miraba. Pero me creaba problemas."

"Andrónico es de gustos especiales. Le gusta que le rompan el culo, igual que a su padre. La cocaína lo pone agresivo y prefiere la marihuana. El respetable político Julio Dittborn, si supieran en su partido!!!, le daba el gusto... es un tipo desagradable."

"Gonzalo Menéndez y su mujer, conocida en Santiago como la 'regalona', eran activos participantes en la farra. Ella es un buen ejemplar de puta. Le gusta todo..."

"La mujer de Andrónico también participaba, pero no tan activamente. Me imagino que no le gustaba que a su marido le rompieran el culo."

"Excepto Guillermo y yo, que éramos pareja, y el plomo de la Vicki que se nos pegaba, el resto eran un poco todos contra todos. Los horarios variaban y eran de mediodía o de tarde. Mi excusa con mi marido eran cursos de arte e historia a los que asistía supuestamente."

"Una vez mi marido, que tenía una llave del departamento de los Luksic, estaba allí cuando yo llegaba con Guillermo. Nos salvamos de milagro. Yo no quise volver más a ese departamento aunque se cambiaron las llaves."

"Finalmente, mi marido, que me vigilaba, me descubrió con una chica que me había vuelto loca y me echó de Santiago. Le pedí ayuda a Guillermo pero fue muy amarrrete. La última vez que lo vi fue cuando viajó con Andrónico a Buenos Aires. Por una de esas casualidades en el mismo avión viajaba Oscar."

"Si realmente contara con más detalles estoy segura que en Santiago se produciría una hecatombe social. Cuánta hipocresía!!! Las drogas corren como el agua y la gente que las consume son de los niveles más altos. La hermana de Guillermo y Andrónico se mata!!! La madrastra Iris también toma..."

Dittborn intentó tranquilizar a Vicki, pero no lo logró. Tampoco pudo serenarse él. Antes de llegar a Valparaíso se comunicó con su amigo Germán Guerrero, consejero del ministro de Relaciones Exteriores de Chile. Vicki, mientras tanto, llamó a su abogado.

El dirigente de la UDI quedó en desayunar, al día siguiente, con Guerrero. La empresaria argentina fue de inmediato hasta la oficina de su abogado. Este le aconsejó presentar un recurso de protección ante la extorsión de que era víctima. Posteriormente se juntó a almorzar con Carlos Klammer, jefe de Protocolo de la Cancillería chilena y buen amigo de ella. En el almuerzo, Vicki le contó lo sucedido y Klammer también palideció. Dijo que intercedería y pagó la cuenta del almuerzo con un cheque del Banco O'Higgins. Pocos días antes habían cancelado los

sueños en la Cancillería, así es que no anotó su saldo. Estaba seguro de que su secretaria había depositado en su cuenta una cifra superior a los 380.000 pesos. No tenía problemas de caja.

Con la intranquilidad de quien se siente pillado en falta, uno de los extorsionados solicitó a su abogado que le pidiera a un servicio policial extranjero que emitiera un informe sobre la personalidad del embajador argentino. Este fue preparado por un organismo, al parecer norteamericano, y entregado al abogado. El estudio incluyó un análisis grafológico de Spinoso y un seguimiento de sus declaraciones públicas. A los pocos días la víctima de la extorsión del argentino fue informada por su abogado de los resultados.

"Se trata de una persona inestable emocionalmente; denota una desesperación por su situación de inestabilidad en sus funciones —lo que es de público conocimiento— que además ha producido un deterioro en su imagen tanto al interior de su profesión como hacia sus amistades."

"Busca por esa vía —muy común entre los argentinos— un aseguramiento de su futuro material, lo que le permitiría salir de esta situación engorrosa."

"Es una persona que rehúye a su interlocutor por temor a que se descubra cuál es su real personalidad."

"Es posible que sea de una personalidad bisexual."

"Es un manipulador de personas mediante el manejo de información negativa. Aplica la máxima de que información es poder."

"Existe un no bajo grado de potencialidad que lo determina a actuar en perjuicio de terceras personas mediante acciones concretas, en el caso que sus demandas no sean satisfechas. En caso que el contenido de esos párrafos selectos traduzcan una verdad, el grado de peligro es mayor, pues él sabe que tiene un herramienta verídica. En caso contrario, el peligro es menor, pero sub-

siste por las otras razones expuestas: inestabilidad, desesperación, deterioro imagen pública y privada."

"Se sabe fehacientemente que él es un consumidor habitual de cocaína."

"El perito estima de vital importancia saber la verdad de esa carta transcrita por Oscar."

"La determinación que debes tomar a la luz de estos nuevos antecedentes es si vas a permanecer en la inactividad o a intentar un acercamiento con la Cancillería chilena a fin de también, por medio de la entrega de esta información, requerir una protección policial."

"Mi opinión es que debes optar por la segunda vía."

En pocas horas la Cancillería chilena estaba al tanto de todo lo ocurrido. Spinoso había sido un tipo conflictivo en los dos años que llevaba en el país. Ya en Bariloche, algunos meses antes, Carlos Menem le dijo a Enrique Silva Cimma que "al parecer mi embajador no se está portando muy bien". El ministro chileno asintió y Menem, un tanto confundido, se quejó de que nadie en Chile se lo hubiera comunicado. "Esas cosas no se estilán", espetó el viejo dirigente radical.

Mientras saboreaba su café, el presidente argentino le dijo al ministro de Aylwin que antes de diciembre del 91 Spinoso Melo sería transferido a otro destino: Dinamarca.

Ahora, con la carta de extorsión de por medio, todo debía apurarse. No era, sin embargo, un caso común el que debían resolver ambas cancillerías. Meses antes, la chilena debió solicitar el recemplazo de un embajador homosexual que estaba siendo chantajeado en Santiago. El problema esta vez era diferente y requería de una operación rápida y silenciosa. Spinoso, mientras tanto, esperaba pacientemente que las víctimas de su extorsión sucumbieran y pagaran lo solicitado.

Para presionarlos solicitó una reunión con Edmundo Vargas y, además, citó a los periodistas que cubren Can-

cillería para que lo esperaran fuera de la oficina del subsecretario de Relaciones Exteriores. Vargas se la concedió para el 30 de septiembre.

El subsecretario realizó un manejo cuidadoso de la situación y la noticia se mantuvo en reserva. Para el 30, Vargas le pidió a Germán Guerrero, y a su jefe de Gabinete, Juan Pablo Lira, que estuvieran presentes cuando recibiera a Spinoso Melo. A la hora prevista, cinco de la tarde, el embajador argentino llegó hasta el tercer piso de la Cancillería y entró a las oficinas del subsecretario sin percatarse de que dos de los cuatro escritorios que le hacen antesala estaban vacíos. En el interior de la oficina privada de Vargas se encontró con que el subsecretario no estaba solo y eso lo desconcertó. Miró repetidas veces los cuadros de las paredes y comentó el elegante verde de las sillas de felpa que rodeaban la mesa de trabajo del subsecretario. Posteriormente, y ya un poco más suelto, le hizo un gesto de disconformidad a Vargas por la presencia de Guerrero y Lira. Discutieron fuertemente y Spinoso se fue a los gritos.

Una vez fuera del lugar se reunió con los periodistas y les dijo que tenía una bomba: "Me voy de Chile", señaló.

Mientras Enrique Silva Cimma y el ministro Guido Di Tella llegaban a un acuerdo para sacarse a Spinoso Melo de encima, éste se paseaba por Santiago vociferando que tenía una "bomba contra la oligarquía chilena".

—¿Cómo le va, canciller? ¿Todo bien por Chile?

—Todo, menos su embajador. Por las cosas que ha hecho, un intento de extorsión incluso, le pido que lo traslade a la brevedad.

—Canciller Silva, usted sabe que en mi país un traslado tarda, al menos, dos meses.

—Si no sale en 48 horas de Santiago a Spinoso lo vamos a declarar persona no grata.

—Pero me tiene que dar más tiempo.

—No puedo, canciller Di Tella. Haga lo que hacemos los chilenos. En estos casos, o por retiro anticipado, adscriba al funcionario. Mientras nominan a otro, lo subroga el ministro consejero, Jorge Faurie. Pero Spinoso debe salir del país inmediatamente.

—No se preocupe, canciller, sacaremos a Spinoso antes de las 48 horas.

El 3 de octubre, día en que los alemanes festejaron su reunificación, Spinoso Melo dijo a quien quería escucharlo en la embajada del país europeo que destrozaría a la clase alta de Chile. Patricio Balmaceda, de protocolo de la Cancillería, y que posó para *El Mercurio* junto al desprestigiado diplomático, tuvo que oírlo en más de una oportunidad.

Posteriormente, ese mismo día 3 de octubre, el chofer de Spinoso fue nuevamente hasta el departamento de Vicki Gancia y, según dijo el portero, dejó otra carta para la propietaria del piso 11. En ella el diplomático era tajante:

"Lamentablemente hasta el momento, y pese a toda la paciencia desplegada, no por contemplación hacia una manga de hijos de puta, sino porque hay inocentes que el día de mañana pueden sufrir las consecuencias de los actos de los mayores, no se ha cumplido con la publicidad que se prometió de las orgías que ustedes realizaban y que tan vívidamente ha descrito 'la rubia anglo-argentina'. Hoy se ha adoptado una resolución final de este tema: todos los antecedentes de este caso le serán remitidos a Francisco J. Errázuriz para que él les dé el destino que estime conveniente si lo solicitado en V. M. (nota del autor: Vicuña Mackenna) no se entrega antes de las 15 horas del próximo lunes 6 por la persona indicada. Fin."

Errázuriz fue candidato a la presidencia en 1989. Salió tercero y su campaña estuvo marcada por un fuerte acento populista y de crítica a los partidos políticos.

Había entablado amistad con el embajador cuando comenzó a interesarse por invertir en Buenos Aires.

El menor de una familia de ocho hermanos, Francisco Javier era el más extravertido de todos los hijos de don Ladislao. Según uno de sus hermanos, "era de esos sujetos que a uno no le gusta mostrar, y cuando nos visitaban en nuestra casa tratábamos de que no se apareciera por el living. Era capaz de cualquier cosa por llamar la atención".

Errázuriz, al igual que Spinosa, tiene una suerte de incontinencia verbal que le ha causado más de algún disgusto.

También, en oportunidades, su desatino se impone sobre la lógica social. Por su personalidad y proyecto político, Errázuriz captó las simpatías de Oscar. Le gustaba que en su entorno hubiera una mezcla de pueblo y fascismo. Le recordaba, por lo demás, el peronismo del que formaba parte y que se vendía como popular, pero era de una vertiente derechista.

Cuando Errázuriz estuvo preso, por una supuesta estafa al Banco Central, el embajador estuvo a su lado. Al salir en libertad, Spinosa fue el único invitado a la casa del empresario que no era familiar del ex reo. Posteriormente, y a quien quisiera escucharlo, le decía que el empresario sería el próximo presidente de Chile. Oscar fue un fiel errazurista.

LAS PRIMERAS PISTAS

Ese día el periodista llegó atrasado a su trabajo. Lo aguardaba impaciente la editora general de su medio. Era el 21 de octubre de 1991 y la semana anterior la revista *Qué Pasa* había publicado un artículo, titulado "Escándalo final", que aludía al embajador argentino en Santiago. En él se decía que "tras crear todo tipo de problemas, el representante argentino Oscar Spinosa colma la paciencia del gobierno chileno al involucrarse en una sucia operación". En el cuerpo de la información se añadía, dentro de sus puntos centrales, que había una tentativa de extorsión por una cifra bastante respetable en dólares, que la operación había llegado a oídos de La Moneda cuando personas vinculadas a sus víctimas se fueron a quejar del comportamiento del embajador, y que Spinosa Melo simplemente cometió una bajeza por el más vil de los motivos: no dejar pasar la oportunidad de extorsionar gente.

Curiosamente, el título de portada de la revista santiaguina, dirigida por Roberto Pulido, era "La reivindicación de la buena vida". La editora general, que había leído la edición de la revista *Qué Pasa* de la semana anterior, fue informada por fuente gubernamentales que la operación de extorsión era contra importantes dirigen-

tes de la oposición y algunos empresarios chilenos. Así, le fue encargado al periodista que investigara, y, de encontrar algo, sería publicado en la edición siguiente.

Mientras tanto, el rumor comenzaba a invadir Santiago. Algunos decían que había videos y fotos. Otros, que existía un diario de vida, autenticado ante notario, de la esposa del embajador, y que en éste se podían leer los nombres de los amantes que había tenido en Santiago. Se decía, igualmente, que ella colocaba notas a los galanes que pasaban por su cama. El rumor iba en aumento y los nombres de los supuestos involucrados también. A los Luksic se les sumaba Dittborn, y a éste, Carlos Klammer. Incluso se decía que a Dittborn la embajadora le colocaba muy mala nota. También se incluía en la lista al general Jorge Ballerino, tercera antigüedad del Ejército chileno, confundidos tal vez por el verdadero nombre de Vicki Gancia: Ludovica Vallarino.

En su investigación, el periodista descubrió la pelea entre Vargas y Spinoso el 30 de septiembre en el tercer piso de la Cancillería y la gestión mediadora de Germán Guerrero en el conflicto. Guerrero, por lo demás, era el mejor amigo de Dittborn y solían almorzar juntos en el Club de la Unión. Toda la historia se fue verificando y sólo faltaba un elemento: la declaración de Spinoso.

A esa altura, el amigo de Menem ya había dejado la embajada de Santiago, así que la única forma de ubicarlo era viajando a Buenos Aires. El periodista arribó a la capital argentina en un vuelo de Lan Chile y se dirigió a la casa de su hermana, donde se hospedó por una semana. Era el 30 de octubre.

En la Cancillería no quisieron dar informaciones de los lugares en los que Spinoso podía estar ubicable. La prensa argentina ignoraba los hechos y la figura del embajador era aún desconocida. A pesar, incluso, de que el domingo 22 de septiembre el matutino *Página 12* había informado que una semana antes "otro menemista

de la primera hora, Oscar Spinoso Melo, corrió por las calles de La Recoleta detrás de una rubia que gritaba con una pistola (de acero) en la mano. Según algunos testigos habían salido de un apart hotel, según otros de una confitería del tipo *boy meet girl*. La rubia gritaba: *me quieren drogar*, la respuesta era: *pará que te mato*". De ese mismo episodio, la revista *Noticias* señaló en su edición del 29 de septiembre que la pareja terminó en la comisaría 17 y las actuaciones siguieron en el Juzgado Nacional de Primera Instancia en lo Criminal y Correccional. El proceso quedó caratulado en la Justicia argentina como "Spinoso Melo, Oscar Federico s/Inf. ley 23.737 o de Estupefacientes".

Poco a poco el periodista fue armando su historia entre amigos, ex amigos y enemigos del ex embajador hasta que uno de ellos dijo que todos los sábados Oscar acudía a almorzar a La Biela, tradicional café del barrio de La Recoleta, uno de los más elegantes de Buenos Aires.

Más de dos horas debió esperar el periodista. Antes que Spinoso, llegó al lugar el ex agregado cultural de la embajada chilena en Buenos Aires, José Manuel Salcedo. El periodista y el entonces funcionario diplomático se habían visto en una ocasión anterior y se reconocieron de inmediato. Estaban tomando un café y conversando animadamente, cuando descendió de un jeep marca Suzuki, con patente chilena, el que fuera embajador en Santiago. El periodista se identificó, y Spinoso, a los gritos, dijo:

—No puedo hablar. ¿Qué querés? ¿Que me maten los narcotraficantes? Poné en tu revista que Spinoso Melo tiene orden expresa de su jefe, el presidente Carlos Menem, de guardar el más absoluto de los silencios. O ¿qué querés, que me pase lo que le pasó a Mario? Averiguá en el hampa chilena quién es Mario y por qué lo mataron. ¿Querés que me pase lo mismo?

Más tranquilo, dijo que todo era una campaña en su

contra por apoyar la candidatura de Francisco Javier Errázuriz y que la UDI andaba en malos pasos.

—Preguntá en Chile si Dittborn no es puto. Es puto.

—¿Usted lo sabe? —inquirió el periodista.

—Todos los chilenos lo saben —contestó Spinoso.

El ex embajador se alejó de la mesa que compartían el periodista y José Manuel Salcedo de la embajada de Chile y arrancó en su automóvil. Al parecer lo fue a estacionar y al rato volvió, un tanto más parlanchín. Antes de comenzar a vociferar frente al periodista, entró y se ubicó en una mesa. Tomó un pedazo de pan, lo partió y se lo metió en la boca.

—Yo creo que en Chile, la gente que cuenta sabe de qué se trata. Como me voy a pelear con los Luksic, he sido su huésped en Hornitos y hace poco les vendí un auto. Los respeto mucho —dijo mientras ametrallaba con migas húmedas a cuanto ser humano se le pusiera por delante.

Luego trajo del brazo al secretario técnico de la Cancillería argentina, Julio Telerman, hasta la mesa en la que estaba el periodista y lo conminó a hablar.

—Decile, Telerman, a este periodista que tengo prohibición de hablar.

—Así es —asintió el funcionario.

—Decile también que vos me querés cagar, pero olvidálo, viejo, porque yo me los voy a joder a vos y a Di Tella.

Contó de sus buenas relaciones con el general Pinochet y que había conseguido que Menem lo saludara en 1990 antes que dejara de ser presidente de Chile. Asimismo, por una supuesta amistad con Juan Somavia, embajador de Chile en la ONU, dijo haberle conseguido gratuitamente a Patricio Aylwin el hotel Plaza para que se hospedara cuando fue a Buenos Aires en su calidad de candidato a la presidencia de Chile.

—Lo que ocurre es que yo le abrí las puertas de la

embajada a todos los chilenos. Invité a los comunistas, los socialistas y a la gente de derecha. Por eso no me pueden ver. Yo soy pluralista y ellos no son democráticos. Querían que los invitara sólo a ellos y excluyera a la izquierda.

Spinoso Melo, en su incontinencia verbal, dijo que volvería a Chile "secretamente" el 7 de noviembre, algunos días más tarde, a buscar sus cosas.

—Después estaré, como la vez anterior, veinte años sin pisar tierra chilena. Pero llegará el día que los chilenos me dirán, "Oscarcito, volvé que te perdonamos" —señaló antes de retirarse definitivamente.

Pocas horas después, preocupado Spinoso por la posibilidad de que su ex mujer hablara con el periodista chileno que andaba tras sus pasos, la llamó por teléfono:

—Hola, cielito. ¿Tenés una ventana cerca del teléfono? Mirá por ella.

Marilú se asomó por el balcón de su departamento con su teléfono inalámbrico y miró la ancha avenida Pueyrredón.

—¿Ves un Ford Falcon negro con dos tipos a bordo?

—Sí, Oscar. ¿Qué pasa?

—Pasa que si vos hablás o contás algo de Chile, esos mismos dos tipos te van a cagar a tiros. ¿Te quedó clarito, no?

Con el material conseguido, incluida la entrevista a Spinoso, el periodista retornó a Chile. Antes que salieran publicadas las notas, se reunió el viernes 9 de noviembre con Vicki Gancia a las 9 horas. La empresaria, confiada en que se trataba de una entrevista comercial, lo recibió en su departamento de calle Napoleón. En su domicilio pidió que su nombre no fuera publicado, por el daño que le podía causar, y contó que no entendía cómo Spinoso le había hecho algo así. Después de todo, habían sido amigos. Vicki Gancia, a una simple mirada, estaba superada por los acontecimientos.

De regreso en su medio, y antes de que se dispusiera a escribir, un funcionario de la embajada argentina en Santiago se apersonó en la redacción y solicitó que el periodista se comunicara con el embajador subrogante, Jorge Marcelo Faurie.

En la representación diplomática se sabía que la historia se estaba escribiendo e intentaron detenerla. La misma preocupación mostró, frente al subdirector de la revista, Carlos Klammer. Este habría sido informado por el general Jorge Ballerino, jefe del Comité Asesor del general Pinochet, de que la publicación saldría el lunes 11 de noviembre a todos los kioscos del país y que su nombre se vería involucrado. Vicki Gancin, o tal vez los teléfonos pinchados, advirtieron de que la revista incomodaría a las víctimas de Spinoso.

La noticia reventó con la portada "Las andanzas del embajador", no así el escándalo. Tuvo que pasar más de un mes hasta que en la revista *Tiempo* de España el periodista argentino Rogelio García Lupo escribiera algo similar, para que los argentinos se enteraran del asunto y presionaran a las potenciales víctimas con el fin de obtener pruebas contra el ex embajador.

Mientras tanto, Jorge Faurie hacía los últimos preparativos para despedir al ex jefe de la misión en Santiago. Avisado de que Spinoso llegaría a Chile el viernes 7 de noviembre, preparó una recepción privada para el día sábado por la noche en la propia embajada. Lo que Faurie ignoraba era que el Ministerio del Interior chileno le había dado instrucciones a la Policía Internacional para que, apenas ingresara el ex embajador a Chile, el hecho le fuera prontamente informado. De esa forma, cuando Oscar Spinoso Melo pisó la losa del aeropuerto Pudahuel, las autoridades chilenas le dieron 24 horas para abandonar el país, de lo contrario sería expulsado.

Faurie se apresuró y organizó esa misma noche una reunión con los más íntimos en su propia casa. Quizá en esa misma oportunidad los invitados consumieron una

partida de tragos llegada desde la nortina ciudad que para el consulado argentino en Santiago fue solicitada al concesionario de la Zona F que Taverne e Hijos, el 29 de octubre de 1990 en 36 botellas de Ballantines Finest Scotch, Regal, 12 de JB de 15 años, 12 de licor Coin: Ballantines de 12 años. El total de la compra 1.224 dólares, pagados al contado, y la factura número 009003.

Con posterioridad a la despedida de Spinoso en casa, el 11 de noviembre de ese año, Faurie hizo una nueva compra al contado a Enrique Taverne. Esta vez fueron sólo 684 dólares los que se pagaron por 48 botellas de whisky Johny Walker, 24 corral y las restantes con su etiqueta negra. La compra esta vez fue la número 009051.

LA DECLARACION DE JULIO

JULIO DITTBORN recibió en su despacho de calle Suecia, sede nacional de la UDI, a la periodista Mónica González, quien lo entrevistaría para el diario chileno *La Nación*. Estaba incómodo por algo, tal vez por las características de la entrevistadora. No en vano, ella había sido una de las más valientes reporteras en los tiempos de la dictadura e incluso pagó con la cárcel su audacia.

Acostumbrada a no achicarse frente a sus entrevistados, Mónica González insistió en que hablara sobre el chantaje que había sufrido. Era para el diario del domingo 12 de enero de 1992.

Con sus grandes ojos celestes y su voz segura, la periodista le preguntó si era "efectivo que el anterior embajador argentino en Chile, Oscar Spínosa Melo, lo chantajeó". El dirigente de la UDI se llevó las dos manos a la cara y bajando la vista le dijo:

—El tema es muy desagradable. Lo que me pasó es aquello que la gente llama la política sucia, la maldad en la tierra. Efectivamente, hubo un conjunto de cosas, que culminaron con una publicación en la revista española *Tiempo*, en la que se dice que yo habría participado en fiestas y otras cosas con este señor.

—¿Y participó en fiestas o actividades ligeras con Spinosa y su mujer? —inquirió la periodista.

Dittborn parecía no querer seguir hablando, pero ya había empezado. Dejar las cosas ahí era peor para su imagen y decidió continuar:

—A ese señor lo vi dos veces en mi vida. Una, en la recepción de la embajada argentina el 25 de mayo de 1990 y después cuando fui convidado a comer a la residencia y allí estaba el señor Spinosa con su señora y otra gente invitada. Fue una comida absolutamente normal que duró hasta las dos de la mañana. Eso es todo.

Pensó que la curiosidad periodística estaba satisfecha e intentó cortar la conversación, pero Mónica insistió:

—¿Nunca tuvo amores con la señora Spinosa Melo?

—Jamás —fue la respuesta.

—¿Nunca tuvo una cita privada con la señora de Spinosa?

—¡Jamás! La vi sólo en esas dos oportunidades y en esa revista *Tiempo* se dice que existe material fotográfico...

—Que probaría que usted fue amante de la esposa del embajador.

—Y otras cosas más. Reto a quien sea a que haga públicos una foto o un video que me muestren participando en algo más allá de la estricta relación social a la que he hecho mención relacionada con ellos.

—Tampoco fue acosado sexualmente por la señora de Spinosa —consultó la periodista.

—¡Jamás! —respondió Dittborn.

—Y el embajador lo extorsionó.

—Así es, y lo hizo con mucha gente.

—El chantaje se lo hizo personalmente.

—No lo hizo personalmente. Lo hizo con intermediarios extranjeros.

—¿Por qué lo eligió a usted?

—Porque soy un hombre separado que dentro de la UDI ha dado opiniones sobre el divorcio y otros ámbitos

atípicos. Obviamente que era más creíble que se dijera que había participado en ese tipo de asquerosidades. Es la única explicación de por qué me eligió a mí y no a Joaquín Lavín o a Pablo Longueira.

—¿Lo denunció al gobierno?

—Sí, se lo hice saber al entonces ministro de Relaciones Exteriores subrogante, Edmundo Vargas. Me pareció que era el canal adecuado. Sé que el gobierno tomó medidas.

Tras estas declaraciones Dittborn modificó sus rutas habituales y hábitos para evitar ser víctima de un atentado encargado por el ex embajador. Incluso dijo en su partido que, si algo le ocurría, no sospecharan del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, grupo de izquierda que meses antes había asesinado al líder de la UDI, Jaime Guzmán, sino de Oscar Spinosa Melo.

Actualmente Dittborn es vicepresidente de la UDI y quiere ser candidato a senador en las próximas elecciones.

El lunes 13 de enero de 1992 la noticia estaba en la Argentina. Desesperados, los periodistas de diarios y radios discaron los teléfonos de la UDI. Estos sonaban constantemente ocupados y la encargada de prensa de la colectividad aconsejó a Julio Dittborn que no hiciera más declaraciones sobre el tema. Lo propio le recomendó la Cancillería chilena, argumentando que Spinosa Melo era un tipo de temer y que, incluso, podría atentar contra su vida. Dittborn, por lo demás, se disponía a partir de vacaciones al sur de Chile. Antes de salir de su oficina, sin embargo, le pasaron un llamado desde Buenos Aires. Era un periodista de Radio Continental. Casi sin darse cuenta, el presidente de la UDI comenzó a contar lo que había mantenido en reserva durante meses.

En un piso diez de un edificio sito en la avenida Pueyrredón, a escasas cuadras de la avenida Las Heras, la esquina más ruidosa de todo Buenos Aires, Marilú Sword

reconoció a la emisora argentina que Spinosa intentó extorsionarlo con videos y fotos de supuestas fiestas íntimas.

La rubia anglo-argentina, tras este incidente en su vida, ha tratado de rearmarse. Son pocos los chilenos que han tenido contactos con ella tras su abrupta salida de Chile, pero los que la han visto aseguran que está mejor. Continúa viviendo en el mismo semipiso de categoría de 135 metros cuadrados, living y comedor, cinco dormitorios con un balcón con corredera de 11 metros y una preciosa vista panorámica al parque y al Río de La Plata. Posee tres baños, cocina, un escritorio, lavadero y cochera. Tiene además una pieza y un baño de servicio y su precio es de alrededor de 150.000 dólares. Marilú juega tenis y maneja un viejo auto marca Renault modelo 18. Más delgada que cuando oficiaba de embajadora, la Sword trabaja de 9 a 15 horas en una oficina céntrica.

Las acusaciones del ex presidente de la UDI, más las distintas declaraciones de un periodista chileno a la prensa argentina, gatillaron una serie de sumarios contra Spinosa Melo. Al que tenía por corretear a la modelo Margarita Cristallo por La Recoleta en septiembre de 1991, se le sumó otro por el intento de extorsión.

Sobre el primero, Spinosa dijo:

—Mire, yo soy amigo del Presidente y por eso me quieren hacer pisar el palito con el episodio del apart hotel de La Recoleta. Está todo armado. La campaña de Jorge Teclerman se va a desinflar y todo se va a esclarecer. Esa compañía femenina, en realidad una morena espectacular (antes se decía que era una rubia), virtualmente me metió en la habitación. Acuérdesse que yo fui el que llamó a la policía. Mire, cuando le descubrí la maniobra, ella ya casi estaba desnuda, me mordió la mano izquierda y me metió en el baño. Ahí me di cuenta de que me quería drogar, y comprometerme. El juez me sobrese-

mucamas de la residencia de Santiago me la habían puesto en la valija. Además, lógicamente, tenía permiso de portación de armas, por mi rango, y porque había recibido amenazas.

Sin embargo, y muy por el contrario de lo que dice Spinosa, la investigación de lo ocurrido entre él y la modelo Cristallo continúa en el juzgado.

Otro asunto que lo complica es el arma que llevaba. No era la misma 45 que tenía en Santiago y que hizo sonar las alarmas de ingreso a La Moneda cuando visitó al presidente Aylwin. La que tenía en Buenos Aires, según consta en los papeles que tiene el comisario Sperona, pertenece al ministro de la Corte Suprema de Argentina, Enrique Petracchi. Este, contraviniendo las normas de portación de armas, se la prestó a su amigo cuando arribó al país procedente de Santiago de Chile, supuestamente por las amenazas de que era objeto.

Otro dato curioso es que en el episodio de La Recoleta, en el momento de la detención, se le incautó al diplomático la cocaína que portaba. Esta, como es de rigor, fue guardada en una bolsa e introducida como prueba. Sin embargo, y a pesar de lo que dictan las normas y la experiencia policial, no fue sellada. Por lo tanto, carece de valor procesal.

Respecto al sumario que se le sigue por la extorsión, todo indica que Spinosa no tendrá un futuro feliz mientras esté a cargo de esa investigación el embajador Gustavo Figueroa. Diplomático de carrera, el sumariante posee la necesaria independencia y autoridad para no dejarle presionar por el currículum de Spinosa o los nombres de sus amigos más íntimos.

LA BOCA DE SPINOSA

LOS RUMORES de Buenos Aires daban cuenta de que Oscar no pasaba por una buena situación económica y que se había juntado con una mujer gordita y fea, pero que lo estaba ayudando a salir de sus problemas.

Los periodistas argentinos, por otra parte, andaban detrás del diplomático porque pensaban que en cualquier momento podía abrir la boca y contar sus secretos. Se comentaba que tenía un video de Guido Di Tella con la mujer de Oscar en la residencia de Vicuña Mackenna y que a Eduardo Menem, el hermano del Presidente, le gustaba hacer cama de tres. Tampoco se escapaba el propio Carlos Menem, y en la confitería La Biela, en La Recoleta, el ex embajador en Chile había dicho en voz muy alta que se había drogado con el Presidente.

Sin embargo, ubicar al ex representante en Santiago por septiembre de 1992 era una tarea difícil. Se dejaba ver poco en los lugares que unos meses antes frecuentaba y sus amigos cercanos argumentaban que no lo hacía porque carecía de dinero para pagar las cuentas. En su casa rara vez no contestaba un aparato automático con la voz grabada de Spinoza.

—Deje su mensaje después de la señal. Muchas gracias.

Pero de poco valía el mensaje. Spinosa Melo no los tomaba en cuenta. Tampoco los que le daba una mujer que, en una oportunidad, contestó y dijo a dos periodistas chilenos que llamaran en una hora más y que encontrarían al diplomático.

Así lo hicieron y pudieron conversar con Oscar. Utilizaron un aparato japonés inalámbrico y con parlante que permite grabar la conversación sin interferencias.

—¡Hola!

—Aló, ¿está el embajador Spinosa? Aló.

Ese fue el primer llamado al número particular del diplomático quien —al escuchar el característico acento chileno al otro lado de la línea—, colgó de inmediato y también preparó su grabador para registrar la siguiente conversación.

—¡Oíá!

—Aló, embajador Spinosa.

—Sí, soy yo.

—Hola, habla usted con Jorge Ramírez, soy un periodista chileno.

—¿De qué medio?

—Revista *Análisis*; mire, ando acá por Buenos Aires y me gustaría conversar con usted.

—Mire, mi amigo, yo encantado, pero terminé con Chile el 9 de noviembre del año pasado. No tengo nada que decir. He sido un hombre muy feliz el tiempo que estuve en Chile y bueno, las cosas que pasaron, pasaron. Y a otra cosa.

—Lo que pasa, embajador, es que en Chile todavía se habla de usted, y entonces...

—Que hablen. Se acuerda de aquello que decía "Sandro (sic) señal que cabalgamos". Que hablen mal pero que hablen.

—A mí me interesa saber, en el fondo, cuál es su versión de todo lo que pasó.

—No hay versión. La versión... los diplomáticos de carrera no tenemos versión.

—Pero tiene que haber una opinión suya frente a lo ocurrido...

—Nada, para nada...

—Con lo que se ha publicado usted no queda muy bien.

—Vea, mi querido amigo, lo único que le puedo decir es esto: conservo de Chile los más lindos recuerdos. ¿Entiende? Pasé veintisiete años sin volver a Chile desde que mi padre fue embajador, a lo mejor pasarán otros veintisiete años antes que vuelva nuevamente. Pero lo haré siempre con el más grande de los afectos como lo hice aquel 17 de octubre de 1989.

—¿Usted tendrá algo que decir sobre la acusación de que extorsionó a algunas personas?

—Yo no he extorsionado a nadie, amigo. ¿Quién es el que acusa de extorsión? No existe.

—A usted se lo acusa de graves delitos...

—Y claro. Pero usted sabe que nosotros formamos parte de una sociedad en la cual el mundo ha luchado de una manera terrible para que nadie sea culpable hasta que no se demuestre lo contrario.

—Pero a usted lo acusó Julio Dittborn.

—Pero, ¿quién es Dittborn? ¿Nadie lo conoce a Dittborn! Ese hombre no existe, mi querido amigo. Entiéndame bien, yo en Chile como amigos tengo a don Sergio Jarpa Reyes, que es un gran político, lo tengo al general Pinochet.

—¿Y a los Luksic?

—¿Qué Luksic?

—Guillermo, Andrónico...

—Ah, buenos muchachos, muy buenos muchachos los Luksic. Excelentes personas. Hasta les vendí un auto, una camioneta lindísima. Me la quería traer pero era demasiado grande para mí y como yo soy pobre y Luksic es rico... Luksic, excelente persona. Es un caballero, Luksic. Los tres, el padre... los cuatro, porque hay otro hermano que figura poco, pero también existe. Excelentes personas, todos.

—¿Y usted era amigo de Virginia y Jorge Guerrero?

—¿Quiénes son?

—Eran amigos de Marilú, su esposa...

—Ah, ya sé a qué se está refiriendo usted. Esa señora era la persona que ayudó a mi señora a decorar la residencia. Entre las dos hicieron un muy buen trabajo.

—¿Tenían trato entre ellas?

—Ah, no lo sé. Eso corre por cuenta suya, mi amigo. Que pícaro que es usted. Acuérdesse de una cosa: el mejor de los recuerdos para todos y, por supuesto, nunca voy a dejar de recordar a todos los amigos.

—Pero usted parece que en Santiago tiene más enemigos que amigos.

—Usted sabe. Los grandes hombres somos así. Tenemos muchos amigos y muchos enemigos. Esa es la desgracia nuestra. El problema es dar a cada cual lo que corresponde.

—¿Y cuál era su relación en Chile con el Maeva y el Emanuele? Se dice que usted frecuentaba esos lugares.

—No me acuerdo nada de eso...

—Yo le recuerdo, son dos elegantes cabarés del barrio Vitacura...

—Ah, sí. Pero usted es un bandido y me parece que le gusta andar de noche. Escuche, le deseo la mejor estadía aquí en Buenos Aires y no se olvide siempre que, para mí, la cosa más agradable es el recuerdo que conservo en mi alma de todo Chile.

—No se preocupe, lo voy a decir. Dígame, para terminar, cómo van los sumarios que le están haciendo en la Cancillería.

—¿Qué sumarios?

—Los que están haciendo en contra suya...

—Bueno, mi querido amigo, ¿quién le lleva el apunte a las tonterías? Hágame caso, llámeme dentro de tres o cuatro meses y volvemos a conversar...

—Lo último. ¿Cómo está su amigo Menem? Porque usted siempre ha dicho que son muy buenos amigos...

—Eso lo dice usted, no lo digo yo. ¿Quién fue mi testigo de casamiento?

—Carlos Menem...

—Bueno, gracias, amigo, hasta muy pronto.

La impresión que dejó Spinosa tras la conversación era la de un tipo eufórico. La misma se había producido después del almuerzo del 5 de septiembre y sin duda el diplomático se encontraba todavía bajo sus efluvios.

Un mes más tarde otro periodista intentó hablar con Spinosa Melo. Lo ubicó en su casa el domingo 18 de octubre, día en que los argentinos festejan a las madres. La conversación se produjo al mediodía y el ex embajador no era ni la sombra del sujeto eufórico que había contestado un mes antes. Estaba apagado y sin ganas.

—No tengo absolutamente nada que decir.

—¿En qué etapa se encuentra su sumario?

—No tengo la menor idea. Consulte en la Cancillería.

Lo lamento mucho, pero no puedo hacer ninguna declaración. Lamento mucho las molestias que se ha tomado y cualquier cosa haga las consultas pertinentes en el Ministerio de Relaciones Exteriores. No tengo absolutamente nada que declarar. Buenos días.

Una de sus amigas, por esos días, confió que el ex embajador estaba "con una paranoia terrible. Cree que todos los servicios secretos andan tras sus pasos y lo quieren matar. Dice, además, que existe un complot lesbico en su contra y que muy pronto se irá de embajador a Indonesia".

Por otra parte, sin duda, Spinosa había sido reconvenido por sus declaraciones realizadas un mes antes y publicadas en Chile. Si había dicho que el sumario era una tontería, seguramente un mes después no pensaba lo mismo. Tenía que saber, a esas alturas, que los documentos se encontraban en la Fiscalía Nacional Administrativa y que, por lo ocurrido en La Recoleta, se había pedido su expulsión del servicio exterior. Y se decía en Buenos

...ores que la Fiscalía estaba de acuerdo con la medida. Igual sanción aconsejaron los sumariantes por las andanzas del embajador en Santiago.

Los testigos de los hechos entregaron importantes antecedentes para liquidar la carrera de Spínosa. Jorge Faurie, por ejemplo, que siempre intentó cubrir sus comportamientos para no verse salpicado, declaró que en reiteradas ocasiones las autoridades chilenas se habían quejado por el comportamiento del diplomático argentino. Es un hecho que el ministro consejero dejará su cargo en Santiago y es probable que lo acompañen Raimondi y el agregado de prensa, Marcelo Buffetti. Los otros de esta historia, como Fernando Frazzoni o Luz Cassis, tienen paradero desconocido. Al primero, tal vez, lo andan buscando para que cancele los 49.000 dólares que le debe a la agencia chilena.

Otro funcionario de la embajada que ayudó en la investigación sumarial, según fuentes confiables, señaló escuetamente:

—Busquen entre esas cinco máquinas y encontrarán lo que andan buscando —le dijo un día a un diplomático llegado en la era de Antonio Cafiero.

Los informes periciales determinaron que en una de esas máquinas se habían escrito las hojas de extorsión a Dittborn, los Luksic, Guerrero, Menéndez y Vicki Gancia. Otro empleado de calle Miraflores, aunque extraoficialmente, dijo que había visto a Spínosa escribir apuradamente en esa máquina el 26 de septiembre de 1991. Un día después Gancia recibió la carta de manos del propio embajador. La máquina fue incautada y, frente a la sorpresa de todos, especialmente de Faurie, fue trasladada a Buenos Aires.

Otros testimonios importantes fueron el del chofer de Spínosa y el de otro funcionario de la embajada. El primero señaló que había ido a dejarle cartas a la "señorita Gancia" en octubre del año pasado y el segundo contó

que, si bien había fiestas en la residencia del embajador, éstas no eran orgias. Los invitados, aseguró, se veían eufóricos y Spínosa mandaba a su mujer a dormir cuando se aburría de su presencia. Cuando ella no estaba, Spínosa vestía a las prostitutas que frecuentaban la embajada con la ropa de Marilú. Uno de ellos dijo, además, que cuando le llevaban el desayuno a Spínosa, y su mujer no había dormido con él, lo acompañaban dos o tres mujeres de vida fácil.

Vicki Gancia, por su parte, no quiso hacer un testimonio oficial y tampoco interpuso una denuncia por el intento de extorsión. Reconoció por medio de un representante, sin embargo, haber recibido las cartas los días 27 y 30 de septiembre y 3 de octubre de 1991. La primera se la entregó personalmente Spínosa, la segunda y la tercera las llevó el chofer del embajador. Cuando Vicki habló con Gustavo Figueroa, embajador a cargo del sumario, estaba presente su abogado. A partir de ese momento, Gancia nunca más habló sobre el tema y derivó a su representante todas las preguntas que le hicieron sobre el asunto.

—Es como si yo me hubiera sacado ese pedazo de memoria y se lo hubiera entregado a mi abogado, con hechos y todo. Borré de mi vida este cuento. Totalmente, te lo digo en serio —señaló al periodista en una conversación telefónica.

Tras el episodio del que fue víctima, Vicki Gancia se alejó de la embajada argentina. Apenas fue vista en la fiesta del 25 de mayo en la época del embajador Antonio Cafiero. Desapareció además de las páginas sociales de los diarios y revistas y recién salió publicada una fotografía suya a mediados de 1992 en un torneo de ski que organiza anualmente la revista *Caras de Chile*. A muchos de sus conocidos de esos años les quedó la duda de si la buenamozá Ludovica no estuvo implicada en el intento de extorsión.

Lo concreto es que ninguna de las víctimas quiere

mayor difusión del tema. Les molesta que se hable sobre Spínosa Melo y temen las represalias del ex embajador. Los hermanos Luksic siguen preocupados por sus negocios, que experimentaron una fuerte expansión en 1992, recogiendo enormes utilidades. Jorge Guerrero continúa en la Cámara Nacional de Comercio, Gonzalo Menéndez Duque en el Banco O'Higgins y la atractiva Carmen Ibáñez, su esposa, está reiniciando su actividad periodística.

El gran misterio continúa siendo quién era Mario, aquella supuesta víctima a la que se refirió Spínosa en La Biela. Según una fuente, Mario era proveedor de cocaína y habría sido asesinado en septiembre de 1991. En esa fecha, sin embargo, no existen registros de un asesinato ligado al narcotráfico. Si unos meses antes, un tipo que venía saliendo de la cárcel y de quien la policía determinó un enriquecimiento ilícito, fue liquidado en un camino despoblado de un tiro en la cabeza. Le dieron justo en medio de los ojos. Las investigaciones por ese caso fueron literalmente detenidas por el juez que entendía en la causa.

Lo que ocurra, sin embargo, con los sumarios contra Spínosa es aún un misterio. Seis embajadores se negaron a desempeñar el rol de sumariantes, y cuando fue nominado el diplomático de carrera Gustavo Figueroa, el ex embajador en Chile trató de impugnar su nombramiento. No lo consiguió. Tal vez Figueroa es la persona más idónea para encabezar este histórico proceso que, por primera vez en la diplomacia argentina, puede finalizar con la expulsión de un embajador del Ministerio de Relaciones Exteriores. El embajador sumariante, por su trayectoria, es un hombre que no se achicará frente a las presiones y no depende de la cúpula política del ministerio. Ha tomado el caso como un problema ético que alguien tenía que enfrentar y lo está haciendo bien.

Sin embargo, la Fiscalía ha demorado excesivamente la devolución de los sumarios que Figueroa les ha envia-

do. En el primero estaría de acuerdo con la expulsión; tal vez, lo propio piensa en el segundo. El tiempo lo dirá.

En la Argentina se dice que en julio de 1992 el presidente Menem le habría quitado el apoyo a su amigo Spínosa Melo. Este, visto y considerando lo actuado por el mandatario, hizo declaraciones a la prensa el 30 de julio del mismo año.

—Están llegando los tiempos en los que voy a decir las cosas tal como han ocurrido —amenazó en Buenos Aires.

Spínosa no cumplió con su palabra y guardó silencio. De ahí que el propio Menem habría insinuado a la Cancillería argentina que, si bien el diplomático no contaba con su apoyo, no le gustaría que lo dejaran en la calle. Lo que el mandatario quiso dar a entender es que si se expulsaba a su amigo, por lo menos se le dejara su jubilación como ex integrante del servicio exterior.

Pero para saber lo que realmente ocurrirá todavía se deben esperar algunos meses. Hasta ahora lo que administrativamente ha pasado es que el funcionario sumariante, el embajador Figueroa, llegó a sus conclusiones y propuso una sanción: la expulsión. Como el caso de Spínosa es muy especial, la Fiscalía Nacional de Investigaciones Administrativas solicitó el expediente y debe expresar su opinión sobre lo actuado por el sumariante. Sólo después de ese trámite las fojas sumarias vuelven a la Cancillería y el embajador Spínosa será notificado.

—Pero no todo queda ahí. El diplomático tiene derecho a sus descargos y a presentar nuevas pruebas y testigos que lo ayuden en su causa. Con ello, el sumariante lo toma nuevamente y saca sus conclusiones. Vuelven las fojas a la Fiscalía y cuando salgan de esa repartición, Spínosa tendrá seis días para presentar otros descargos.

Sólo entonces lo toma el ministro de Relaciones Exteriores, quien lo pasa a la Junta Calificadora de la Cancillería, que deberá emitir un fallo sobre lo que aconseja el

sumariante. Esa resolución, que también es un consejo, quedará en manos del poder político quien, en definitiva, tomará la decisión final. Es decir Guido Di Tella y Carlos Menem deberán ver qué hacen con el ex embajador de Chile, tras escuchar las opiniones del funcionario sumariante, la Fiscalía y la Junta Calificadora.

Mientras tanto, el juez federal argentino Miguel Pons investiga una denuncia penal contra Oscar Federido Spinosa Melo por la extorsión realizada en Chile. La misma fue interpuesta en septiembre de 1992 por la Cancillería de ese país. Ella corre por otro carril, y sin duda se topará con los obstáculos de las leyes.

Un delito cometido en Chile, del cual existen pruebas que señalan a Spinosa Melo como autor, pero que nadie denunció en Santiago, lo verá la Justicia argentina, que no tiene jurisdicción para investigar fuera de su país. Un caso digno de ser analizado en las facultades de derecho, de la misma manera que la vida de Spinosa Melo merece ser estudiada en las academias diplomáticas y en las escuelas del bajo mundo.

INDICE

Para tener en cuenta	9
La llegada de Spinosa	11
Denuncia en Venecia	23
Los amigos de Marilú	35
El entorno santiaguino	49
Una fábrica de diplomáticos	63
Spinosa y la mediación papal	75
La mano derecha y socio	89
El trío vicioso, Ludovica y Julio	101
Se inician las jodas de Oscar	111
Los Luksic: "Buenos muchachos"	121
Las fiestas múltiples	133
El ocaso del embajador	149
La violación	159
El subsecretario	169
Amenaza y confesión	179
Marilú se escapa (junio de 1991)	187
La extorsión	197
Las primeras pistas	209
La declaración de Julio	219
La boca de Spinosa	227